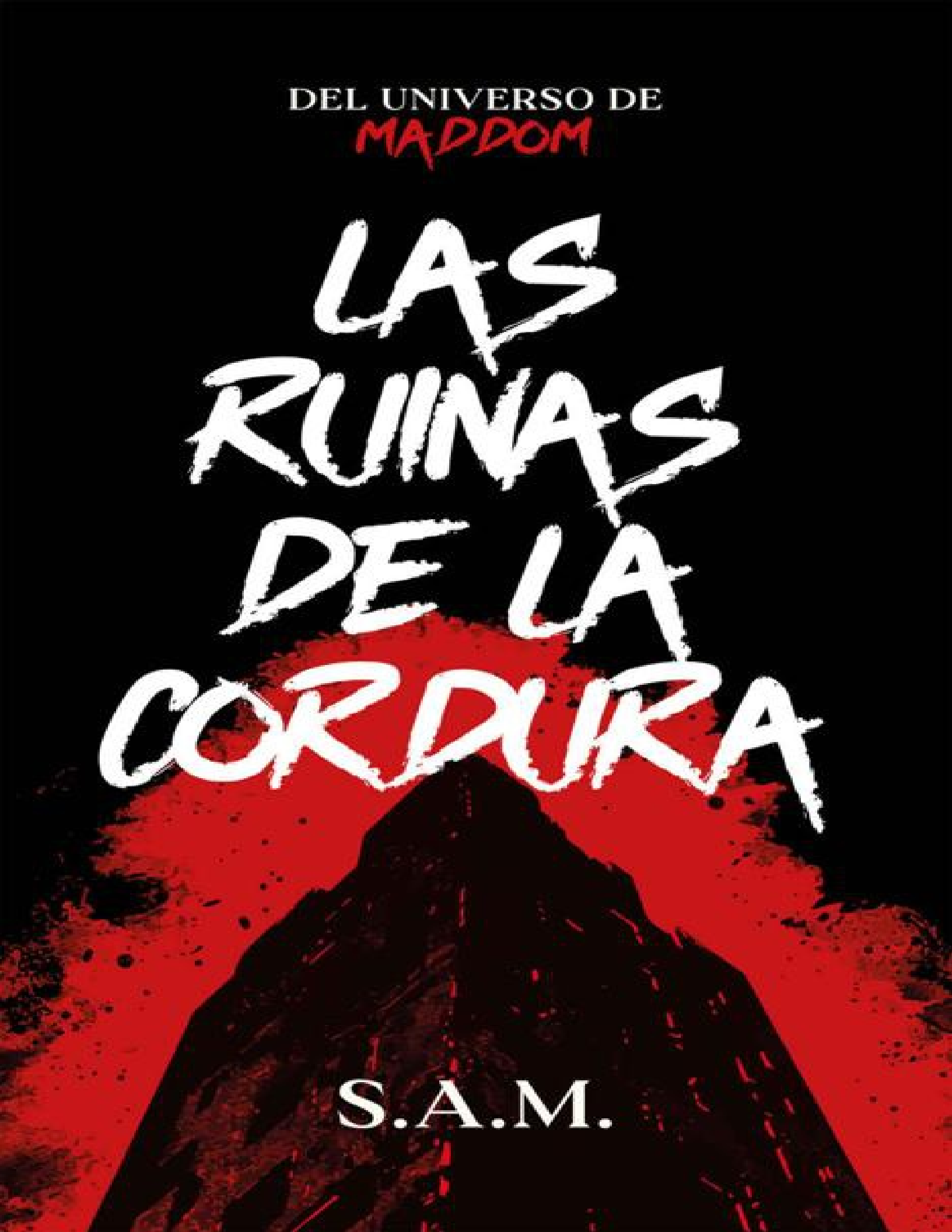
DEL UNIVERSO DE
MADDOM

LAS RUINAS DE LA CORDURA



S.A.M.

Sobre el autor

Sergi Aparici Mañé (Barcelona, 28 de julio de 1993) es un escritor y músico español. Sus obras, critican el comportamiento y pensamiento humano a través de cuentos macabros y delirantes. *Bienvenidos a Maddom, publicada en 2021,* fue su primera novelette y obtuvo muy buena acogida entre los fanáticos de la literatura de terror. Esta obra fue seguida por la antología *Las celdas de Maddom*, donde el estilo del autor acaba de tomar su forma característica e influenciada por grandes de los relatos de terror como lo son Edgar Allan Poe, H. P. Lovecraft o Clive Barker. Por otro lado, su música se mueve por la escena del metal a través de la banda *Sam Scares* en la que es, aparte del compositor, el cantante principal.

LAS RUINAS DE LA CORDURA

S.A.M.



Título: Las ruinas de la cordura
© 2024, Sergi Aparici Mañé

Edición y Maquetación: Sergi Aparici Mañé
Diseño de cubierta: Eva Morueco García

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro, respetando las leyes del copyright. Al hacerlo está respaldando al autor y permitiendo que continúe publicando libros para todos los lectores.
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial del libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su trasmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

Cuando solo quedan ruinas,
en pocos lugares
podemos escondernos.

Introducción

Dos meses antes

En la ciudad

Hubo una noche en que las estrellas, reunidas en familia alrededor de una poderosa luna llena, brillaron más que nunca. Un grillo les cantaba una canción de anhelo y desesperación que podía escucharse desde cualquier calle de la ciudad. Aunque así fuera, aquel concierto se daba más allá de la orilla que separa el bosque de la ciudad. Su escenario era la gruesa raíz de un enorme y tuberoso árbol que sobresalía del subsuelo. La débil brisa agitaba con suavidad el abundante follaje de ese imponente árbol y de sus numerosos hermanos.

Como suele ocurrir, el viento se llevó algunas de sus hojas, condenándolas a flotar por el aire en soledad. Una de esas hojas cayó en una de las calles donde un grupo de jóvenes, tumbados en el suelo, consumían drogas en forma líquida y en polvo. A su lado, una chica sujetaba el cabello de otra que vomitaba en la pared de un bar musical. Otra hoja cayó en una calle donde un hombre besaba y agarraba por el cuello a una mujer que intentaba resistirse. En otra calle, yacía un hombre en el suelo, con el vientre acuchillado. Los peligros acechaban en cada rincón. La última hoja en caer lo hizo en el jardín de una preciosa casa enladrillada, ubicada en la calle más al sur de la ciudad.

—¡Toma ya! —celebró victoriosa una voz de mujer—. Tienes que descartar todas tus cartas.

—No me jodas, ¿otra vez? —le respondió un hombre de voz grave y gruesa.

—Mira, Michael, no sé ni para qué juegas. Lo mejor será que lo dejes y vayas a por más cervezas —bromeó otro de los presentes.

Un grupo de personas comenzó a reír: dos chicas, tres chicos y Michael, todos de entre veinte y treinta y cinco años. Michael se levantó de su asiento y recogió los botellines de cerveza vacíos. Sobre la mesa también había un montón de cartas apiladas.

—¿Queréis todos? —preguntó él mismo antes de irse.

—No te cortes, anfitrión —le dijo José con su gracia natural, guiñándole un ojo.

A Sara le dio un ataque de risa y no podía parar. Raquel la siguió, contagiada. Iván se bebió deprisa la poca cerveza que le quedaba en su botellín. Sam también reía, aunque no tanto, pues era su turno de juego y quería continuar.

—Venga, cojo carta, ¿eh? —anunció, ya con la mano derecha sobre el mazo central, justo antes de levantarla y leer la acción—. «Róbale una carta a un rival». ¿Puedo guardármela y robársela a Michael cuando tenga cartas?

De nuevo, todos se echaron a reír.

—Qué capullos —se quejó Michael, aunque riendo también, justo antes de ausentarse y entrar en la casa.

El siguiente turno era el de Raquel.

—¡Oh, más bebida alcohólica, un puntito! —se alegró.

—Eso no se dice —le dijo Iván.

—¡Michael, no le traigas cerveza a Raquel, que ya va servida! —bromeó José, gritando.

—¿Qué?

—Nada, no le hagas caso, es tonto —saltó Raquel.

—Vale, vale.

Sara cogió otra carta y la leyó en voz alta:

—«Descarta un máximo de tres cartas del último jugador que haya hablado».

Todos se quedaron en silencio por unos segundos, preguntándose quién había sido el último. De repente, volvieron a carcajear al darse cuenta de que había sido Michael.

Dos horas después, los seis amigos estaban tumbados sobre el césped, contemplando el cielo estrellado y escuchando al grillo que seguía cantando. Eran conscientes de que se había hecho tarde y que pronto se marcharían, pero por el momento preferían relajarse un ratito más. José fumaba, y el humo que expulsaba se dispersaba en el aire, dejando un olor que algunos encontraban aceptable y otros molesto; Sam soplaba para intentar dispersarlo.

El canto irritante del grillo también se escuchaba desde el interior del centro psiquiátrico y penitenciario Maddom. El edificio permanecía en calma, ya que los presos descansaban en sus celdas. Mientras tanto, los guardias patrullaban los pasillos como cada noche, deteniéndose a conversar entre ellos cada vez que se cruzaban.

Uno de ellos, escapando de los demás, se quedó a solas en la planta baja y continuó caminando hasta llegar a la puerta de la celda número 008. Una vez allí, se aseguró de que no había nadie que pudiera verlo, abrió el compartimento de la puerta y lanzó una nota de papel en su interior. La mano del preso emergió de las sombras y la recogió.

La noche siguiente, ningún grillo cantó. En su lugar, una ensordecedora alarma resonó por todas las calles de la ciudad. Una fuerte explosión derribó los muros de Maddom, liberando el caos y la destrucción.

Sam, Sara, José, Michael, Raquel, e Iván, junto con un desconocido llamado Tony a quien encontraron perdido, corrieron a refugiarse en la preciosa casa enladrillada de Micheal, creyendo que era un lugar seguro. Sin embargo, ningún lugar lo era.

El mismo viento que había llevado las hojas de los árboles a tierras peligrosas, separó a los siete jóvenes ese día, empujándolos hacia el camino que cada uno debía seguir. Entonces, un impresionante destello iluminó la ciudad un segundo, antes de sumirla en la oscuridad. El estallido de una explosión lo siguió.

Capítulo 1
En la actualidad: Día 64
Debajo de la ciudad

Un hombre con un bigote peculiar, vestido con un elegante traje gris, se sube a una de las mesas del gran comedor común del refugio subterráneo donde los civiles se han visto obligados a esconderse tras los terribles acontecimientos. El hombre se dispone a hablar:

—Han pasado dos meses desde la caída de los muros de Maddom, cuando una infestación de criminales y dementes inundó completamente nuestra ciudad, sembrando terror, muerte y destrucción en las calles. Con esto, salió a la luz una corporación secreta que arrasó con todo, usando la excusa de capturar, de manera totalmente inhumana, tanto a los presos fugados como a personas inocentes: vecinos, familiares y amigos. Unos fueron encarcelados y otros exiliados, pero al final da igual. Sabemos que fueron ellos quienes planearon meticulosamente estos sucesos, ignorando el sufrimiento que causarían, todo para lograr su objetivo: transformar nuestra hermosa ciudad en una extensión gigantesca del centro psiquiátrico. Esto está a punto de completarse. Sin embargo, hay algo que desconocen: todavía quedamos muchas personas en la ciudad, gente que creció aquí y que no está dispuesta a marcharse sin más. Ha llegado el momento de luchar, por nosotros, por nuestros amigos, por nuestras familias y por aquellos que nos precedieron. No olvidaremos a todos los que cayeron en esta guerra; lucharemos por ellos también. Somos esta ciudad, somos La Resistencia, somos los hijos de la Doncella de Hierro. Resistiremos firmes ante cualquier golpe que recibamos, porque por nuestras venas no corre sangre, sino hierro fundido.

Miles de voces se alzan en un grito enérgico, al unísono. Miles de corazones laten con fuerza. En aquella inmensa sala de metal, oculta bajo la ciudad, miles de personas de todas las edades, desde los diez hasta los noventa años, se preparan para la próxima batalla contra la corporación D.A.P. Los más temerosos lloran, otros sudan nerviosos; hay quienes ansían la oportunidad de salir a luchar y quienes apenas saben sujetar un fusil. Tony, como tantos otros, aguarda el momento de partir.

—¡Todos a sus posiciones! —ordena el general Dan.

En realidad, Dan no tiene ningún título que lo acredite como general; dedicó toda su vida a las forjas. Sin embargo, su habilidad en estrategia militar y supervivencia es innegable. Fue él, junto con algunos otros, la mayoría ya fallecidos, quien fundó esta alianza rebelde que llamaron «La Resistencia». Se dice que la alianza se formó hace algunos años para luchar por los derechos del pueblo, aunque nunca tuvo la relevancia que tiene hoy. Dan luchó y protegió a los ciudadanos. Ahora, son los ciudadanos unidos quienes deben combatir para recuperar su ciudad.

Al escuchar el grito del general, la multitud obedece y se divide en grupos ordenados, colocándose frente a cada uno de los seis pasillos que conectan con la enorme sala. Esta no es la primera vez que lo hacen; habían hecho varios simulacros para estar preparados para este preciso momento.

El general vuelve a hablar, pero esta vez no alza la voz, solo levanta su brazo derecho. Con

un gesto seco de muñeca, indica a los grupos que avancen en silencio por los respectivos pasillos hacia la guerra. Los soldados, al igual que su general, no tienen ningún título que los avale; avanzan temblorosos, sujetando sus armas sin apenas pestañear. Sus pasos son ligeros, pero no acelerados. En los seis pasillos, todo transcurre de la misma manera. Tony se encuentra en el pasillo número dos, el que se dirige directamente al sur; no está en el mismo grupo que su general. En teoría, los grupos están equilibrados en cuanto a fuerza de ataque y lastre. Tony quiere creer que está en ese grupo como uno de los soldados fuertes, aunque en la última batalla en la que participó... ni siquiera disparó una sola vez: su cuerpo quedó paralizado mientras veía caer, uno a uno, a sus compañeros, perforados por las balas. Algo tiene el sonido de los disparos que hace que su cuerpo se vuelva de hielo; frío y duro. Cuando los escucha, en su mente solo aparece una imagen: un recuerdo de un encuentro cara a cara con la muerte dentro de una casa convertida en celda. Tuvo suerte de sobrevivir en la casa del anciano Hans, cuando el hombre enloqueció y, entre risas, disparó en todas direcciones, destrozando su propio hogar. También tuvo suerte en otros combates, pero Tony sabe que esa suerte no puede durar para siempre.

En el pasillo número cuatro, donde se encuentra el general, un par de esferas metálicas golpean el suelo y ruedan por él, tintineando.

—¡GRANA...! —grita el general, sin tiempo de terminar su aviso antes de que una explosión, seguida de otra, marque el inicio de la batalla.

El general y veinte de sus hombres salen despedidos por los aires. Los militares de D.A.P. estaban esperando a escondidas. Ahora los disparos suenan en todos los pasillos. Los soldados de La Resistencia se esconden detrás de pequeños muros construidos con escombros y colocados a los laterales. Desde allí, pueden defender y mantener sus posiciones. Sin embargo, sus enemigos también cuentan con las mismas facilidades.

Mientras el resto de los grupos resiste los ataques enemigos, el grupo cuatro está perdiendo terreno. En el grupo dos, Tony se esconde detrás de uno de los muros improvisados, abrazando con fuerza su fusil. El cargador está lleno; no ha realizado ni un solo disparo. Cada estallido del tiroteo lo hace saltar y parpadear. No dejan de caer cuerpos abatidos a su lado.

—¡Tony! —grita alguno de sus compañeros—. ¡Tony, despierta!

La voz se pierde entre los gritos de los demás y se funde con el estruendo de los disparos. Tony observa con los ojos desorbitados a sus compañeros, quienes asoman la cabeza desde detrás de los muros en un movimiento veloz antes de girar completamente sus cuerpos para apuntar a cualquier objetivo que se vislumbre entre el denso humo y apretar el gatillo. Los más afortunados regresan a su posición anterior y esperan el momento adecuado para volver a disparar. Los demás yacen en el suelo, sobre un mar de sangre.

—¡Tony, dispara! —vuelve a gritar esa voz.

«No puedo moverme», piensa él. Tiene la sensación de estar atrapado en una pesadilla. Su mente está despierta y es consciente de lo que sucede a su alrededor; puede verlo todo. Sin embargo, su cuerpo se niega a responder, por mucho que lo intente.

—¡El grupo cuatro ha caído! ¡El grupo cuatro ha caído! —grita alguien desde algún lugar de la base.

Después de ese aviso, otros repiten el mensaje como un eco en una cueva. Los soldados de La Resistencia saben qué hacer: dividir los grupos en dos; la mitad de cada pasillo defenderá la entrada y la otra mitad el interior.

—¡Tony, joder, te necesitamos!

Escombros, polvo y salpicaduras de sangre vuelan por el aire en cámara lenta, acariciando el rostro rígido de Tony. Los enemigos continúan ganando terreno; ahora han invadido el gran

salón y los soldados que resisten en los pasillos son cada vez menos.

«¿Cuánto tiempo pueden tardar en masacrarnos a todos?», piensa Tony. Entonces, justo en ese momento y en ese mismo pasillo, el número dos, otra explosión estalla. Pero la granada no cae a los pies de los soldados de La Resistencia, sino a los de los invasores. Los enemigos dejan de disparar al frente para defender sus espaldas. A causa del humo, los hombres de La Resistencia no ven nada, desconocen lo que está ocurriendo allí y por qué sus enemigos han dejado de disparar contra ellos. Aun así, se alegran de tener un golpe de suerte. Los disparos cesan por completo en ese pasillo; en su lugar, comienza a escucharse la risa descontrolada de un hombre. De entre el humo emerge una silueta con los brazos en alto y una voz que dice:

—No disparéis, no disparéis. Somos aliados —dice ese hombre entre carcajadas mientras avanza despacio—. ¿Cómo era eso? Los enemigos de mis enemigos son mis amigos, ¿verdad?

—¡Quietos! —grita uno que parece no fiarse del recién llegado.

Tanto ese hombre sonriente como los que le siguen se detienen.

—Vosotros sois fugitivos del psiquiátrico —les acusa el mismo soldado.

El hombre que ríe comienza a llorar al instante, empapando su rostro con auténticas lágrimas, y responde:

—Pensé que nuestra ayuda les sería útil.

—No, no os necesitamos.

De repente, ese hombre extraño deja de llorar para volver a reírse a carcajadas.

—Sí, sí que los necesitamos, estamos perdiendo —pronuncia otro de los soldados.

—No podemos tener a locos armados detrás de nosotros —le responde el anterior—. ¿Quieres que nos disparen por la espalda?

—Pero… ¿qué más da que te disparen de frente o por la espalda, si vas a recibir el balazo igual? —pregunta el recién llegado entre risas.

—¿Ves lo que te digo? Están locos —le dice en voz baja el soldado acusador al otro.

El recién llegado rompe a llorar de nuevo mientras habla:

—No me importa que nos llames locos... de verdad que no. Pero me duele deciros que solo tenéis dos opciones: o somos amigos o somos enemigos.

—Amigos, amigos —responde el soldado que estaba a favor, ignorando los consejos del otro.

—¡Estupendo! —se alegra el recién llegado, cambiando las lágrimas de tristeza por risas una vez más—. ¡Reventemos a esos cabrones!

Tras un momento de confusión en el que los soldados de La Resistencia no saben cómo actuar, finalmente se dan la vuelta y empiezan a disparar.

Tony, sin salir de su estado de shock, observa desde el suelo a ese hombre que dispara perturbado y feliz; siente que ya ha vivido esto antes. De pronto, su cuerpo despierta. Sin apartar la mirada de aquel hombre, se pone en pie y comienza a retroceder. Tembloroso, le apunta con su fusil considerando disparar, pero su miedo se lo impide. Tony está tan atrapado en su mundo que olvida que más allá de aquel hombre loco hay un ejército disparando contra todo lo que se les ponga por delante. De repente, una bala lo alcanza y su mundo parece desvanecerse; el tiempo se ralentiza y todo vuelve a enmudecer. El impacto es tan potente que derriba a Tony como si lo hubiera golpeado una bola de demolición. Desde el suelo, siente cómo el dolor crece hasta volverse el más intenso que ha sufrido nunca, pero para su sorpresa, sigue vivo. Tony inhala tanto aire como puede, pero siente que no es suficiente para llenar sus pulmones; se está asfixiando.

Dejando un rastro de sangre con cada paso, se aleja como puede hasta que logra salir de ese

infernal lugar enterrado bajo la ciudad. Al ver el cielo despejado y estrellado, y al respirar el aire limpio y fresco, acaba perdiendo el conocimiento.

Capítulo 2

Unas horas antes de la batalla

En la base de la corporación D.A.P.

Joseph Naidoo, el dirigente de la corporación D.A.P., responsable de «La Reforma» en la ciudad, está sentado en su despacho. Como es habitual, lleva puesto un elegante traje hecho a medida, impecable y sin una sola arruga. En este momento, está hablando por teléfono con el gobernador del estado.

—Así es —dice Joseph con alegría y seguridad—. En realidad, calculamos que en los próximos días tendremos el cincuenta por ciento de la ciudad bajo control. Puedo asegurarle que es completamente seguro.

—Muy bien, me alegro de que todo esté en orden —responde la voz telefónica al otro lado de la llamada—. Mi secretaria se pondrá en contacto con usted para acordar una reunión como es debido, en persona.

—Gracias por su tiempo, Gobernador. Estaré esperando con ansias esa llamada —dice Joseph antes de cortar la comunicación y dejar el teléfono sobre la mesa. Seguidamente, se levanta de su silla y emite un fuerte grito de alegría y victoria.

Segundos después, su ayudante Rebeca abre la puerta del despacho y asoma la cabeza preguntando:

—¿Señor? ¿Todo bien?

—¡Rebeca! —la saluda, eufórico—. ¡Entra, por favor, entra!

—Estaba a punto de irme a casa.

—No, no antes sin antes tomarse un whisky conmigo —la invita, sintiéndose imparable.

—Es tarde, señor, debería irme.

—¡Vamos —insiste él—, le diré a Maximilian que te lleve después!

—Imagino que la llamada con el gobernador ha sido un éxito.

—¡Gracias a Dios! Después de tanto tiempo intentando hablar con él… No puedo creerme lo bien que ha ido.

—Me alegro mucho.

—Esto es justo lo que necesitamos para que «La Reforma» concluya como debe —expresa Joseph emocionado mientras se aproxima al mueble minibar. De allí saca una botella de un costoso whisky de 26 años y lo sirve en dos vasos de cristal—. Su apoyo político y económico es la clave. ¿Con hielo?

—Está bien, ya que no tengo otra opción… —responde ella con una sonrisa.

Tras añadir los cubitos de hielo al whisky, Joseph coge los dos vasos y le entrega uno a Rebeca, mirándola de una manera más que seductora. Ella no aparta la mirada y toma el vaso, rozando ligeramente sus dedos con los de él.

—Por nosotros —dice Joseph, alzando el vaso para brindar.

—Y por la reforma —añade ella antes de beber.

Capítulo 3
Mientras tanto
En la niebla

Sara se acerca, vagando por el centro de una carretera repleta de ruinas y escombros. Lleva un pañuelo sobre la cabeza que oculta su cabello, pero también su nariz y su boca, evitando así respirar la niebla que flota en el aire desde hace ya meses: una mezcla de humo y polvo. Sara viste el mismo chándal andrajoso que llevaba entonces, cuando se marchó de la casa enladrillada de su amigo Michael, aunque ahora le queda grande debido a la escasez de comida. Avanza apoyándose en una barra de metal que sostiene en sus manos ennegrecidas y llenas de cortes. El sol anaranjado, que apenas brilla tras la niebla, tiñe por completo la desolada ciudad.

Como cada día, Sara reflexiona sobre lo extraño que resulta caminar entre los vestigios de una civilización destruida por aquel destello que perforó la oscuridad de la niebla como una bala. Le sorprende no encontrar señales de vida en el lugar: ni un insecto revoloteando, ni siquiera el cantar de un pájaro más allá de esa «nube baja». En su opinión, si el destello fue una explosión, debería haber cadáveres en descomposición en el suelo y carroñeros correteando por todas partes. Con el tiempo, debería haber huesos esparcidos por doquier. Sin embargo, no es así. No hay absolutamente nada, ni rastro de vida.

Sara también se pregunta por qué ella ha sobrevivido; se lo ha preguntado desde el primer día. Ahora camina de vuelta a su actual casa, silbando la melodía de una triste balada que recuerda y que siempre le ha encantado, una balada con un nombre más que apropiado para la situación: «Save Me».

Al llegar a las ruinas del «Raffaele», el mejor restaurante de pasta de la ciudad según su opinión, donde cada día resurge en su mente el recuerdo de las cenas de cumpleaños que solía celebrar allí con sus amigos, toma una pequeña calle transversal desviándose del camino principal hacia el río. El río está completamente cristalino, algo que nunca había visto antes: sus aguas fluyen con fuerza golpeando las rocas limpias. No hay peces, algas ni bacterias, solo agua. Cerca del puente, hay unas escaleras de piedra que descienden hasta la orilla del río. Sara las baja y se arrodilla cerca del agua para llenar las dos botellas de cristal verdoso que carga en su mochila. Luego, vuelve a guardárselas, sube de nuevo las escaleras y cruza al otro lado del puente, acercándose al peligroso bosque del este. Ese bosque es peligroso debido a las innumerables leyendas que hablan de él; Sara las conoce bien. Al principio, solo la brisa que movía las copas de esos árboles le erizaba la piel, pero ya no; aunque siente respeto, ha recorrido ese camino decenas de veces y sigue con vida. Una parte de ella cree que el destello también carbonizó las sombras que se ocultaban bajo las frondosas ramas de esos aterradores e imponentes árboles, pero no será ella quien se acerque a comprobarlo.

A pocos metros del puente, en dirección sur, en esa estrecha franja de tierra que se extiende entre el río cristalino y el bosque espeluznante, se encuentra la nueva morada de Sara: una pequeña cabaña donde se ha refugiado durante estos meses. Es pequeña, sucia y da la sensación de que vaya a caerse. Las puertas de las ventanas cuelgan y los cristales están rotos. No hay una

puerta de entrada propiamente dicha, solo un tablón de madera en su lugar. Probablemente, en el pasado fue la cabaña de algún leñador, ya que en el lado que da al bosque hay un montón de leña cortada a la perfección.

Sara aparta el tablón que hace de puerta y anuncia al entrar:

—¡Ya estoy en casa!

Nadie le responde.

El interior de la casa está tan abandonado como el exterior; apenas entra luz. Sara se acerca a la cocina, se descuelga la mochila de los hombros y la deja sobre la encimera.

—Hoy solo traigo setas —informa, mientras las va sacando de la mochila y colocando sobre una parrilla improvisada hecha de alambre y cinco finas varillas de hierro—. Me he alejado un poco más, pero sigo sin encontrar a nadie.

Después de un breve silencio, vuelve a hablar ella misma:

—Lo sé, lo sé… Cuanto más me aleje, más rápido tendré que correr; me lo recuerdas cada día. Pero, necesito encontrar a alguien, no puede ser que solo quedemos nosotros dos.

El viento sopla fuerte y entra silbante por todas las ventanas. El sol apenas tiene fuerza ya.

—Qué sí, no seas pesado —vuelve a responder ella sola sin dejar que nadie más conteste—. No te preocupes, que la noche no me alcanzará.

Sara, con todas las setas ya en la parrilla y esta en sus manos, camina hacia la chimenea que hay en el salón.

—Podías haber preparado el fuego, al menos.

Agachada frente a la chimenea, Sara coloca ramas secas y leña, y luego comienza a soplar. En escasos minutos, el fuego crece. A su lado, hay alguien sentado, observando. Después de colocar la parrilla sobre el fuego, Sara se sienta junto a su compañero y le informa:

—He encontrado dieciséis setas: ocho para cada uno.

Por un momento, se quedan en silencio, mirando el fulgor de la llama y escuchando el crujir de la madera que arde, pero las setas se cocinan rápido.

—Si no quieres las tuyas, me las comeré yo —dice Sara al rato, con la boca llena.

Él ni se inmuta; no está de humor. Sara es consciente de que a su compañero no le agradan mucho las setas, aunque cree que, para sobrevivir en la situación en la que están, no se debería ser tan exquisito.

—Muy bien, como quieras, todas para mí entonces —contesta Sara, otra vez con la boca llena.

La insuficiente comida dura poco. Sara, cansada, estira las piernas y se tumba al lado de su compañero. La calidez, el sonido y el movimiento de las llamas los hipnotizan; los párpados les pesan cada vez más.

Capítulo 4

Unas horas más tarde

En la base de la corporación D.A.P.

La copa de whisky que Joseph le ofreció a su encantadora ayudante no fue más que el comienzo de una noche que jamás olvidarán. Los minutos pasan, y todavía se encuentran encerrados en ese mismo despacho, sumergidos en una conexión palpable, sentados muy cerca el uno del otro, mirándose a los ojos y bebiendo whisky.

—Te juro que no lo hice queriendo. Chocamos por accidente y me agarré a lo primero que pude —se excusa Rebeca riendo.

—No puedo quitarme de la cabeza la imagen de su peluca.

Las risas llenan la habitación. De repente, Maximilian aparece en el despacho para entregarles las hamburguesas que Joseph había pedido, provenientes de uno de los restaurantes de la corporación. La comida no es más que una excusa para prolongar ese tiempo libre juntos, lejos de sus obligaciones y responsabilidades. Tras dejar las hamburguesas sobre la mesa, Maximilian abandona el despacho sin recibir la mínima atención. Joseph y Rebeca están absortos contemplándose mutuamente. Todo el alcohol que han consumido ha intensificado la atracción y el deseo que siempre han sentido el uno por el otro. Las barreras que antes parecían inquebrantables han caído.

Joseph, por su parte, se muestra cada vez más vulnerable ante esa mirada penetrante. Sabe que no puede resistirse a la fuerza magnética que emanan esos ojos azules, capaces de hipnotizarlo por completo. «¿Por qué debería resistirme?», se pregunta. Ambos coinciden en que es absurdo, a pesar de que sus labios no lo digan.

Acercándose poco a poco, finalmente se entregan al impulso en una mezcla de delicadeza y fogosidad desenfrenada: caricias, besos y suspiros.

Capítulo 5
En una hora imprecisa
En un lugar desconocido

Los rayos del sol son cegadores. Tony siente cómo todo a su alrededor gira y gira. Está tumbado, y nota arena entre sus dedos. Tras luchar unos momentos para conseguir ver algo, se da cuenta de que está rodeado por completo de esa fina arena. Una brisa suave la empuja y la hace volar, creando una ola dorada que Tony sigue con la mirada. «El desierto», resuelve en sus pensamientos. Su cabeza se detiene al encontrarse de frente con la silueta de un militar uniformado que se perfila a contraluz.

—Hola, amigo —saluda el militar.

Su voz le resulta familiar a Tony.

—¿Qué hace tumbado en medio de la nada? —continúa, extendiendo la mano para ayudarlo a levantarse—. ¿Se encuentra bien?

Tony sigue confundido.

—Sí… Estoy bien, gracias —responde mientras acepta la ayuda y se pone en pie.

Tony sacude la arena de su ropa, y el militar se fija en la placa que Tony lleva colgada en el cuello.

—Entonces, ¿qué hace aquí? ¿Hacia dónde iba? —pregunta el militar.

—Bueno, yo… estaba… —murmura Tony, observando su entorno, desorientado. Todavía no puede ver con claridad el rostro de quien le habla; sigue siendo una silueta oscura para él—. ¿Estoy muerto?

—¿Cómo dice? —se sorprende el militar—. Espero que no. Vaya, eso sería muy extraño, puesto que estoy hablando con usted.

—Estaba en una batalla… —dice Tony, mirándose el hombro izquierdo—, y me hirieron.

El militar lo mira de arriba abajo y comenta:

—No parece herido.

—Me siento un poco… confundido.

Tony lucha por mantener los ojos abiertos, pero le resulta demasiado difícil. De repente, siente algo revolverse en sus entrañas y hace todo lo posible por contener las ganas de vomitar. Eso quizás se deba a la sensación de mareo que siente en su cabeza. El calor es insoportable; nunca antes había sudado tanto como en ese momento.

—Ya veo, parece que se pasó un poco con la bebida. Supongo que estaba huyendo de la ciudad… y de los problemas.

Finalmente, Tony logra ver el rostro del militar: su apariencia también le resulta algo familiar, pero no consigue relacionarlo con nadie en particular.

—Sí, claro que estaba huyendo de toda esa locura. Yo no busqué nada de esto.

—No creo que nadie vaya en busca de problemas que compliquen su vida. Los problemas aparecen sin más para perturbar el orden. Pero eso no significa que debamos conformarnos, y mucho menos darles la espalda. Lo que hay que hacer es luchar por el orden y la tranquilidad: la

suya, la de su familia, la de sus amigos, la de sus vecinos o la de quienes sean.

—Mira, cuando nunca había luchado en una guerra, quería hacerlo, pero ahora ya no; ahora me aterra... La odio con toda mi alma.

—Le entiendo, amigo. La guerra es un gran problema. Sin embargo, lamento decirle que este tipo de problemas no se pueden ignorar. Por mucho que deserte y se esconda en el rincón más oculto del mundo, los problemas no le abandonarán. Si no lucha contra soldados de carne y hueso, luchará contra las sombras; y le aseguro que eso es mucho peor.

—Tal vez prefiera eso.

—No sabe lo que dice —contesta con rapidez, un poco ofendido—, pero no se preocupe, no voy a frenarle. Si quiere huir, huya. Aunque, de verdad, espero que lo reconsidere; en el frente agradeceríamos mucho su servicio.

—Lo siento, pero ahora que estoy aquí, lejos de esa maldita ciudad, solo pienso en volver a casa.

El militar dirige su mirada hacia las arenas que hay bajo sus pies.

—Si decide marcharse, el día que las sombras aparezcan, que lo harán, se acordará de mí. Espero que entonces tenga algo por lo que luchar.

—Gracias por sus consejos, señor. Ojalá algún día sea tan valiente como usted.

Tony, fiel a su decisión, le da la espalda al militar para fijar su vista en el horizonte, hacia la dirección que pretende tomar. Sin pronunciar una sola palabra más, el militar también se da la vuelta y marcha rumbo a la ciudad. Sus caminos se han cruzado en ese punto exacto por algún motivo desconocido, quizás para guiar a Tony de vuelta a la ciudad y así enfrentar su destino como un héroe. Sin embargo, siempre ha sido un hombre terco y de ideas firmes.

Así pues, comienza a caminar a través del desierto. El camino que ha elegido no será fácil; de hecho, nunca creyó en la existencia de un camino llano. Sabe que seguramente se topará con contratiempos, pues siempre aparecen, y lamenta haber quedado atrapado en uno de ellos durante tanto tiempo, cuando su objetivo siempre fue cruzar la ciudad para volver a casa. Tal vez solo piensa eso para convencerse de que ha tomado la decisión correcta, pero en su interior siente una molesta inquietud: la sensación de haber dejado algo a medias.

El viento del lugar sopla cada vez más fuerte, llevando la arena en todas direcciones. Tony protege sus ojos, pero la arena se cuela en su boca y se pega a sus labios ya secos y agrietados. «Pero, ¿qué podía hacer yo?», se dice a sí mismo. «Apenas logré salir de allí con vida. De hecho, ni siquiera recuerdo cómo lo hice. Esa ciudad está condenada y su gente también». Entonces, al formular internamente esa última frase, vuelve a recordar cómo le acogieron los ciudadanos de esa ciudad; los buenos, los que se ocultaban en la base subterránea para no abandonar sus hogares y las vidas que habían construido. Recuerda cuando al pequeño Phillip se le escapó el monopatín y rodó directo hacia su espinilla. No dolió, apenas lo sintió; aun así, el pequeño Phillip se disculpó con una amabilidad poco común para un niño de su edad. Luego, como ofrenda de paz, le entregó un chicle. El valor de ese chicle, estando en un escenario de guerra, era muy alto.

También recuerda al bueno de Onni y cuanto le gustaba comer. Hacía lo que fuera por una ración de comida. Si hay un suceso relevante con Onni que nunca olvidará, es aquella vez que le pidió que bailara sobre la mesa del comedor común a cambio de una ración de carne. Onni lo hizo con más gracia de lo esperado y, además, pese a su voluminoso cuerpo y panza, con una habilidad envidiable: acabó sin camiseta, provocando risas en todos, algo que era necesario y casi extinto en el lugar.

Tampoco olvida a Sam, a Iván, a Michael, a Sara, a José y a Raquel, quienes lo acogieron

en esa casa enladrillada sin conocerlo de nada el día en que cayeron los muros de Maddom y comenzó la guerra. De no haber sido por ellos, ni siquiera habría sobrevivido al primer asalto. Recuerda a esa gente maravillosa, pero se pregunta cuántos de ellos continuarán con vida en este preciso momento y dónde estarán.

Capítulo 6

La misma noche

Al sur de la ciudad

La casa enladrillada, ubicada en la última calle al sur de la ciudad, es la única vivienda en un radio de varios metros que emana algo de luz desde su interior. Todas sus ventanas, excepto una, han sido tapiadas con tablones de madera, y es a través de sus resquicios por donde escapa ese brillo inquietante. La fachada muestra signos de abandono y decadencia, pero aún hay alguien en su interior. Desde fuera, la casa guarda un silencio sepulcral.

Justo en el alféizar de esa solitaria ventana abierta, una muñeca de trapo desgastada y ajada se erige como guardiana silenciosa. Sus ojos de botón parecen observar detenidamente la entrada, la calle que se extiende ante ella y el oscuro bosque que se alza en la acera de enfrente.

Capítulo 7
Al día siguiente: Día 65
En la niebla

Sara vuelve a estar deambulando entre la espesa niebla que envuelve la ciudad devastada. Sus dedos se deslizan suavemente por la superficie áspera del largo muro de piedra que rodea el cementerio. Recuerda que había una iglesia cerca de este, aunque por ahora no distingue nada más allá de cuatro metros de distancia.

Mientras avanza, un pensamiento optimista se abre paso en su mente: «Si el mundo se ha convertido en un gigantesco cementerio, quizás en el cementerio encuentre algo de vida». Se le escapa la risa al pensarlo. «Qué estupidez», se reprocha después.

Sara se detiene al encontrarse con el enorme portón de rejas negras del cementerio. Se sorprende al notar que está cerrada con una gruesa cadena y un candado. Sara frunce el ceño y zarandea la puerta, pero esta apenas se mueve un centímetro. «¿Para qué cierran tanto un cementerio?», se pregunta. «¿Será por si los muertos se levantan? Si fuera así, al menos tendría más compañía». Esa idea la hace reír de nuevo.

Desde el principio, tras la muralla del cementerio ve cómo se alzan cipreses, pero llega un punto en el que se acaban. Es entonces cuando Sara logra vislumbrar el campanario de la iglesia que buscaba. Sin alterar su ritmo, se acerca a la hermosa construcción hasta quedarse frente a la entrada. Lo primero que observa son los tres escalones de piedra que llevan a la puerta, una puerta de madera que está partida por la mitad a base de hachazos o algo similar; es por esa brecha que puede colarse en el interior. Desde lejos, la iglesia parecía estar en buen estado, pero sus entrañas están en ruinas: hay vigas de madera y escombros esparcidos por el suelo, la mayoría de las estatuas están destrozadas, al igual que las pinturas de las paredes, los bancos y el altar. En una esquina, hay un órgano lleno de polvo y una pila de libros carbonizados; Sara deduce que alguien hizo esa hoguera para calentarse. Sin tiempo que perder, se apresura a comprobar cada rincón del lugar. Desde allí puede ver cuatro puertas más: una de ellas es la que da al cementerio, otra a la sacristía, tras la tercera están las escaleras hacia el campanario y la cuarta lleva a la casa parroquial. Sara decide tomar esta última.

La casa parroquial es muy pequeña. «Espeluznante», opina. El suelo está enmoquetado y las paredes están llenas de pinturas enmarcadas en las que aparecen personas llorando o siendo torturadas. «Nunca entenderé qué tiene de bonito esto», piensa. Luego, tras un breve silencio, grita:

—¿Hola? —espera unos segundos una respuesta antes de volver a gritar—. ¿Hay alguien en la casa?

Ante el silencio, comienza a abrir cada armario que encuentra, en busca de algo que pueda serle útil. En esa habitación no hay nada. En la cocina, en cambio, descubre un pequeño armario lleno de latas y botes de conservas, lo que provoca un destello de alegría en ella.

—Vaya, más setas… —exclama con poca emoción al levantar el primer bote. Sin embargo, su mirada se ilumina cuando comprueba los demás. Por fin podrán disfrutar, tanto ella como

Alfred, de buena comida: atún, sardinas, garbanzos y lentejas, entre otras cosas.

Sara deja la mochila en el suelo y la abre todo lo que puede, pero se da cuenta de que es demasiado pequeña para guardar todo eso. Una vez más, vuelve a buscar en ese lugar silencioso y escalofriante algo que le permita llevarse esas conservas a casa.

Tras revisar por completo el pequeño domicilio sin tener éxito en su búsqueda, Sara regresa a la iglesia y entra por la puerta que lleva a la sacristía. Piensa que es posible que haya una mochila allí, ya que es donde los curas se cambian de ropa. Sin embargo, la sacristía resulta ser un cuartucho repleto de objetos inútiles que seguramente utilizaban para sus rituales religiosos. La pared seguía luciendo la misma decoración que la casa parroquial: más cuadros espeluznantes. Sara se queda parada al ver una pequeña bodega con más de treinta botellas de vino tinto. «¿Cómo me llevo todo esto?», se pregunta antes de sentarse en un banco de madera a pensar. «Puede que haya un cobertizo con un carro en el cementerio», resuelve rápidamente. Al instante, vuelve a levantarse y corre hacia la puerta que da al cementerio, cruzándola de un impulso. Al llegar al exterior, un fuerte soplo de viento la recibe, empujándola contra la puerta que acaba de atravesar, haciendo que esta se cierre de golpe. El portazo retumba por todas partes. Una nube de humo se levanta, mezclándose con la niebla del ambiente. A continuación, se escucha un estruendo aún más potente en el interior de la iglesia. Sara se da la vuelta e intenta abrir la puerta. Sin embargo, no puede hacerlo; algo debe haberla bloqueado.

—¡Mierda! —se queja propinándole una patada a dicha puerta.

Otro ruido se escucha detrás de ella: el sonido de piedrecitas cayendo por unas escaleras. Sara mira a su alrededor sintiendo un escalofrío en la espalda. El cementerio, repleto de lápidas agrietadas y flores marchitas, y envuelto en niebla, es otro de los aterradores escenarios donde ha terminado sin saber cómo.

Forzando su cuerpo tenso, Sara comienza a caminar con cautela, deseando encontrar pronto una salida. Avanza con los brazos cruzados, frotándose el pecho para darse calor a sí misma. La temperatura es mucho más fría allí que en la parte exterior de la muralla; una muralla que ya no logra ver. Lo que tiene enfrente es una calle sin fin, con innumerables nichos a ambos lados e incontables nombres grabados en ellos. Algunos de los nichos están impecables, mientras que otros parecen rotos. «Supongo que es normal, no todo el mundo visita a sus difuntos», conversa consigo misma. Ella misma, no había pisado un cementerio desde que era niña.

De repente, Sara se detiene en seco; distingue entre la niebla algo enorme justo frente a ella. Su cuerpo tiembla por el frío, y su aliento suelta vapor. El débil viento empuja la niebla con lentitud, revelando poco a poco aquello que, al igual que ella, se ha detenido en medio de la calle. «Es un hombre», piensa primero. «Un hombre gigante con el torso desnudo. No parece tener frío». Ambos permanecen inmóviles, mirándose uno al otro mientras el viento sigue apartando la niebla. «Hay algo más detrás de él, algo aún más grande», piensa Sara, sintiendo la imagen volverse aún más amenazante. Aprieta los brazos con fuerza, aún cruzados sobre su pecho. Aprieta los dientes y sostiene la respiración. Luego, comienza a contar en susurros:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Este método lo aprendió en su infancia para controlar sus ataques de pánico. Por aquel entonces, Sara solía ver monstruos enormes, deformes y sombríos en todas partes, lo cual le impedía llevar una vida normal. Estuvo yendo a terapia en el psiquiátrico Maddom desde los ocho hasta los dieciséis años. Al principio, cada vez que se encontraba con uno de esos monstruos horrorosos, comenzaba a contar, como un niño que cuenta ovejas antes de dormir, hasta que el monstruo desaparecía. Sin embargo, eso no siempre funcionaba. Fue gracias a las pastillas que le recetaron que logró hacer que el monstruo desapareciera por completo, o eso

había creído hasta hace dos meses.

—Siete, ocho, nueve...

La imagen de su amigo José vuelve a su mente; es el recuerdo de un instante antes de que el monstruo se lo tragara. Sara no puede contener las ganas de vomitar y lo hace. Al levantar la cabeza, vuelve a mirar al ser enorme que tiene enfrente y que sigue sin moverse. La niebla continúa apartándose poco a poco. «¿Alas? ¿Tiene alas?», dice para sus adentros. Entonces lo ve con claridad: no es su monstruo, sino un ángel de piedra, una escultura religiosa plantada en medio de un lugar sagrado. Sara se siente estúpida, agita la cabeza y frota sus ojos. Después de esa pausa, retoma su exploración.

Unos metros más adelante se encuentra con una bifurcación y decide tomar el camino de la derecha. En esa calle, hay tumbas abiertas, lápidas destrozadas y ataúdes hechos pedazos y esparcidos por doquier. «No entiendo por qué motivo alguien querría hacer esto», se dice a sí misma. Luego se responde: «Creo que antes enterraban a los muertos con sus joyas más preciadas». Sara esquiva los trozos de piedra y madera que hay en el suelo e intenta no mirar demasiado. Aún no ha encontrado restos humanos.

Más adelante, llega a una zona donde todo son mausoleos; las construcciones son preciosas, pero en ese ambiente tétrico, a Sara no le apetece contemplarlos en absoluto. Desde allí pueden verse los cipreses.

—¡Bien! —lo celebra en voz baja y con una sonrisa.

Enseguida, cambia de dirección para ir hacia esos altísimos árboles que rozan el muro. Sin embargo, algo la frena de nuevo. Un ronquido grave y profundo escapa del interior de uno de los mausoleos. Ella dirige su mirada al oscuro agujero del que proviene el ruido y en lugar de arrancar a correr, se queda allí parada, deseando que el ronquido sea de un hombre corpulento que se ha quedado dormido. «Es el eco del mausoleo el que hace que el ronquido suene tan profundo», se dice intentando convencerse. El ronquido vuelve a producirse cada pocos segundos; es un sonido tan hipnotizante como el de la brisa que acaricia las copas de los árboles. Sara no se mueve; nuevamente no sabe cómo actuar. De golpe, un fuerte estruendo, proveniente del interior del mismo mausoleo al que Sara mira fijamente, rompe esa tensa tranquilidad. El ruido es tan fuerte que parece como si una de esas grandes estatuas hubiera caído. Al instante, un niño y una niña de unos diez años salen corriendo del oscuro umbral a toda prisa, en dirección a Sara. Detrás de ellos, emergiendo también de las tinieblas, aparece un monstruo enorme, de piel viscosa y musculoso, con dientes puntiagudos y uñas afiladas. Ese sí que es el monstruo de sus pesadillas hecho realidad.

Sara piensa que esas grandes zarpas podrían ser las responsables de los destrozos en los ataúdes y en la puerta de la iglesia. Posiblemente, el monstruo sea el responsable de todos los destrozos en el lugar.

Los niños gritan aterrorizados; el monstruo ruge a sus espaldas. Sara, sin poder moverse ni pestañear, comienza a contar:

—Diez, once, doce...

De un zarpazo, el monstruo desgarra la espalda del niño y lo hace caer al suelo. La niña grita desesperada mientras las lágrimas saltan de sus ojos. Sara continúa contando:

—Trece, catorce, quince, dieciséis...

El niño todavía respira. El monstruo se detiene sobre él, abre la boca y le arranca la cabeza de un bocado. Sara lo ve con absoluta claridad. La niña pasa rápidamente junto a ella, toma su mano y la arrastra con una fuerza abrumadora que la hace levantar los pies del suelo.

—José… —dice Sara mirando al niño.

—¡Por el árbol! —grita la niña.

Sara, todavía aturdida, corre tras ella hasta llegar a los cipreses por los que deciden trepar, apoyándose en los nudos de los troncos para alcanzar una altura superior a la muralla. El hecho de que el monstruo siga parado sobre el cuerpo del niño les ha dado algo de tiempo. Sara salta por encima de la muralla hacia el exterior, seguida por la niña. Cuando ambas vuelven a pisar el suelo, se abrazan.

—No te preocupes, Sara, todo saldrá bien —pronuncia la misma Sara mientras acaricia la espalda de la niña, que solamente llora en sus brazos.

Capítulo 8
Día 65, al mediodía
En la Estación Central

El encargado de las comunicaciones en la Estación Central, desde donde parten los autobuses para abandonar la ciudad, acaba de informar de que no habrá salidas durante el día de hoy. Cientos de personas se encuentran allí, refugiadas y haciendo cola desde hace semanas. Los soldados de D.A.P. bloquean las puertas para evitar que nadie abandone el lugar y regrese a la ciudad, aunque dicen que están allí para garantizar que no entre nadie peligroso. Algunos civiles se desmayan de agotamiento, y son los voluntarios quienes les atienden. Otros voluntarios han establecido un puesto donde reparten comida. Cada día y cada noche se producen disputas entre las personas por su posición en la cola. Sin embargo, todos ellos han soportado lo mismo: han sido sometidos a los experimentos de la corporación y los han superado. Por eso se les permite marcharse de la ciudad, pero esa es la única forma de hacerlo. Algunos días, como hoy, ni siquiera hay autobuses; los mejores días pasan tres, aunque lo normal es que pase solo uno.

Entre toda la multitud se encuentra un joven muy delgado que siempre está sentado en la misma esquina. A pesar de ser uno de los que más tiempo lleva en el lugar, se niega a subir a ningún autobús. No ofrece ayuda a nadie y ni siquiera habla. Cada día, uno de los voluntarios, mayor que él, se acerca para llevarle algo de comida. Hoy no será diferente.

—Hola, ¿tienes hambre?

El joven misterioso niega sin abrir la boca.

—Hace mucho que te veo por aquí, y solo te levantas cuando llega más gente; supongo que estás esperando a alguien. Me duele decirlo, pero puede que nunca aparezca.

El joven sigue sin decir nada; apenas le mira de reojo.

—Si no quieres marcharte, podrías unirte a nosotros y ayudar a los necesitados.

El voluntario, con una expresión de preocupación en su rostro, espera unos instantes una respuesta que nunca llega. El joven permanece como siempre, en silencio y con la mirada perdida.

Comprendiendo que no hay mucho más que pueda hacer en ese momento, el voluntario decide regresar a su puesto, dejando el plato de sopa junto al joven, por si acepta comer algo más tarde.

A pesar de haber visto tantas personas desesperadas y escuchado innumerables historias trágicas desde que comenzó a ayudar en la Estación Central, algo en la actitud del joven lo intriga de manera especial. Es por eso que sigue acercándose a él día tras día. El voluntario sigue creyendo firmemente que compartir unas palabras y mostrar un poco de empatía pueden ser la clave para abrir una rendija en la coraza que el joven ha construido a su alrededor. Cree que, con el tiempo, quizás pueda brindarle un poco de alivio.

Capítulo 9

Día 65, al mediodía

En la base de la corporación D.A.P.

Joseph despierta desnudo, sintiendo una mezcla de desorientación y resaca mientras yace en el suelo de su despacho. Junto a su rostro, hay dos vasos de cristal vacíos, testigos mudos de una noche de excesos. La botella de whisky, ya seca, está sobre la mesa, entre los envases de plástico que contenían su cena y que todavía tienen algunos restos. Rebeca no está; en mitad de la noche, se ha ido sin decir nada.

Joseph se queda un rato más tumbado, vagueando y pensando en lo maravillosa que fue su pasada noche. Considera la posibilidad de que Rebeca se haya arrepentido, no porque no haya disfrutado de su compañía, sino debido a su obsesión por el orden y las responsabilidades, aunque eso la convierte en una ayudante espléndida. «Quizás no quiera que sus compañeros se enteren de lo nuestro», piensa. «O tal vez solo fue una noche y nada más».

Sintiéndose acalorado y con la boca seca, Joseph decide que es hora de levantarse. Al ponerse en pie, recoge con desgana la ropa que hay esparcida por el suelo y comienza a vestirse. Enseguida se acerca a su escritorio, donde su reluciente reloj de oro le indica que ya son las doce y cuarto del mediodía. Le parece extraño que Rebeca, con lo estricta que es, no lo haya despertado, ya que debería haber empezado a trabajar hace horas. Intrigado, presiona el botón que llama automáticamente a Maximilian con intención de preguntarle si todo está en orden. Sin embargo, Maximilian no contesta; en su lugar, aparece por la puerta.

—Hola, ¿quería algo, señor?

—Buenos días, Maximilian. Sí, ¿has visto a Rebeca?

—No desde anoche.

—¿Viste a qué hora se fue?

—No, lo siento. Después de traeros la comida, esperé un rato, y como vi que la cosa iba para largo, me fui a dormir.

—De acuerdo, no importa.

—Pensé que estaríais juntos toda la noche.

—Sí, sí, y además creo que todo fue genial. Solo que me he despertado y ya no estaba aquí.

—Habrá ido a ducharse a su casa.

—Tengo una sensación extraña. ¿Puedes ir y asegurarte de que esté bien? Es raro que, con la hora que es, no haya vuelto todavía.

—Sí, claro. Ahora mismo voy y le informo.

—Muchas gracias —se despide Joseph con una sonrisa que se apaga cuando se queda a solas.

Antes de sentarse frente al ordenador y comenzar a trabajar, recoge la basura y la deja en una bolsa al lado de la puerta. Lo hace serio, todavía preocupado. Luego, se sienta en su silla y comprueba las incidencias que ha habido durante la noche y que tiene que solucionar. Se queda mirando la pantalla con la primera incidencia abierta, pero sin leer su contenido. Levanta los

pies, los coloca sobre la mesa y suspira; hoy no está inspirado para trabajar. Coge el libro que ha estado leyendo durante días y, sin cambiar de posición, comienza a leer otro capítulo. Las finas campanadas que suenan cada vez que su ordenador notifica una nueva incidencia lo van sacando de la lectura, pero él continúa ignorarlas. Luego, es el tintineo del teléfono lo que le interrumpe. Joseph resopla y coge la llamada.

—¿Diga?

—Hola, soy Maximilian. Rebeca no está en su casa. Nos habremos cruzado por el camino.

Joseph se queda un poco bloqueado.

—¿Hola? ¿Me escucha? —pregunta Maximilian al no recibir respuesta.

—Sí, sí, voy a ver —responde Joseph con una sensación de incomodidad y mala espina—. Vuelve cuanto antes, por favor.

Después de cortar la llamada, Joseph se levanta de su asiento y abandona su despacho con determinación, manteniendo una expresión seria en su rostro, a pesar del nudo que se le forma en el estómago. Sin tiempo que perder, detiene a todos los empleados con los que se cruza por los pasillos, preguntando por Rebeca. Sin embargo, la respuesta es la misma una y otra vez: nadie la ha visto ni sabe nada de ella desde ayer.

Capítulo 10
En una hora imprecisa
En un lugar desconocido

Es extremadamente agotador vagar por el desierto. El suelo es irregular debido a las acumulaciones de arena que forman tanto pequeñas como grandes dunas inconstantes. El escenario varía con cada soplido de aire llameante, por lo que es difícil saber hacia qué dirección se está andando. Tony tiene la sensación de estar adentrándose más en él, en lugar de ir hacia el oeste. Añora su brújula. Sin ella, solo las estrellas podrían guiarle, pero en el cielo únicamente hay una: una estrella inmensa emitiendo una luz clara y cegadora, y un calor ígneo. «Esa enorme estrella parece no moverse», piensa él levemente mareado. «¿O es el tiempo el que no avanza?». A pesar de haber trabajado como explorador durante años, sobre cualquier tipo de terreno y bajo cualquier amenazante clima, nunca jamás se había sentido así: tan descolocado y confuso, tan incómodo y agotado. «¿Habré perdido mis habilidades?», se pregunta al sentir que el desierto lo está venciendo. Esas palabras resuenan en su cabeza como lo harían en el interior de una cueva. El leve mareo va agravándose a medida que su febril sudor se desliza por su piel y empapa su ropa. El abrasador ambiente va secando el sudor a los pocos pasos. Tony está sediento. Las dunas cada vez se mueven más deprisa, tanto que parecen danzar. De golpe, un destello de oscuridad apaga el mundo: de la cegadora y ardiente luz solar, a la fría y oscura noche en un parpadeo. Tony, incrédulo, se frota los ojos para comprobar si sigue en el desierto: así es, pero el parpadeo vuelve a producirse. Sin embargo, esta vez, junto al escalofriante frío helado, ha sentido un dolor horrorosamente intenso. Al regresar al desierto y encontrarse en medio del infinito vacío arenoso, el remanente de ese dolor lo persigue. Tony, sintiéndolo en su pecho, comienza a gritar agonizante. En ese momento, cae de rodillas sobre la arena, luego se desploma de lado y comienza a rodar por una de esas dunas mientras grita de dolor.

Por unos instantes, vuelve la calma. Tony gatea hasta un lugar más llano y se sienta a respirar: lo hace de forma agitada, como si hubiese estado corriendo durante horas. La pausa resulta insignificante, ya que enseguida una nueva ráfaga de oscuridad momentánea y oscilante le muestra una sombría silueta a su lado, mirándole de cerca: una sombra rodeada de negrura que observa atentamente su sufrimiento. «¿Será esta la sombra que predijo el soldado?», se pregunta. «¿Tan rápido ha aparecido?».

El dolor punzante regresa a su pecho; no puede pensar con claridad. Esta vez no grita, simplemente tiembla, y suda. No es por el frío ni por el calor, sino por el agonizante dolor. El parpadeo comienza a ser constante y veloz, llegando a tal punto que los dos lugares parecen unirse. Entonces, el mundo se invierte: el ardiente desierto va desapareciendo hasta convertirse en una lenta ráfaga de luz, mientras que la realidad queda cubierta de oscuridad y de un ambiente helado. Tony cierra los ojos tratando de calmar esos destellos. De repente, reina el silencio. Breves momentos después, escucha unos crujidos cercanos: pausados y arrítmicos, algunos más fuertes que otros. En un plano completamente negro, el sonido recuerda al de huesos rompiéndose. Sin embargo, en lugar de ponerle los vellos de punta, Tony respira calmado: para

él es un sonido hogareño, de leña crepitando. «Huele a humo», deduce tras inhalar. El dolor punzante persiste. Tony decide abrir con sutileza sus ojos para ver el lugar donde se encuentra: es una habitación de encanto antiguo con las paredes pintadas de verde laurel y muebles de madera de nogal. Él está tumbado en una cama sin sábanas. Hay una silla de cojines verdes con un pañuelo blanco encima y, al lado de esta, una mesita de aquella misma madera con dos libros y un candelabro. Al fondo, junto a la ventana y sus cortinas abombadas, hay una preciosa pintura que refleja una noche lluviosa en una calle empedrada; una farola ilumina esa calle y las gotas de la lluvia salpican al chocar contra el suelo. Tony se queda embobado mirando la pintura, con la sensación de estar mirando al exterior.

—¿Te gusta la pintura? —le pregunta una voz de mujer desde sus espaldas.

Tony, sosegado, gira la cabeza. Con ese entorno, nada podría alterarlo. Aún se siente medio dormido. Piensa que, si hubieran querido hacerle daño, podrían haberlo hecho durante ese largo y agotador sueño. En cambio, le han proporcionado una cama, blanda y suave, de las que ya había olvidado. También han encendido una hoguera para calentarlo y han vendado la herida de bala que recibió.

—Bienvenido, me llamo Mariah —vuelve a pronunciarse la mujer, seria, cuando Tony la mira de frente.

Él vuelve a quedarse embobado, esta vez mirándola a ella. «Es preciosa», piensa. Su cara es redondeada, su piel es fina, sus labios son ligeramente gruesos y tienen una forma perfecta. Su cabello es ondulado y castaño, y sus ojos son grandes y tan verdes como las paredes de la habitación en la que se encuentran. Su postura es atractiva: está sentada a menos de un metro de la cama, en un sillón, con un libro abierto entre sus manos. Una vela prendida a su lado, sobre otra mesita de madera, le proporciona una luz cercana.

—Es un Héctor Poulain original, de su colección de pinturas inacabadas. ¿Lo conoces?

Tony niega con la cabeza sin abrir la boca.

—Héctor Poulain era un brillante pintor que perdió la cabeza. Cuando lo encerraron en Maddom, sus obras adquirieron un valor y una fama monumental. Todas tienen la peculiaridad de que las abandonó antes de acabarlas, les falta algún detalle, de ahí el nombre de la colección. Esta la consiguió mi padre en una subasta.

Tony vuelve a girar la cabeza para mirar la pintura otra vez y se queda así durante unos segundos.

—Gracias por salvarme —dice sin apartar la mirada del cuadro.

—Te vi salir del refugio subterráneo de La Resistencia: estabas arrastrándote por el suelo, agonizando y pidiendo ayuda. Pensé en dejarte allí, pero no dejabas de gritar y no quería que nadie te oyera y viniera a molestar.

Tony intenta mover sus pies y se da cuenta de que está atado a la cama con alambre. Ya no está tan seguro de si está a salvo. La expresión calmada que tenía en su rostro cambia a una de preocupación.

—No te asustes —le dice ella—, solo te he atado por seguridad.

—¿Crees que así podría atacar a alguien? —señala con la mirada la venda de su pecho.

—Bueno, en estos tiempos que corren, una no puede fiarse de nadie.

Él opina lo mismo.

—Dime una cosa, ¿estás con D.A.P.? —le pregunta sin mirarle a la cara.

—Si fuera así, no te hubiera salvado.

—Es posible, pero tampoco estabas con La Resistencia.

—No, no me gustan sus formas. Estoy sola.

—¿Sola? ¿No te importa lo que está ocurriendo en tu ciudad?

—Claro que me importa, pero no me interesa esta guerra por el dominio. Intento mantenerme al margen de todo eso. Aunque te parezca descabellado, existe gente neutral que no quiere más que vivir en paz. Imagino que te uniste a La Resistencia hace poco. No sé si lo sabes, pero antes, eran un grupo terrorista que mataba a gente cuando no obtenían lo que pedían.

—No, no lo sabía.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿por qué motivo te involucraste en esto?

—Sinceramente, no lo sé... Fue sin buscarlo. Vi el horror que estaba arrasando la ciudad; descubrí que D.A.P. fueron los causantes de esa tragedia. Vi a tantas personas perdiendo sus familias y sus hogares, que no pude marcharme sin más; aunque ahora siento que me quedé por nada. Solo pienso en lo lejos que estoy de casa y en cómo deseo regresar.

—Pues siento decirte que no hay ninguna salida —le informa ella dejando un tenso silencio en el ambiente.

Debido a la frialdad con la que ella lo mira, Tony duda de si se refiere a la casa o a la ciudad. Él no baja la mirada.

—No hay una sola esquina sin vigilancia —remarca ella antes de que él diga nada.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí encerrada? —le pregunta Tony, de repente.

—Nací en esta casa.

—Has tenido mucha suerte de que ni La Resistencia ni D.A.P ni ningún demente fugado te hayan encontrado.

—Puede ser —contesta secamente al cerrar el libro y levantarse para marcharse, poniendo fin al interrogatorio de forma inesperada.

—Por cierto —interrumpe él, haciendo que Mariah se detenga justo antes de cruzar la puerta—, mi nombre es Tony.

—Encantada, Tony —responde ella mientras está de espaldas a él—. Intenta descansar.

Capítulo 11

Día 65, por la tarde

En la base de la corporación D.A.P.

.

Joseph entra en la sala de control, seguido de su guardaespaldas. Allí se encuentran con el alboroto generado por las decenas de empleados encargados de monitorear las cámaras de seguridad que abarcan cada rincón de la ciudad. Su tarea incesante consiste en detectar incidentes que, tras pasar por otros dos controles más, Joseph debe aprobar para que un equipo de intervención actúe. Joseph rara vez pisa esta sala a menos que ocurra algo realmente relevante. Si ha acudido por voluntad propia, es porque espera que alguno de ellos haga algo por él.

—¿Todo bien, señor? ¿Qué le trae por aquí? —le llama un hombre desde lo alto de una rampa.

Joseph cambia su dirección y se acerca a él.

—Hola, Richard. Necesito que me hagas un favor.

—Sin problema. ¿Qué necesita? —contesta él, colocándose las gafas que se le resbalan por el sudor, después de que le salga su particular tic nervioso.

—Necesito que me muestres a qué hora se marchó Rebeca de mi despacho —le dice antes de acercarse a él y susurrarle—. En privado, por favor. Hay imágenes personales que no quiero que vea nadie.

—Por supuesto, señor. No se preocupe. Venga a mi despacho.

Las imágenes que temía que alguien viera aparecen en el monitor. Luego aparece el momento exacto en el que Joseph y Rebeca se quedan dormidos. Richard avanza la grabación en cámara rápida. A las cuatro de la madrugada, Rebeca se despertó, se vistió, entró al cuarto de baño, salió de nuevo y finalmente abandonó el edificio. «¿A dónde ibas a esas horas?», pregunta Joseph en sus pensamientos. Las grabaciones siguen fuera del edificio. Rebeca caminó por la única calle que separa el edificio de la corporación con el bloque donde reside. A las cuatro y treinta y cuatro, Rebeca entró en su apartamento sin ninguna complicación.

Richard gira la cabeza para mirar a Joseph:

—No hay nada.

—Continúa, por favor —le pide sin apartar la mirada del monitor.

De pronto, un hombre con el rostro más blanco que la mesa de escritorio de Richard aparece en la pantalla y se queda plantado delante de la ventana del apartamento, mirando hacia adentro. Permanece en esa misma posición unos minutos, hasta que extiende el brazo, gira el pomo de la puerta y esta se abre sin necesidad de una llave. Joseph comienza a sentir cómo su cuerpo se va calentando, los nervios le hacen apretar los puños y los dientes, y su rostro pierde su habitual expresión de pasividad y amabilidad. En su interior no deja de preguntarse quién es ese y qué pretende. Richard vuelve a acelerar la grabación, mientras ese hombre lívido permanece en la vivienda. A las cinco y cinco de la madrugada, salió del apartamento de la misma manera que

entró: cruzando la puerta tranquilamente. Después, las cámaras lo perdieron.

—Quiero saber quién cojones es, dónde está y qué ha hecho con ella —grita Joseph, colérico, golpeando la mesa con el puño antes de irse de la sala.

Capítulo 12
Día 65, al atardecer
En la niebla

Después de horas de recorrido, Sara ha llegado a su cabaña. Piensa que Alfred la estará esperando, seguramente preocupado, pues llega cinco horas más tarde de lo habitual, en plena noche. No se mueve, está parada frente al tablón que hace de puerta, pensando en cómo contarle a su amigo lo sucedido sin que él le diga que ya se lo advirtió. También debe contarle que ha tenido éxito en su búsqueda, que ahora ya no serán dos, sino tres. Podrían haber sido cuatro si el monstruo no hubiese aparecido. Sara dirige su mirada a su joven acompañante; puede ver con claridad lo agotada que está. «Necesita comer un poco y dormir», opina en sus pensamientos.

—Es aquí —le informa mientras se acerca al tablón de madera. Al mismo tiempo, aparta el tablón y saluda en voz alta:

—¡Hola, Alfred, ya estoy en casa!

La niña da un paso y, desde debajo de aquel marco sin puerta, analiza de esquina a esquina el interior de la ruinosa cabaña. Alfred está tumbado frente a la chimenea, de espaldas a ellas. Sara se dirige a la cocina, deja la mochila sobre la encimera, abre la cremallera y comienza a extraer los botes de conserva que pudo llevarse.

—Esta vez hemos triunfado —continúa hablando Sara, más emocionada de lo normal—. Tenemos un montón de botes y latas de comida, y… he encontrado a alguien.

Alfred permanece callado. La niña mira a Sara.

—Sabía que me lo ibas a restregar —vuelve a hablar Sara, de repente—. Pues sí, me alejé demasiado y la noche me atrapó. ¿Y qué? He vuelto y estoy bien.

En la casa no suena nada más que la voz de Sara, ahora un poco enfadada.

—Sí, claro que sé que podría haber salido mal; no tienes ni idea de lo que ha pasado.

Sara le hace un gesto con la mano a la niña, invitándola a acercarse. Cuando la niña lo hace, un tanto tímida, ella le susurra con una mueca de aburrimiento:

—No te preocupes, cuando tiene la barriga vacía es un poco arisco. Ya se le pasará.

La niña sonríe. Sara le entrega una lata de atún y una cucharita. En un parpadeo, la pequeña lo devora.

—¡Qué rápida! —se sorprende Sara.

—Estoy cansada… —se queja la niña en un tono muy débil.

—Es normal, puedes descansar donde quieras. Nosotros siempre dormimos cerca de la hoguera.

La niña da una vuelta por el lugar y acaba acurrucándose en una esquina, con una almohada de paja y una manta hecha de trozos de distintas telas. En apenas unos segundos, la pequeña se duerme. Sara lo comprueba acercándose a ella. Luego, camina hacia Alfred, quien permanece en su inamovible posición.

—Ya te vale, tío. Podrías haberle dicho algo.

Sara se mete la mano en un bolsillo, saca una lata de atún y una cucharilla y las deja a los

pies de Alfred.

—Hoy una lata de riquísimo atún para todos —dice sonriente al sentarse a su lado.

Sara suspira y mira hacia delante, fijándose en los troncos carbonizados y en las cenizas de la hoguera.

—¡Mierda, el fuego!

Enseguida, vuelve a levantarse para coger más leña, colocarla sobre las brasas y encenderla. Mientras trata de hacer que las llamas de la hoguera vuelvan a crecer, le habla a Alfred sobre lo que ha ocurrido:

—El monstruo ha vuelto... Ha sido horrible.

Temblorosa, saca una cerilla de su cajetilla e intenta encenderla.

—Estaba persiguiendo a la niña y a su hermano —continúa—. Atrapó al niño… No hace falta que te cuente en detalle lo que pasó. Todavía tengo la barriga revuelta.

El fuego brilla de nuevo.

—No, no, no te preocupes, lo dejamos encerrado en un cementerio bastante alejado de aquí. No creo que pueda encontrarnos.

Una noche más, ambos se quedan con la vista clavada en las llamas.

Capítulo 13
Día 65, por la noche
Al sur de la ciudad

En la acera de enfrente de la casa enladrillada, junto al borde del bosque del sur, hay un coche parado y con el motor en marcha; no sale nadie del interior. Sus faros iluminan la calle. El viento empuja una bolsa de plástico que acaba atrapada en una de las ruedas traseras. Las copas de los árboles danzan al son del canto de los grillos.

Después de unos minutos, la puerta del vehículo se abre y un anciano sale de él. Una vez fuera, examina ambos lados de la calle y la casa enladrillada frente a él. En el buzón de dicha casa se distingue la inscripción «Castillo Rubí», trazada con rotulador permanente rojo. En la única ventana abierta, hay una muñeca de trapo vigilando la calle. Ignorándola, el anciano se da media vuelta, abre el maletero de su coche y saca algo envuelto en sábanas. La carga mide aproximadamente un metro y medio de largo y unos cuarenta centímetros de ancho. Con delicadeza, la deja en el suelo y la arrastra hacia el interior del bosque. Pocos saben que tras esos árboles hay cuatro pequeños y redondos cenadores de madera, cubiertos de enredaderas y plantas secas. Un arroyo pequeño fluye entre los pabellones, dividiéndolos. Antaño, este solía ser un lugar floreciente y hermoso donde los jóvenes llevaban a sus enamoradas para pasar una velada romántica. Sin embargo, cayó en el olvido.

Con esfuerzo, el anciano coloca la carga que arrastra en uno de los cenadores. Luego, regresa al vehículo y saca un bidón de gasolina del maletero; lo hace con tanta rapidez que no se da cuenta de que la muñeca de trapo ya no está en la ventana de la casa enladrillada, sino frente a la puerta, mirándolo fijamente. Levantando con fuerza el bidón de gasolina, el anciano se adentra de nuevo en el bosque. Una vez frente al cenador, desenrosca el tapón del bidón y empapa completamente la base de madera y las plantas secas que la rodean. Luego, entra en el cenador y retira el envoltorio del paquete que ha llevado hasta allí, revelando el cuerpo sin vida de una mujer anciana. Con dolor, la abraza y la besa.

—¡Hola! —le saluda una voz fina y enérgica.

El anciano levanta la cabeza, se da la vuelta y ve a la muñeca sentada en el suelo frente al cenador.

—¿Por qué quiere prenderse fuego? —vuelve a hablar la misma voz fina.

El anciano mira a su alrededor desconcertado, asumiendo que la voz no puede provenir de la muñeca.

—¿Era su esposa? —insiste la misma vocecita.

—Sí… —responde él, mirando a la difunta con ternura y tristeza—. Pasamos toda una vida juntos y aun así me faltaron años a su lado. No pienso separarme de ella.

—No se preocupe, no lo hará.

De repente, como una guillotina, un hacha cae sobre la cabeza del anciano, poniendo fin a su tormento y haciendo realidad su deseo de no separarse de su amada. Además, sin provocar un incendio que habría llamado la atención. La muñeca contempla los cuerpos de los ancianos, bañados en sangre y abrazados en el centro del cenador de madera, como una hermosa escultura

que simboliza el amor eterno y el hogar.

Capítulo 14
Día 65, por la noche
En casa de Mariah

Tony logra liberarse de los alambres que lo mantenían atado a la cama. Sus muñecas y tobillos están morados y doloridos, pero es un dolor insignificante en comparación con el que le provoca la herida de bala que tiene entre el pecho y el hombro. La venda que envuelve la mitad superior de su torso está manchada de sangre. Aun así, con esfuerzo y quejidos, logra levantarse de la cama. Sus piernas tiemblan y siente un poco de mareo. «A saber cuántos días he estado acostado aquí», piensa. «Me muero de hambre».

La habitación está cálidamente iluminada por las llamas de la chimenea. Parece que mientras él dormía, Mariah ha echado más leña al fuego. El sonido crepitante sigue presente, y la noche parece tranquila. Tony sabe que debería descansar para recuperarse; también es consciente de que fisgonear en la casa de alguien que le ha salvado la vida no es de buena educación. Sin embargo, él es explorador por naturaleza y necesita inspeccionar el lugar en el que se encuentra. Con cautela, soportando el punzante dolor en su pecho que se intensifica con cada respiración, se dirige hacia la puerta de salida. pone la oreja contra la puerta para comprobar si hay alguien al otro lado: no escucha nada. Con delicadeza, gira el pomo y abre la puerta solo dos centímetros. Luego, asoma un ojo por la estrecha rendija para verificar que no hay nadie afuera, custodiando la puerta.

—¿Qué es esto? —se pregunta en un susurro casi mudo.

El suelo sigue siendo de la misma madera, pero parece infinito. Las paredes exteriores son de color carbón, lisas y sin ningún tipo de decoración. El techo, aunque similar a las paredes, tiene miles de puntos de luz. Cuando Tony alza la mirada y ve aquello, siente que está dentro de una enorme caja de zapatos, como las que usaba de pequeño para refugiar a las lagartijas que rescataba de las frías calles. Ahora, le preocupa ser una de esas lagartijas.

Después de esperar un buen rato, por fin decide cruzar el umbral hacia aquel espacio hueco. Camina por el centro del pasillo despacio. No hay nada destacable a su alrededor. Cuando avanza un metro, el pasillo sin fin crece un metro más. Por ahora, no logra ver ninguna otra puerta. Tony mira hacia atrás: la luz del fuego de la habitación verde se escapa por el umbral.

Una preciosa melodía comienza a distinguirse en la lejanía, aunque apenas es reconocible. Tony apresura el paso, encandilado por el creciente sonido. Poco después, encuentra, camuflada en la pared del pasillo, una puerta muy diferente de la que lo encerraba en la habitación verde. Esta es lisa y negra, igual que la pared, pero está hecha de metal. De las rendijas de esa puerta escapa la mágica melodía de piano.

Tony, sin pensarlo demasiado, empuja la puerta. Tras ella, encuentra un espacio similar al del pasillo, aunque más reducido; de unos cien metros cuadrados. Hay vitrinas iluminadas repartidas por la habitación, y una chimenea al fondo, igual que la de la habitación verde. El piano ameniza el ambiente y da la sensación de estar en un museo. Las piezas expuestas son curiosas; Tony no logra comprenderlas del todo. Una de ellas es una vela negra: en su etiqueta

aparece el nombre de Josh Atkins. También hay cuchillos, piedras y cristales ensangrentados, sapos, ardillas y cabras disecados y partes humanas conservadas en frascos de cristal. Una claqueta de cine, un libro, pieles y polvos. Objetos muy variados perfectamente colocados y etiquetados. Tony se detiene frente a un vestido de seda negro, preguntándose dónde lo ha visto antes. Es curioso cómo la música comienza a sonar tétrica y perturbadora en cuanto logra recordarlo: «Es el vestido que llevaba la mujer perturbada del supermercado, que asesinó a bocados a un agente de policía el día después de la caída de los muros de Maddom». En la etiqueta de esta vitrina se lee el nombre de Paula Baker. Un escalofrío recorre el cuerpo de Tony y el dolor punzante de su pecho aumenta aún más. En sus destellantes recuerdos, puede verse frente a esa monstruosa mujer mientras la sangre del policía sale como de una fuente y lo salpica todo. La mujer lo miraba mientras babeaba sangre. Tony siente otro escalofrío que lo impulsa a marcharse de allí. «¿Quién querría guardar el vestido de esa mujer en una vitrina?», se pregunta. «¿Acaso pretenden exhibirlo o es una colección privada?». Avanzando de nuevo por el pasillo, descubre otra puerta entreabierta cerca de allí. De ella sale la misma canción de piano que sonaba en la habitación anterior, y también escapa una luz azulada. De repente, se escucha el estallido de un objeto de cristal destrozándose contra el suelo.

—¡Joder! —se queja Mariah desde dentro de esa habitación.

El sonido del cristal rompiéndose resuena con eco en el pasillo sin fin. Tony verifica en un instante y con un movimiento de cabeza que sigue solo en el lugar. Deprisa, vuelve sobre sus pasos a la habitación verde, pues no está dispuesto a ser atrapado husmeando.

Al tumbarse de nuevo en la cama, Tony comienza a escuchar los pasos de Mariah acercándose. «¿Me habrá visto?», se pregunta. Cuando la puerta se abre y ella asoma su melena castaña, Tony se queda rígido.

—¿Sigues despierto? —pregunta antes de entrar y quedarse de pie al lado de la cama—. Deberías dormir.

—No puedo, tengo hambre —expone sin mentir.

—Entiendo, perdona, ahora te preparo algo.

—Puedo hacerlo yo mismo —propone Tony, impidiendo que Mariah se vaya.

—No te preocupes, por ahora es mejor que descanses —responde ella amablemente—. ¿Quieres un libro mientras esperas?

—No, gracias. No suelo leer mucho.

—Como quieras. Vuelvo enseguida.

En ese momento, Tony comprende que es posible que no sea un invitado ni un refugiado, sino un prisionero. El ambiente vuelve a llenarse de aquel tenso silencio roto por el crepitar de la leña en llamas. Tony levanta la cabeza y mira seriamente a Mariah, quien también lo observa con seriedad. No es la primera vez que Tony cae en la trampa de un demente. Está listo para saltar detrás de la cama si Mariah saca un fusil y comienza a destrozar la habitación a balazos. Durante menos de un segundo, Tony aparta la mirada de ella para evaluar la distancia en la que se encuentra la mesita, pues también está preparado para lanzársela a la cara si Mariah salta hacia él para devorarlo. Nada de eso sucede. Mariah abandona la habitación y Tony se queda solo, pensando en cómo puede escapar de allí. El problema es que Mariah no le ha dado ninguna explicación, simplemente que lo salvó porque estaba agonizando frente a su casa, pero Tony no considera que eso sea una razón suficiente. «Debo preguntarle y aclarar las cosas», piensa. «Es cierto que esto no se parece en nada a una celda». Después de mirar a su alrededor, Tony contempla el exterior, a través de la ventana. Desde su posición apenas puede ver nada, pero aun así continúa mirando.

Minutos después, Mariah regresa con una bandeja metálica en sus manos. En esta, hay una generosa porción de arroz hervido, cuatro rebanadas de pan de molde y un par de rodajas de melocotón en almíbar.

—¡Que aproveche! —le desea ella al entregarle la comida.

Él se lo agradece y, al instante, se llena la boca; apenas mastica, engulle como lo haría una serpiente. A pesar de estar comiendo de su mano y de estar refugiado en su casa, Tony sigue sin fiarse de ella; alza su vista cada dos o tres segundos para observarla. Mariah, por su parte, tampoco deja de mirarlo mientras recoge pétalos caídos de las flores que hay en dos jarrones sobre la chimenea.

—Necesito ir al baño —vuelve a intentarlo Tony.

—Sí, claro. Tienes un cubo bajo la cama.

Tony no dice nada más; ahora entiende que en ningún caso lo dejará abandonar la habitación. Mariah vuelve a marcharse y, esta vez, cierra la puerta con llave al salir.

Capítulo 15

Día 65, por la noche

En la base de la corporación D.A.P.

Joseph se revuelve inquieto en su cama, siendo incapaz de conciliar el sueño. Las horas pasan y su mente se agita con una avalancha de preguntas sin respuesta: «¿Fue un mero accidente lo que ocurrió con Rebeca? ¿Fue un lunático que se la encontró sin buscarla o fue planeado para dañarlo a él y a su corporación?». Las incógnitas lo abruman: «¿Cómo logró acercarse sin ser visto? ¿Cómo esquivó las cámaras de seguridad al marcharse sin dejar rastro?». Las dudas lo torturan sin cesar: «¿Cómo hizo desaparecer a Rebeca en aquel minúsculo apartamento?».

Como si el tormento no fuera suficiente, el molesto zumbido de un mosquito comienza a rondar su oído. Joseph agita su mano en un intento desesperado de ahuyentarlo, pero el insecto persiste y le pica una y otra vez, dejando pequeñas marcas de su paso. «Ni siquiera puedo atrapar a un maldito bicho», se reprende a sí mismo con frustración.

De pronto, una suave campanada resuena en su habitación. Joseph toma su teléfono, revisa los mensajes de voz y escucha el último: «Hola, señor, soy Richard. Los chicos de análisis me informan de que no hay coincidencias en las bases de datos. El Hombre Lívido no es un demente fugado, es alguien desconocido. Lo siento. El departamento de control seguirá trabajando para encontrarlo. Lo mantengo informado». Al escuchar el pitido final, Joseph lanza su teléfono, destrozándolo contra la pared. Furioso, se queda sentado en el borde de la cama. Tratando de calmarse, se repite una y otra vez que su equipo lo encontrará, que debe confiar en ellos. En ese instante, el mosquito detiene su vuelo sobre la rodilla de Joseph. Sin pensarlo dos veces, él descarga toda su rabia sobre el insecto, aplastándolo con un rápido manotazo. Solo queda un pequeño punto de sangre en su piel: la suya, la que el insecto le había robado.

Capítulo 16
Día 65, por la noche
En algún punto de la ciudad

Pese al caos que invade la ciudad, todavía hay mucha gente que se resiste a abandonar sus hogares; Olga Klein es una de ellas. Siendo joven y estando sola, podría haberse marchado para comenzar una nueva vida lejos de la ciudad. Sin embargo, esa opción no era válida para ella. Años atrás, mientras cursaba sus estudios, trabajó noche y día para ganar el dinero que invirtió en abrir su negocio soñado: una tienda de moda. El negocio apenas estaba despegando cuando los muros de Maddom fueron derribados. Aun así, marcharse sería abandonar su sueño, y no está dispuesta a hacerlo. Cada mañana, reza para que el caos en la ciudad termine pronto y pueda volver a abrir las persianas de su negocio.

En este momento, Olga Klein está sentada en el salón de su apartamento, cautivada por la nueva temporada de una telenovela romántica. Siempre se emociona al ver a los protagonistas besarse, pese a ocurrir del mismo modo en cada temporada. Siente ese cosquilleo en el estómago que la hace sonreír y sudar de los nervios. También experimenta tristeza cuando el hombre debe apartarse de su amada por culpa de sus enemigos, aunque el amor siempre termina uniéndolos de nuevo. De repente, mientras aprieta la almohada entre sus muslos, la emisión se interrumpe. Un ruido blanco invade el aire y la pantalla se llena de pequeños puntos negros, como pulgas que saltan sin cesar. Olga permanece mirando la pantalla en la penumbra de la habitación.

—Qué relajante es el ruido blanco, ¿verdad? —pronuncia una voz grave y ronca desde detrás de ella—. Ensordece el mundo y también la mente; me recuerda a la lluvia.

Los músculos de Olga se tensan. Siente una presencia a sus espaldas. Piensa que esas palabras no han podido ser producto de su imaginación, por muy absorta que estuviera mirando esos puntos saltarines en el televisor. Lentamente, comienza a girar la cabeza para descubrir quién se encuentra detrás de ella: no hay nadie. Un soplo de aire frío entra por la puerta del apartamento, que está abierta de par en par. Olga se levanta con miedo y avanza hacia la puerta, intentando vislumbrar algo en la oscuridad. Agarra el pomo, mira hacia el exterior y cierra rápidamente de un portazo. Luego, respira aliviada. «Debe haber sido el niño de los Ramírez», se dice, olvidando que se marcharon, al igual que todos los demás.

Olga extiende su brazo para pulsar el interruptor de la luz. Sin embargo, antes de llegar a él, la voz vuelve a hacerse oír:

—Disculpa —pronuncia con el mismo tono tenebroso de antes.

Olga se queda congelada a cinco centímetros del interruptor. Las sombras envuelven todo el apartamento, y el único punto luminoso es el televisor, que sigue sin emitir señal. Las palabras que Olga piensa, no salen de su boca, porque tanto sus labios como sus cuerdas vocales no se mueven lo más mínimo. Su mirada recorre temerosamente la negrura en busca del origen de aquella voz. Ella desea no ver nada. Sin embargo, de repente, rodeado de un aura de oscuridad, divisa un rostro más blanco que la nieve, lívido como el de los vampiros de sus películas favoritas. En ese instante, consigue inspirar bruscamente una profunda bocanada de aire y sus

cuerdas vocales reviven con un chillido agudo y desgarrador. Esto hace que el Hombre Lívido se lance hacia ella para acallarla. Sin pensarlo, Olga toma lo primero que encuentra a su alcance y se lo lanza al intruso: un cuenco de porcelana donde guarda caramelos de regaliz. Él se protege el rostro levantando su brazo izquierdo, pero el cuenco de cristal estalla al golpearle. Ella intenta escapar mientras grita y sigue lanzando objetos, los cuales él va esquivando.

El apartamento no es muy grande, por lo que, en un momento, se queda sin espacio para correr; de espaldas al televisor y cara a cara con el Hombre Lívido. De reojo, mira hacia la puerta: tiene la intención de correr hacia allí. La chica coge una figurita de cristal que le regaló su abuela y amenaza con lanzársela al Hombre Lívido un par de veces antes de hacerlo de verdad. Seguidamente, arranca a correr hacia la salida. Sin embargo, Olga no es tan veloz como cree. Esta vez, es el Hombre Lívido quien le lanza un objeto a la cabeza: una taza que Olga tenía sobre la mesita de centro. La taza impacta con fuerza en la parte trasera del cráneo de Olga, lo que la hace perder el equilibrio y chocar contra la pared. Una de sus manos roza el pomo de la puerta de salida justo antes de caer desplomada, mientras que con la otra intenta volver a levantarse, acariciando el mueble del recibidor.

El Hombre Lívido camina hacia al cuerpo inconsciente de Olga, la agarra por los tobillos y la arrastra hasta el salón, dejando un sutil rastro de sangre. Luego, trata de levantarla. Logra hacerlo, aunque con dificultad, pues no es un hombre muy fornido. Después, la deja sentada en una de las sillas.

Olga abre los ojos, mareada y con un intenso dolor en la cabeza. Su visión es borrosa, pero se va aclarando poco a poco. A medida que la nitidez de su vista se intensifica, la confusión de su mente se va desvaneciendo y vuelve a recordar lo que acaba de vivir. Al intentar moverse, se percata de que vueltas y vueltas de cinta americana, en el torso, en las muñecas y en los tobillos, la inmovilizan. Ni el dolor de cabeza ni el mareo disminuyen; tiene la nuca empapada de sangre y un moratón en la cara que parece dibujar el hueso malar. Olga comienza a llorar y a forcejear con movimientos bruscos para intentar liberarse.

—¡Ayuda! —grita con su voz rasgada, sollozando y babeando—. ¡Por favor, que alguien me ayude!

Las luces continúan apagadas. El televisor sigue sin señal, emitiendo su tenue luz y el ruido blanco.

—Por favor… por favor —repite con debilidad mientras llora.

De nuevo, insiste con los ineficaces forcejeos.

—¡Ayuda! —grita todo lo fuerte que puede, una vez más.

—No hay nadie para ayudarte —le responde la voz grave y ronca del Hombre Lívido desde detrás de ella.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —le pregunta Olga sin dejar de llorar—. No he hecho nada. Por favor…

El hombre permanece a sus espaldas, pero da unos pasos para acercarse a Olga. Su cabeza asoma por encima del hombro izquierdo de la chica.

—Estoy buscando algo que perdí —le dice.

—¿Y qué quieres que haga yo? —continúa lagrimeando—. No sé nada, de verdad. Hace meses que no salgo a la calle.

—Creo que, tal vez, puedas ayudarme a encontrarlo.

—De acuerdo, te ayudaré, pero no me hagas daño. Por favor… —suplica.

—Genial, puedes empezar por decirme tu nombre. No es que sea importante, pero me gusta saber con quién estoy hablando.

El hombre camina alrededor de ella hasta llegar justo enfrente.

—Olga, me llamo Olga Klein —responde después de tragar saliva.

—Encantado, Olga —dice mirándole directamente a los ojos—. Ahora dime, ¿qué es aquello que más te aterra?

—¿C... cómo?

—Has oído bien.

—No lo sé, hay muchas cosas que me dan miedo.

—Comprendo, pero no quiero una lista, quiero que me digas tu mayor miedo, aquel que te ha atormentado desde lo más profundo de tu ser durante todos los años de tu vida hasta hoy.

—Pero, ¿por qué? ¿En qué va a ayudarte eso?

—No necesitas entenderlo.

El Hombre Lívido comienza a pasear por el apartamento mientras espera la respuesta de Olga.

—Es que no sé qué decir —repite ella—. No sé qué decir…

Cuando el hombre pasa junto a la encimera de la cocina, una idea brilla en su mente. Enseguida vuelve a colocarse frente a Olga para mostrarle el cuchillo que sujeta con su mano derecha.

—No quiero apuñalarte, pero lo haré cada vez que abras la boca para darme una respuesta estúpida. ¿De acuerdo? Solo quiero que me digas qué es aquello que más te aterra.

—Las alturas, los lugares pequeños, hacer el ridículo en público, no lo sé.

—¡Escoge uno, el peor, es tu última oportunidad!

—Las alturas, me dan miedo las alturas.

—Bien, gracias por responder. ¿Y por qué vives en un tercero?

—Eso no me incomoda, porque sé que no voy a caerme. Es cuando me acerco al borde de algún lugar elevado que siento que mis piernas tiemblan y comienzan los sudores fríos.

—Interesante…

El Hombre Lívido se coloca detrás de Olga y, después de acariciarle el hombro, comienza a empujar la silla.

—¿Qué haces? —grita Olga sin poder hacer nada—. ¡Para, por favor! Te he respondido.

El hombre la lleva hasta el ventanal que da al pequeño y sucio balcón.

—Quiero verlo —dice él antes de cortar la cinta que inmovilizaba a Olga—. Ponte de pie.

—¿Qué es lo que quieres ver?

Ella obedece con lentitud y temor, mirando de frente al hombre y de reojo al abismo. Él se le acerca, aún apuntándola con la hoja del cuchillo, obligándola a retroceder unos cortos pasos hasta que encuentra la fría barandilla de hierro. Él se acerca un poco más. El filo del cuchillo roza la garganta de Olga.

—Mira hacia abajo, Olga.

Ella lo hace, moviendo solo los ojos. Luego, traga saliva. A causa de ello, su papada se hincha más de lo habitual y la punta del cuchillo la pincha levemente, lo suficiente para que una gota de sangre se deslice por su cuello. Las piernas le tiemblan aún más que antes; Olga teme que le fallen. Las manos le sudan mientras aprieta la barandilla del balcón; Olga teme resbalar. El Hombre Lívido observa con atención cada detalle de lo que está sucediendo, pues no quiere perderse nada en absoluto. En ese tenso momento, deja caer el cuchillo al suelo, mientras que con la otra mano sigue presionando a Olga contra la barandilla; lo hace tan fuerte que los pies de la chica comienzan a elevarse. De repente, el Hombre Lívido la empuja, pero rápidamente la agarra de un brazo para evitar que caiga. Olga queda colgando, con un rostro casi tan pálido

como el de él; no grita, solo tiembla. Sus piernas se mueven como si estuviera tratando de correr por el aire. Olga se agarra a la parte baja de uno de los barrotes de la barandilla con su mano izquierda. El hombre inspira profundamente y deja escapar una sonrisa de calma. Luego, suelta la mano de Olga, dejándola caer. El grito de la chica es fugaz, concluyendo con un fuerte golpe seco. Desde arriba, el Hombre Lívido observa orgulloso el resultado.

Capítulo 17
Día 65, por la noche
En el Hospital General

Un furgón negro se detiene en la salida de urgencias. Cuatro enfermeros salen del edificio empujando dos camillas. Del vehículo bajan dos soldados de D.A.P. y abren las puertas traseras del furgón para que los enfermeros se lleven a las tres personas dormidas que transportaban.

—Vais a necesitar otra camilla —dice uno de los soldados.

—Ahora avisaré a otros para que vengan a por esta.

Mientras tanto, el doctor Boer, un experimentado profesional con años de servicio en el lugar, observa la escena con preocupación desde una de las ventanas de la primera planta del hospital; su expresión denota desagrado por la situación actual.

En ese momento, uno de los soldados nota la mirada del doctor Boer y le saluda levantando una mano. El doctor devuelve el saludo con un movimiento de cabeza. Justo en ese instante, un estruendo proveniente de detrás de él interrumpe su interacción.

El ruido se ha producido al caerse uno de los carros hospitalarios, esparciendo medicamentos y material médico por el suelo del pasillo. Al girar la cabeza, el doctor Boer se encuentra con un encapuchado, vestido con ropa negra, que corre a toda velocidad por el pasillo del hospital, derribando cualquier obstáculo que se interpone en su camino y empujando a cualquiera que intente detenerlo. Los médicos presentes en el pasillo intentan detener al intruso mientras gritan:

—¡Alto ahí!

—¡Cuidado!

—¡Qué alguien lo pare!

El doctor Boer, consciente de la peligrosidad de la situación, reacciona rápidamente y vuelve a girarse hacia la ventana para golpear el cristal, intentando llamar la atención del soldado que se encuentra abajo.

—¡Ayuda! —grita mientras sigue golpeando.

El soldado capta algo y levanta la mirada. De inmediato, el doctor hace un gesto enérgico con la mano, instándole a subir inmediatamente. Sin embargo, cuando el soldado llega junto a él, el encapuchado ya ha desaparecido sin dejar rastro, y ni siquiera se han cruzado en las escaleras.

—Ha salido de una de las habitaciones de arriba —informa una enfermera.

El doctor Boer frunce el ceño, analizando la situación:

—¿Era un paciente o alguien que se ha colado?

—No lo sé, doctor. No he visto ninguna cama vacía en la habitación —responde la enfermera.

Ante la incertidumbre, el doctor Boer toma la decisión de investigar cada una de las plantas superiores del hospital. Junto con un equipo de enfermeros y personal de seguridad, recorren cada habitación minuciosamente, asegurándose de que todo esté en orden y buscando cualquier pista que pueda ayudar a identificar al individuo. Mientras realizan su recorrido, los soldados

llaman a su superior para informar sobre la situación y solicitar refuerzos.

—De acuerdo, ahora mismo otro equipo —dice la voz al otro extremo del teléfono.

Una vez completada la búsqueda exhaustiva en cada piso y con la llegada inminente de los refuerzos, los soldados encargados del transporte de cuerpos se preparan para marcharse.

—Doctor Boer, hemos recibido confirmación de que enviarán más soldados para ayudar a custodiar el hospital. No tardarán en llegar. Nosotros tenemos que irnos, pero estaremos atentos a cualquier novedad —informa uno de los soldados con seriedad.

El doctor Boer le agradece la ayuda y asiente, siendo consciente de que deben permanecer alerta hasta que se restablezca la seguridad completa. A medida que los soldados se alejan, el hospital queda sumido en un ambiente tenso.

Capítulo 18
Al día siguiente: Día 66
En la niebla

Sara despierta cuando la luz del sol ilumina la niebla que envuelve el mundo. Se siente cansada, pues esta pasada noche apenas ha pegado ojo. Piensa que, en los tiempos que corren, es una suerte tener un lugar tan agradable para cobijarse y, además, en compañía. Las noches son largas, frías, y las más oscuras que uno pueda imaginar. Su peligrosidad no radica en las personas, como solía ser, pues apenas quedan; radica en el monstruo hambriento que se esconde en la intensa negrura, ese ser que cualquier mente sana tacharía de irreal... hasta que siente su aliento en la nuca; entonces ya es demasiado tarde para huir. Sara se siente afortunada por haber sobrevivido a sus encuentros tantas veces, pero dolida por quienes no lo lograron. Han sido tantos años huyendo de este monstruo que ya forma parte de su forma de vida. Aunque todo parezca calmarse por un tiempo, la tormenta siempre regresa.

Hasta hace poco, Sara creía ser la única superviviente a ese encuentro. Luego conoció a Alfred. Una de las muchas noches en las que se quedaban embobados mirando las llamas de la hoguera en el interior de su cabaña, él le contó que una vez ese horrible monstruo, musculoso y viscoso, lo persiguió durante kilómetros, pisándole los talones. Alfred pensó que ese sería su final, que en cualquier momento sus piernas le fallarían y el monstruo lo atraparía. Sin embargo, antes de que eso ocurriera, apareció un cráter en el suelo que no vio, y, tropezando, cayó en él. Llegó a bajo lleno de cortes y con las dos piernas rotas; por eso ya no puede levantarse y caminar, y nunca más podrá hacerlo. Desde el fondo de aquel agujero que Alfred concebía como su tumba, veía al monstruo caminar en círculos por el borde del precipicio. Le atormentaba pensar que, en cualquier momento, ese monstruo podría descender y acabar con todo. Con ese miedo en los huesos, pasó días y noches apretando entre sus manos un bastón que utilizaría para defenderse en caso de que fuera necesario. Después de estar unos días allí, sus fuerzas se agotaron por completo; ya no podía aguantar más. Ese mismo día, el monstruo se marchó. Horas después, apareció Sara, buscando algún rastro de vida en el lugar. Desde ese día hasta ayer, fueron dos supervivientes.

Mientras la niña y Alfred siguen durmiendo, Sara aprovecha para salir de casa. Se acerca a la orilla del río, se quita la ropa y entra en el agua corrediza y cristalina. Esa sensación de libertad y liberación que siente al sumergirse en el agua y nadar es magnífica. Sara piensa que nunca en su vida había tenido el cabello tan largo; lo estira y trata de desenredarlo con los dedos. Luego, vuelve a sumergirse, roza las piedras que hay en el fondo y nada a contracorriente. Juega con las burbujas de oxígeno que salen de su nariz, recoge agua con la boca y la escupe formando un chorro. También bebe unos cuantos tragos; al fin y al cabo, es agua pura. Ese es un momento de tranquilidad que ni siquiera sus pensamientos se atreverían a interrumpir. Sara regresa al fondo del río y, desde allí, por un instante ve unos débiles rayos de sol atravesando la niebla y el agua. Levanta la mano como si pudiera tocar la calidez de esa luz. Entonces algo se interpone; un cuerpo se detiene frente al sol, proyectando una sombra sobre el agua. Sara se impulsa para salir

a la superficie y descubre a la niña de pie en la orilla.

—Buenos días —dice la pequeña.

—Buenos días, Paula. ¿Te apetece darte un baño?

—No, gracias.

—Venga, métete.

—No, no me apetece.

—Como quieras. Está fresquita, ¿eh? —dice Sara antes de volver a sumergir su cabeza bajo el agua.

Paula se tumba boca arriba en la orilla; solo ve la nube en la que están metidas. Sara decide salir tras un último chapuzón y se sienta al lado de Paula. Ambas se quedan en silencio, disfrutando de una tranquilidad alterada débilmente por el murmullo del agua.

—Oye —interrumpe Paula—, ¿lleváis mucho tiempo aquí?

—Contando el día de hoy, sesenta y seis —responde Sara.

—¿Y no habéis encontrado a nadie más?

—No, solo a ti y... —Sara se queda callada un momento, ya que iba a mencionar al niño que iba con Paula. Sin embargo, prefiere no ahondar en eso—. Bueno, solo a ti.

—A mí y a Eric.

Sara la mira de reojo. Paula no llora; permanece seria mirando el agua.

—Sí, siento lo de tu hermano.

—Eric no era mi hermano, nos conocimos cuando las nubes cayeron. Éramos muchos más.

—¿Sabes qué fue lo que ocurrió?

—No. Yo estaba en la escuela, en clase de matemáticas. La profesora Doyle estaba explicando algo muy aburrido y yo no dejaba de mirar el reloj que había sobre la puerta. Entonces comenzó a sonar una sirena muy fuerte. Algunos de mis compañeros se tapaban los oídos, pero yo no; me levanté y me puse a mirar por la ventana hacia fuera. Había fuego y humo, y la gente corría. La profesora me gritó para que me sentara. Antes de que lo hiciera, entró en la clase otra profesora; era de otro curso, nunca había hecho clase con ella aunque sí la había visto alguna vez por los pasillos. Algo le dijo a la profesora Doyle que la asustó; se quedó blanca y se mareó. La otra profesora se quedó allí abanicándola con el libro de matemáticas. Nos dijo: «Niños, no hagáis ruido y permaneced sentados. Ha ocurrido algo y tendremos que esperar aquí. No os preocupéis, aquí dentro no nos pasará nada malo. El director y otros profesores ya están llamando a vuestros padres para que vengan a recogeros lo antes posible». Algunos padres aparecieron, pero la mayoría no. Al día siguiente, cayeron las nubes y llegaron los monstruos.

—¿Los monstruos? ¿Hay más de uno?

—Sí, hay muchos. Ninguno es igual a otro, pero todos dan mucho miedo.

Sara se queda preocupada y asustada.

—¿Cómo llegaste tu aquí? —le pregunta Paula.

—Yo estaba en el gimnasio con unos amigos cuando sonaron las alarmas. Corrimos a casa de Michael, que era la más cercana, y nos encerramos allí. Durante la noche, alguien entró en la casa…

—¿Un monstruo?

—Puede ser. Cuando vimos a Michael muerto en el sofá y todo el salón lleno de sangre, José y yo huimos lo más rápido que pudimos.

—Lo siento.

Sara le agradece con una sonrisa y continúa:

—Estábamos caminando por la calle cuando nos encontramos rodeados de niebla.

—Las nubes —le corrige Paula.

—Sí, las nubes. Encontramos una escuela de primaria y nos escondimos allí.

—¿Estuviste en mi colegio?

—Seguramente. Vimos a algunos niños en el colegio antes de toparnos con el mismo monstruo de ayer. Yo escapé, pero José...

Paula guarda silencio durante un par de minutos.

—¿Y cuándo conociste a Alfred? —retoma la pequeña.

—Eso fue después de diecisiete días de estar sola. Lo encontré en el fondo de un agujero, con las piernas rotas, y lo llevé hasta nuestra preciosa casa. Bueno, está un poco deteriorada, pero tiene una buena ubicación, ¿no crees?

—Sí, es bonita.

A Paula se le escapa la risa y Sara la sigue. Este día es el único entre los sesenta y seis que han pasado desde que las nubes cayeron, en el que Sara no ha querido alejarse de la cabaña. Está contenta de haber encontrado a alguien más con vida, así que ha decidido dedicárselo a Paula y aprovechar para hacer algunas pequeñas reformas en la casa; cosas sencillas pero muy necesarias. Por ejemplo, quitar los cristales rotos que cuelgan de las ventanas y podrían caer, construir una cama más decente para Paula usando hojas verdes de los árboles, guardar y organizar en un armario de la cocina todas las latas y botes de comida que Sara recogió en la iglesia abandonada, o arreglar la puerta de entrada añadiéndole ocho bisagras extraídas de otros lugares.

—La puerta no encaja perfectamente en el marco, pero es mucho mejor que la anterior —dice Sara mientras le enseña a Paula cómo se abre la puerta nueva.

La pequeña aplaude, sorprendida.

Después de eso, Sara comienza a preparar el fuego para hacer la comida.

Alfred sigue tumbado, no le ha dirigido la palabra a ninguna de las dos en toda la mañana; a Paula le da la sensación de que está muy triste, ya que siempre está sentado a oscuras, mirando la chimenea sin decir nada y apenas se mueve.

Por ayudar, Paula se ha puesto a barrer el suelo con una escoba hecha con un palo, paja y cuerda. En el momento en que abre la puerta para barrer hacia afuera, Paula escucha un ronquido. No levanta la cabeza, aprieta con fuerza el palo de la escoba y continúa barriendo un poco más rígida e intentando ignorar lo que cree haber oído.

De pronto, vuelve a producirse un ronquido similar. Esta vez, se queda inmóvil mirando sus pies, como si así pudiera evitar ser vista. Un tercer ronquido resuena más cerca que los demás. Paula inclina la cabeza con un movimiento extremadamente lento y tenso, descubriendo a esa enorme figura monstruosa que camina a cuatro patas acercándose a la casa, con una horrorosa sonrisa babeante y unos ojos redondos y morados, con pupilas blancas mortecinas que miran directamente a la niña. Paula se queda unos instantes atrapada mirando al monstruo, como si esos ojos pudieran absorberla. Sin embargo, al instante, surge una fuerza desde su interior que la empuja hacia atrás. Gracias a ella, logra despegarse de aquellos ojos y cae de culo al suelo. Tan rápido como suena el golpe de su caída, la puerta se cierra dando un portazo.

Sara asoma la cabeza desde el baño:

—¿Paula? ¿Estás bien?

La chica no habla ni se levanta, solo tiembla como si estuviera sufriendo algún tipo de ataque. Sara se acerca a ella.

—¡Eh! ¿Estás bien?

—Nos siguió… —susurra la niña con una voz apenas audible.

—¿Qué?

—Nos siguió —repite un poco más fuerte.

—¿Qué? —vuelve a preguntar Sara, habiendo escuchado ya lo que la niña decía, pero deseando haber escuchado mal.

Sara mira a su alrededor preguntándose qué puede hacer, planteándose saltar por una ventana y escapar. Pero Alfred no puede ponerse en pie, y abandonarlo a su suerte no es una opción. Él ha sido su única compañía durante meses; es un tipo extraño, pero sin él, Sara se habría vuelto loca. «¿Qué hago?», se repite dando vueltas sobre su propio eje. Paula le coge de la mano y le aprieta con bastante fuerza.

—Espera, ahora vengo —le dice a Paula para que la suelte.

Sara se dirige a la chimenea y coge la horquilla de hierro que cuelga a un lado. Siempre se ha preguntado para qué servía; ahora tiene pensado utilizarla para defender la casa y a los que están dentro. Paula la mira.

—No hay lugar al que huir, Paula. Alfred no puede marcharse.

Paula se coloca a su lado, levantando el palo de la escoba con la punta hacia adelante, como si fuera una lanza.

—¡Vamos! ¿¡A qué esperas!? ¡Ven a por nosotras! —grita Sara.

El ronquido se escucha cada vez más cerca, pero avanza con una lentitud aterradora. Las chicas están rígidas, sus corazones laten acelerados, y Alfred sigue frente a la chimenea sin girar la cabeza, derrotado como si diera por sentado que ese será su final, como si hubiera tirado la toalla. Tanto Sara como Paula le miran de reojo, pero él permanece inmóvil. Los pesados pasos del monstruo resuenan en un exterior vasto y vacío. Sara y Paula se miran a los ojos, unos ojos que parecen temblar y humedecerse. Ellas también son conscientes de que este podría ser el final.

De repente, una garra enorme y completamente negra revienta el cristal de la ventana que da a la cocina. La misma garra se apoya sobre el marco, donde todavía hay vidrios afilados pegados; parece no sentirlos. Luego, otra de esas monstruosas manos agarra el lateral del marco y tira de él para arrancarlo y hacerse hueco. Su cabeza es lo primero en asomarse al interior, sus ojos se dirigen hacia las chicas, su boca babea y sigue roncando al respirar. Sara y Paula retroceden unos pasos. El monstruo avanza con cierta dificultad debido a su gran tamaño y al pequeño espacio donde están sus presas. Ellas agitan los palos que sostienen como si fueran a servirles de algo, lo hacen durante esos escasos segundos en los que el monstruo derriba las paredes de madera. Con una velocidad imposible, el monstruo le propina un zarpazo a Paula que la hace volar hasta la esquina donde tenía su cama. A ella no le ha dado tiempo ni a gritar; Sara sí ha gritado. Paula no ha muerto ni ha perdido el conocimiento, está un poco aturdida, tanto que no siente dolor; su rostro ha perdido su color. De pronto, en el brazo izquierdo de Paula comienzan a aparecer las marcas de los cortes; son tan finos que al principio solo se ve la marca, pero luego la sangre comienza a caer. Lo mismo ocurre en su vientre, bajo la camiseta azul celeste; la sangre tarda en salir, pero cuando lo hace, no se detiene.

El monstruo ruge con tanta potencia como Sara grita. Ella se pregunta por qué ese rugido, pues piensa que ya no puede causar más terror del que provoca. Sara aprovecha un momento en el que el monstruo ruge hacia el cielo para clavarle las dos puntas de su horca en el cuello. La piel oscura, musculosa y viscosa que parecía impenetrable también sangra, aunque sea un líquido tan negro como el alquitrán. Sara retira su arma y la vuelve a clavar hasta veinte veces, con rabia, desesperación y gritos. Todo a su alrededor queda encharcado por esa apestosa sustancia untuosa y oscura. La cabaña, o lo que queda de ella, vibra cuando el monstruo cae muerto. Sara, con la respiración agitada, corre hacia Paula.

—Tranquila, no es nada —le miente para tranquilizarla.

Paula sigue aturdida, no llora ni parece darse cuenta de lo que está ocurriendo. Mira sus heridas como si fueran una ilusión.

—Presiona la herida, vamos —le dice Sara después de romper un trozo de sábana y colocárselo sobre el vientre.

Paula lo hace casi de forma automática, sin entender nada.

—Mírame, Paula. Ya no hay peligro, intenta hacer lo que te digo, ¿vale?

La niña mueve la cabeza ligeramente. Sara no sabe si ha asentido o ha sido un movimiento causado por el mareo. El hedor de la sangre del monstruo es tan espantoso que resulta difícil respirar.

—Vamos a levantarnos, apóyate en mí —le dice Sara mientras la ayuda a ponerse en pie —. No dejes de presionarte la herida, por favor.

—Estoy un poco mareada.

—Ya lo sé, tranquila. Vamos a la orilla.

—Vale.

Dejando un rastro en la tierra de huellas negras y gotas rojas, consiguen llegar. Sara le limpia el brazo a Paula con el agua cristalina del río, lo que parece empeorar su sangrado. Luego, se quita la camiseta y la utiliza como vendaje para ese brazo. Lo peor es la herida en el abdomen, y no tienen ni idea de qué pueden hacer para detener la hemorragia. En ese instante, otro rugido emerge de la casa. «No, no es posible», se dice Sara a sí misma. Enseguida, dirige su mirada hacia la casa, rezando para que haya sido un ruido post-mortem. Sin embargo, el rugido se produce de nuevo.

—Mierda, Alfred.

Sara deja a la niña herida apoyada en una roca y regresa hacia la cabaña con el objetivo de salvar a su amigo. Al cruzar la puerta, se da cuenta de que el monstruo sigue muerto. Alfred continúa frente a la chimenea, un poco más cerca de ésta y tumbado boca arriba. Por primera vez en meses, debido al derrumbe de la pared, la luz solar ilumina su rostro inhumano de espantapájaros: una cara con piel de saco, con ojos y labios pintados con rotulador. Su cabeza no se sostiene bien y la paja que le da volumen escapa por el cuello, la cintura y las mangas de su camisa de cuadros.

—¿Estás bien? —le pregunta Sara—. No te preocupes, el monstruo ha muerto. Ya sé que esto no habría pasado si te hubiera hecho caso, no hace falta que me lo restriegues otra vez. Cometí un error, solo un maldito error, Alfred. Además, estamos bien, ¿no? Hemos sobrevivido.

Sara sigue hablando con Alfred, el espantapájaros, como si este le contestara:

—No te preocupes por esas tonterías. Igual que encontramos esta casa, encontraremos otra, y más comida. ¿Paula? Está ahí fuera, herida. Vamos, deja de quejarte y salgamos de aquí, que me estoy asfixiando.

Al darse la vuelta, con su amigo inanimado en brazos, otro monstruo horrible la espera, rugiendo con fuerza. Este tiene cuatro colmillos y dos zarpas largas; la parte trasera de su cuerpo es alargada como una serpiente y se arrastra impulsándose con los brazos. El color de su piel es grisáceo, al igual que su corto y puntiagudo pelo, que está disperso por todo su repugnante cuerpo. Como Paula le había advertido, no había solo un monstruo, sino muchos más, y aunque cada uno sea diferente, todos son igualmente aterradores.

De repente, sin tiempo para que Sara pueda reaccionar, la bestia salta sobre ella con la boca abierta. Sus largos colmillos se clavan en su pecho como espadas. Sara cae al suelo y el monstruo la engulle entera.

Capítulo 19

Día 66, por la mañana

En la Estación Central

Los rayos del sol se filtran a través de las claraboyas y los ventanales, proyectando su luz sobre el suelo. El joven misterioso se levanta de su rincón y se aleja caminando hacia los portones custodiados por soldados, donde un furgón negro ha dejado a tres personas: un adolescente repeinado, un niño enfadado y una mujer de mediana edad asustada. Algunos voluntarios se acercan para recibirlos y ofrecerles su ayuda. Después de observar detenidamente a los recién llegados, el joven misterioso regresa a su rincón.

—Buenos días —le saluda alguien desde detrás.

El joven echa una mirada de reojo y se da cuenta de que es el mismo voluntario de todos los días.

—Te traigo un vaso de zumo —le dice mientras el joven vuelve a bajar la mirada—. Veo que hoy tampoco has tenido suerte.

El joven sigue sin decir una palabra.

—Sé que no nos conocemos, ni siquiera sé tu nombre, pero no deberías hacerte esto. No digo que la persona a la que esperas no vaya a llegar, solo digo que tal vez no lo haga y tú tienes la oportunidad de seguir viviendo. No la desperdicies y come algo, por favor.

El voluntario deja el vaso de zumo a su lado y espera unos segundos. Al ver que hoy tampoco obtendrá ninguna respuesta, se retira. Cuando el joven se queda solo, toma el vaso de zumo y se lo bebe.

Capítulo 20

Día 66, por la mañana

En casa de Mariah

Tony vuelve a despertar en aquella habitación de paredes verdes de la que no puede salir. Se acerca a la ventana y mira hacia abajo, contemplando la posibilidad de descender a la calle desde allí. Sin embargo, se da cuenta de que no hay una forma segura de hacerlo. «Por ahora no me ha tratado tan mal. Me ha dado una habitación decente y comida caliente», reflexiona. «Pero no quiero estar aquí cuando Mariah comience a comportarse de una forma extraña, como una caníbal seductora o algo por el estilo».

Tony se da cuenta de que hay una alarma de incendios sobre el espejo del tocador, situado al lado derecho de la cama. «Un clásico para llamar la atención», piensa. Con las pinzas de hierro que cuelgan al lado de la chimenea, extrae un trozo de leña ardiente y lo acerca al sensor de la alarma. En una posición incómoda, espera a que comience a sonar. El plástico blanco comienza a fundirse liberando un hedor insoportable, pero la alarma sigue sin sonar. Tony vuelve a dejar el tronco en la chimenea. «Hay varios motivos por los cuales podrían haber desactivado esa alarma», piensa. «El viento podría entrar por la chimenea y desviar el humo hacia el interior; también podría ser por el humo de las explosiones y los derrumbes del exterior que entra por la ventana. Puede incluso que sea para evitar justo lo que me proponía hacer. O quizás, simplemente, el chisme haya dejado de funcionar y no lo hayan sustituido por uno nuevo».

Tony se sienta al borde de la cama, buscando en sus pensamientos la forma de atraer a Mariah. «El fuego... el fuego es la única opción que se me ocurre», se dice a sí mismo mientras permanece embobado mirando la hoguera. De nuevo, toma las pinzas de la chimenea, agarra con ellas el mismo tronco llameante y lo deja en el suelo junto a la puerta. El humo se escapa por las rendijas, mientras asciende hacia el techo de la habitación. Tony alimenta el fuego dejando otro trozo de leña junto al anterior.

—¡Mariah! —grita a todo pulmón al mismo tiempo que golpea la puerta con el puño—. ¡Ayuda!

El humo también entra en sus vías respiratorias, alcanzando sus pulmones y haciéndolo toser. «Esto me conviene», piensa, y continúa con sus gritos de auxilio:

—¡Mariah! ¡Mariah!

Ella, al escuchar los gritos, sale disparada de la habitación en la que se encuentra y corre hacia allí por el extenso pasillo, ahora lleno de humo.

—Tony, ¿estás bien? —pregunta, alterada, desde el lado opuesto de la puerta.

—Sigo vivo. Sácame de aquí.

—De acuerdo, voy a abrir. Apártate de la puerta.

Mariah, un tanto temblorosa, introduce la llave en el bombín y la hace girar. Las llamas han crecido hasta la mitad de la puerta. Queriendo evitar que las llamas le quemen la piel, da un paso atrás y abre la puerta de una patada. Justo cuando se abre, uno de los jarrones de cerámica vuela hacia su frente y estalla. Tony esperaba que Mariah cayese desmayada, pero no ha sido así: tan

solo le ha abierto una fina brecha por la que comienza a sangrar. Tony carga contra ella. Sin embargo, como la represa que frena las aguas de un río, ella detiene la huida de Tony con todo su cuerpo. Ambos caen al suelo: uno sobre el otro. Allí empiezan a forcejear. Ella le propina un puñetazo en el hombro, justo donde él tiene la herida de bala. Tony grita por el terrible dolor y rueda, quedando de espaldas contra el suelo. El vendaje se empapa de sangre rápidamente. Tony encoge su pierna derecha y, golpeándola en la barriga, empuja a Mariah, que estaba en posición dominante sobre él. Mientras ella trata de recuperar el aliento, Tony se pone en pie y huye por el pasillo. Mariah, con dificultad, logra ponerse de rodillas y, una vez en esa posición, desenfunda la pistola que llevaba escondida en su cinturón, bajo su camisa.

—¡Quieto, Tony! —grita antes de disparar al techo a modo de advertencia. El disparo resuena por toda la casa. La melodía del piano parece enmudecer—. ¡Quieto!

Tony no se detiene; sigue avanzando por el lado izquierdo hasta entrar en aquella habitación de la cual escapa una luz azulada. La puerta está abierta de par en par. Tony piensa que, seguramente, Mariah estaba en ese cuarto antes de que él prendiera fuego al otro. Mariah camina con el arma en las manos, los brazos extendidos hacia adelante y la vista puesta en la mirilla. La brecha en su frente sigue soltando un arroyo rojizo que, al toparse con la nariz, se bifurca, dando la sensación de que está llorando sangre. Sin embargo, está serena; parece saber lo que hace. Justo antes de llegar a la puerta abierta, coloca su espalda contra la pared, dobla los brazos acercando el arma a su cara y apuntando al techo, y dirige su mirada al hueco. Con lentitud se va asomando cada vez más para descubrir el interior. Para su sorpresa, Tony está plantado, inerte, de espaldas a la salida y mirando hacia aquello que emite la luz azulada.

—Levanta las manos —le ordena con voz calmada, después de dar medio giro, estirar sus brazos y volver a apuntar a Tony.

Él no se mueve ni pronuncia una palabra.

—Tony, levanta las manos —insiste Mariah, acercándose un poco más a él.

Tony tiene la mirada fija en esa luz, que es emitida por más de veinte pantallas. En ellas se muestran las calles de la ciudad desde varios ángulos: calles en ruinas donde todavía reina el caos y la muerte. Ahora, la sensación que tenía tras despertar en su cama, esa sensación de que era un día tranquilo, se desvanece. Todo sigue igual que al principio, o puede que incluso peor.

—¿Qué es todo esto? —pregunta, afectado.

—Lo que queda de la ciudad.

Tony se da media vuelta, quedando cara a cara con Mariah. Ahora, parece no importarle tener un arma apuntándole directamente.

—¿Qué es este lugar? ¿Quién eres?

—Estos son mis ojos —contesta señalando con un movimiento de cabeza a las pantallas—. Y no te he mentido, estás en mi casa.

—De acuerdo, y ¿qué es lo que quieres de mí?

—Nada.

—Tienes cámaras de seguridad grabando en cada calle de la ciudad. En cada grabación hay gente en peligro, ¿y me rescatas a mí? ¿Por qué a mí? Además, tienes una casa gigantesca en la que no hay ni un solo jarrón roto. No tiene sentido. ¡Mira cómo está la ciudad! —grita cada vez con más rabia, señalando las pantallas—. ¿Cómo es posible? ¡Explícamelo!

—Esta casa ha sobrevivido a mucho. Deberías estar agradecido por haberte traído aquí y haberte salvado la vida.

—Me salvaste y me mantienes encadenado a la cama y encerrado con llave. En mi pueblo, eso se llama secuestro.

—He tomado las precauciones que he creído necesarias porque sabía que podías ser peligroso.

—No lo soy.

—¿No lo eres? Acabas de quemar la habitación que te cedí y me has atacado.

—Eso... ha sido para intentar escapar —responde en un tono bajo tras unos segundos.

—¿Escapar a dónde? ¿A dónde vas a ir? Ya has visto cómo está todo y de tus amigos de La Resistencia no queda nada.

Ambos se quedan en silencio, mirándose fijamente. El arma de Mariah sigue apuntando a Tony, quien aprieta los dientes de rabia; esa última frase le ha dolido más que el puñetazo en el hombro.

—¿Preferirías que te hubiera dejado desangrándote en la calle? —continúa Mariah— ¿Preferirías estar ahí abajo?

—Preferiría estar en libertad, sí.

—Claro, como todos.

—Puedes dejarme ir o puedes dispararme, pero no volverás a encerrarme —dice Tony, dando dos pasos adelante.

—No te muevas, Tony —se interpone Mariah entre él y la salida.

En ese momento, un hombre aparece en el centro de las pantallas igual que un punto luminoso en medio de la negrura. Mariah no puede evitar desviar su mirada y fijarse en él.

—De acuerdo, Tony, te dejaré marchar, pero ahora espera en tu cuarto, por favor.

Tony se sorprende del brusco cambio de actitud de Mariah y se da la vuelta para ver qué es lo que lo ha ocasionado. De repente, él también lo ve y, como si viera un fantasma, su cuerpo se petrifica y su rostro emblanquece. Mariah aprovecha la distracción para guardar su arma y golpear velozmente a Tony con la palma izquierda en el oído y con la mano derecha en el cuello; un golpe preciso que lo deja inconsciente al instante.

Capítulo 21

Unos minutos después

En la base de la corporación D.A.P.

Joseph está en el cuarto de baño de su despacho, mojándose la cara por décima vez ese día. Sus ojos le escuecen, la luz, por poca que sea, le molesta y siente unos insoportables pinchazos en la cabeza. En el armario bajo del lavabo, guarda un bote lleno de pastillas para la migraña. Al cogerlo y quitarle el tapón, saca una pastilla, se la introduce en la boca y se la traga sin necesidad de agua. El estrés, la ansiedad, el alcohol y el cansancio físico por la falta de descanso han provocado que su migraña regrese con una intensidad abrumadora. Después de contemplar su reflejo en el espejo, coge una toalla para secarse la cara y finalmente sale del baño. El teléfono no deja de sonar; lleva horas haciéndolo. Joseph se sienta en su silla y estira las piernas sobre la mesa, terminándose el vaso medio vacío de whisky. El teléfono calla un par de minutos y luego vuelve a sonar. Finalmente, harto del molesto y constante tintineo, Maximilian decide intervenir.

—Señor, ¿quiere que atienda yo las llamadas?

—Como quieras, yo no pienso hacerlo.

Maximilian se acerca al escritorio y agarra el teléfono:

—Dirección —dice al colocárselo sobre su oído—. Soy Maximilian. En este momento no está disponible, pero cuénteme y se lo comunicaré de inmediato.

Joseph observa a su guardaespaldas, esperando a que termine, mientras él responde con un sonido que muestra que está prestando atención a lo que le están diciendo.

—Perfecto, gracias por llamar —concluye.

—¿Y?

—Era Richard. El Hombre Lívido se ha dejado ver. Se está dirigiendo al sur.

El pasotismo de Joseph desaparece al instante. Tras quedar atrapado un momento, empuja su silla y se levanta un poco mareado debido a la mezcla de pastillas para la migraña, que según él, no le han hecho efecto, y el alcohol, que según él, es lo que siempre le quita el dolor de cabeza.

—Necesito despejarme. Ve a control y no le pierdas el rastro. Mantenme informado de todo.

—De acuerdo.

Joseph entra al baño y enciende el agua de la ducha. Mientras la deja correr, se quita la ropa. Luego entra bajo el chorro y cierra los ojos, relajándose. El sonido del agua cayendo parece aislarlo del mundo; es posible que incluso se haya dormido. En su mente, comienza a dibujarse la imagen de Rebeca regalándole una de sus sonrisas bajo una lluvia sangrienta; luego se ve a sí mismo de rodillas en el suelo, levantando el cuerpo sin vida de su amante. Después de un buen rato, abre los ojos y se da cuenta de que todavía está bajo la alcachofa de la ducha. Entonces, coge el jabón, enjabona su cuerpo y se aclara. Su mente inquieta finalmente se desconecta, aunque solo sea por unos breves minutos. El mareo se ha ido con el agua.

Joseph no tarda en cerrar el grifo. Luego se seca con la toalla de manos, se viste de nuevo

con la misma ropa, se mete otra pastilla para la migraña en la boca y sale disparado de su despacho. Pronto llega a la sala de control, donde Richard y Maximilian lo esperan.

—Contadme —dice nada más cruzar la puerta.

Richard es quien le contesta:

—Lo hemos visto salir de un bloque de pisos situado a dos kilómetros al sur de la casa de Rebeca.

—Bien, ¿y ahora, dónde está?

—Ha vuelto a desaparecer —contesta tímidamente.

—¿Cómo es posible que evite todas nuestras malditas cámaras? —pregunta, encendiéndose.

—No se altere, señor, no tardará en volver a aparecer. Hemos enviado un par de vehículos para inspeccionar la zona. Esté tranquilo.

—¿Tranquilo?

Joseph contiene la furia que arde en su interior y, para evitar que estalle de forma inesperada, prefiere retirarse de nuevo.

—¡Encontradlo! —ordena con un grito seco desde fuera antes de que la puerta se cierre por sí sola.

Capítulo 22
Día 66, por la tarde
En algún punto de la ciudad

Si la relevancia de una vida pudiera calcularse en función de las experiencias, las relaciones sociales y el capital, Louis Hager, a sus cincuenta y ocho años, sería uno de los hombres más irrelevantes de la ciudad. Su vida se limitaba a ver series de televisión y comer alimentos ricos en grasas. Nunca vivió una sola aventura que rompiera su rutina diaria, subsistía de los ahorros de su anciano padre y no tenía más amigos que sus dos gatos. Su padre, Elton Hager, había sido un hombre importante: un militar condecorado con seis medallas. Sin embargo, el tiempo lo olvida todo, y ahora, con ochenta y siete años y escasas fuerzas, intenta sobrevivir junto a su hijo, «el parásito», en un apartamento ubicado al sur de la ciudad. No es que no quisieran marcharse de allí cuando el caos se apoderó de las calles, es que él ya no puede hacer mucho por su cuenta, y su hijo no iba a molestarse en hacer algo de provecho. Tomó la decisión de quedarse con la excusa de que su padre no podría caminar lo suficiente como para huir, y quizás él tampoco; confió en que todo terminaría pronto, pero ya han pasado dos meses y la situación sigue empeorando. Además, sus reservas de comida van disminuyendo.

Es de día, pero no entra luz alguna en el apartamento de los Hager. Padre e hijo están frente al televisor viendo una serie animada gore. Elton está sentado en un sillón, y Louis, tumbado en el sofá.

—¡Por Dios! No sé cómo pueden gustarte estas cosas —se queja Elton, horrorizado—. Tanta violencia, tanta sangre y tanta tontería.

—Cierra el pico, viejo, que no escucho lo que dicen —responde Louis, de manera desagradable, con la boca llena de patatas fritas de bolsa.

—Si no hay nada que escuchar, solo gritan.

Louis, en respuesta, mastica las patatas fritas con la boca abierta para que el crujido suene más fuerte y molesto. Elton recibe el mensaje y calla, manteniendo su ceño fruncido. Los gatos, que hasta ahora dormían sobre una camiseta arrugada tirada en el suelo a los pies del sofá, alzan la cabeza y dirigen sus ojos amarillos al dormitorio de Elton. Esa parte de la casa, al igual que el resto, está invadida por la oscuridad. Desde el salón donde están ellos, solo los ojos de los gatos podrían distinguir algo. De todas formas, ninguno de los dos hombres se percata del extraño comportamiento de los gatos. Después de alzar la cabeza, se han puesto en pie y han caminado hasta quedar justo delante de la puerta del dormitorio de Elton, a un metro de distancia. Allí no se han vuelto a tumbar; persisten de pie, mirando con atención algo sumergido en las sombras.

—¿Podemos cambiar de película? Esta no me gusta —continúa quejándose Elton.

—No, no podemos cambiar.

—Si es que nada tiene sentido.

—Claro que lo tiene, lo que pasa es que eres tonto y no te enteras —bromea Louis.

—Tú sí que eres tonto. Y no, no me estoy enterando porque es una chorrada de película.

—Ni siquiera es una película; es una serie.

—Qué más da, es una chorrada igual.

De repente, los gatos comienzan a bufar como si intentaran ahuyentar algo que les parece amenazante; el pelo se les eriza. Se escuchan unos golpes débiles, quizás de uñas golpeando las baldosas de cerámica del suelo. Inmediatamente, a los bufidos de los gatos se les unen gruñidos.

—¿Sidney? ¿Laurie? ¿Qué ocurre ahí? —grita Louis, manteniéndose acomodado, después de oír los sonidos que producen sus mascotas.

—Sí, tú grita. Como si los gatos fueran a contestarte.

Sin prestarle la menor atención a su padre, Louis se limpia las migas de los labios con la manga derecha de la camiseta que lleva puesta y comienza a hacer silbidos para llamar a sus gatos. Estos ni se inmutan, continúan bufando y gruñendo hacia el interior de la habitación.

—¡Sid, Laurie, silencio! —les ordena Louis lanzándoles una patata frita.

—Sidney y Laurie, vaya nombres para unos gatos —murmulla Elton.

—¿Piensas quejarte de todo, viejo?

—Sí —responde tajantemente.

Los gatos, finalmente, se adentran en el dormitorio de Elton. De repente, la puerta se cierra y se quedan atrapados en el interior. Louis y Elton saltan asustados por el portazo, imaginando que se ha producido por una corriente de aire. Se escucha a los gatos arañando la puerta. El anciano maldice al viento, pero enseguida, al igual que su hijo, queda embobado mirando el televisor. Unos pasos muy lentos se aproximan por el pasillo hasta donde están, pero ninguno de los dos se ha percatado.

—Disculpad… —pronuncia la ronca voz del invasor que se escondía en la oscuridad.

Louis y Elton, sobresaltados, vuelven a dar un respingo y a maldecirlo todo. En un acto reflejo, giran la cabeza para ver quién ha entrado en su casa. Es un hombre vestido con ropa deportiva negra; su piel es tan pálida como los platos relamidos que hay sobre la mesa.

—Disculpad —repite el Hombre Lívido—, estoy buscando algo que perdí. Tal vez puedan ayudarme.

—¿Era necesario colarte en mi casa para preguntar? —interpela Elton, tan arisco como de costumbre.

—No sabía si habría alguien, la ciudad está un poco desolada últimamente.

—Aquí no tenemos nada, márchate —responde Elton de nuevo, pensando que el invasor no es más que un saqueador.

—Puede que su hijo pueda ayudarme —insiste él.

—No me hagas reír —suelta tras una única carcajada—. ¿Cómo va a ayudarte este? No es más que un parásito. Míralo, en lugar de levantar su gordo culo y defender su casa, está callado intentando no cagarse encima.

El Hombre Lívido continúa a lo suyo:

—Veo que os gusta el cine sangriento y visceral.

Louis, temblando, asiente con la cabeza.

—¿Qué coño te importa? ¡Fuera de mi casa! —grita Elton mucho más furioso.

—Es importante —dice el Hombre Lívido.

—¿Importante para qué?

—Para mí. Me pregunto a qué clase de perturbado le divierte ver esto.

En la seria expresión de Elton se vislumbra al duro militar que fue tiempo atrás.

—A uno que te llenará de plomo como no te marches ya —contesta.

—¿Siempre es así? —le pregunta el Hombre Lívido a Louis.

Louis vuelve a asentir sin abrir la boca.

—Estaba pensando… —continúa el Hombre Lívido—. ¿Qué es lo que puede aterrar a una persona a la que le divierte este desagradable género cinematográfico?

—Cómo puedes ver, hasta un capullo como tú le asusta —responde Elton justo antes de sacar una pistola que tenía escondida bajo un cojín—. Pero a mí no me gustan estas porquerías y tampoco me asustas, así que márchate antes de que te vuele los huevos.

—Espere un momento, anciano —dice el Hombre Lívido, todavía pensativo—. Antes ha llamado a su hijo parásito, ¿verdad?

Elton comienza una cuenta atrás de diez segundos, lo hace mientras el Hombre Lívido sigue hablando. Los dos suben el volumen de sus voces gradualmente hasta casi gritar.

—Creo que puedo adivinar cuál es el mayor temor de un parásito: quedarse sin su huésped.

De forma astuta, el Hombre Lívido da un paso a la derecha, para colocarse detrás de Elton, sabiendo que el anciano no podría girar su espalda ni mover tan rápido su brazo. Luego, de un empujón, derriba el sillón, haciendo que Elton ruede por el suelo y suelte el arma de sus agarrotados dedos. El Hombre Lívido agarra al anciano por la parte trasera de la camisa que lleva puesta y lo levanta como si no pesara más que un saco de huesos. Después, lo lanza sobre su obeso hijo, que se ha mantenido paralizado. Elton grita como puede. El Hombre Lívido, tirándole del pelo, le hace arquear el cuello hasta el extremo. A continuación, acercándose tanto que se queda a dos palmos de distancia de Louis y prácticamente rozando oreja con oreja con el anciano, muestra un afilado y reluciente cuchillo. Elton sigue quejándose, pero no tiene fuerzas para resistirse, y Louis, con los ojos cerrados y apartando la cara a un lado, rompe a llorar y sigue sin mover un solo dedo, aunque su cuerpo se menea con cada sollozo, como si fuera un colchón de agua.

—Mira a tu padre —le ordena el Hombre Lívido.

—No.

—¡He dicho que lo mires! —insiste colérico.

Louis sigue negándose.

—¡Maldita sea! —grita el Hombre Lívido con toda su furia—. ¡He dicho que mires! ¡He dicho que mires! —repite una y otra vez mientras, perdiendo el control, apuñala repetidas veces el grueso muslo izquierdo de Louis.

Louis grita con fuerza y, al fin, abre los ojos y contempla lo asustado que está su padre. Ninguno de los dos se habría imaginado nunca ver a Elton así: tan débil, tan vulnerable, tan cerca del umbral de la muerte.

Los ojos del verdugo brillan de euforia y no saben a quién de los dos dirigirse.

—Dile que le quieres —le ordena esta vez el Hombre Lívido a Louis—, dile que sin él habrías muerto hace años.

Louis, aunque le cuesta pronunciar esas palabras que sabe en lo más profundo de su ser que son ciertas, obedece. Justo al articular la última, el Hombre Lívido desliza la hoja de su cuchillo por el cuello de Elton; esa blanda y arrugada piel se corta con la misma facilidad que un folio de papel. El rostro del anciano va perdiendo su color a medida que su sangre escapa y cae sobre Louis, quien solo puede llorar. Los ojos negros del Hombre Lívido continúan brillando, saltando de uno a otro, hasta que el anciano queda vacío. Entonces, se levanta y deja el cuerpo del padre sobre el del hijo.

«La vida de Louis tiene las horas contadas», piensa para sus adentros.

—Tu verdadera pesadilla acaba de comenzar, Louis —le dice con una sonrisa, mientras se funde de nuevo con las sombras.

Louis se queda mirando esa negrura, creyendo distinguir débilmente la pálida piel del

Hombre Lívido observándolo. No tiene intención de levantarse del sofá y darle la espalda, ni piensa girar la cabeza o apartar la mirada, y mucho menos cerrar los ojos para descansar. Su plan es resistir hasta que el Hombre Lívido le deje solo, aunque con las profundas puñaladas en su muslo, duda poder aguantar mucho.

Es cierto que el Hombre Lívido aguarda en las sombras, respirando placenteramente y con la mirada fija en Louis. Observa cómo, con cada minuto que pasa, su víctima respira con más dificultad; ve cómo su piel se humedece de sudor pese a temblar de frío; ve cómo tensa sus párpados para que no se le cierren y fuerza su vista, temeroso y confundido; ve cómo su cabeza hace engaños de caer y, pasadas un par de horas, logra disfrutar de cerca la muerte del parásito.

Capítulo 23

Día 66, al atardecer

Al sur de la ciudad

La casa enladrillada permanece esplendorosa y con las luces encendidas cuando el sol se marcha a dormir. Una de las ventanas de la planta superior sigue abierta, pero no se ve a nadie en ella esta vez. Sin embargo, lo que sí que escapa por allí es una voz aguda y fina que regaña a gritos a alguien:

—¡No, no, no, no, tu frase no es así! Lo estás haciendo mal a propósito. ¿Quieres que quedemos en ridículo? No puedes estar cansada, si te pasas todo el día sentada. Volvemos a empezar desde que cruzas el telón. Yo esperaré en la mesa.

Junto a esas protestas suenan cadenas arrastrándose por el suelo. Quien recibe el castigo no grita, o al menos no se escucha desde fuera. Los grillos se unen con sus cantos. Todo lo demás alrededor de la casa parece tranquilo y desértico; no hay nadie cerca que pueda escuchar el altercado.

Capítulo 24

Día 66, al atardecer

En casa de Mariah

Tony abre los ojos; sigue en la habitación de paredes verdes, tumbado en la cama. Para su sorpresa, no está encadenado. Al levantar levemente la cabeza, observa la puerta chamuscada y las marcas que el fuego ha dejado cerca de ella. Siente su oído izquierdo taponado y escucha un pitido constante. También nota molestias en el cuello, así que se frota la nuca. Sobre la mesita encuentra una botella de litro y medio de agua; la agarra y vacía rápidamente. Enseguida, la imagen que vio en las pantallas antes de desmayarse vuelve a su mente. Así, se queda sentado al borde de la cama, pensando que es demasiada casualidad de que aquel hombre sea quien Tony cree.

Una vez más, sin apenas tiempo para estar a solas consigo mismo, Mariah entra en la habitación. Ninguno de los dos dice nada: Tony mira hacia la ventana, dándole la espalda a Mariah, quien camina hasta sentarse en su butaca preferida.

—Siento lo del golpe —se disculpa ella, rompiendo el silencio con un tono bastante bajo, como si se sintiera obligada a hacerlo.

A Tony no le sorprende que su anfitriona haya vuelto para hablar, ya que desde el principio está seguro de que Mariah quiere algo de él.

—¿Te encuentras bien? —insiste ella.

—¿Qué quieres? —contesta, malhumorado.

—Lo conocías, ¿verdad?

—¿A quién? —responde pese a saber perfectamente a quién se refiere.

—Al hombre paliducho que apareció en mis pantallas, al que te quedaste mirando.

—No lo recuerdo, puede que lo haya olvidado por el golpe.

—No exageres, no ha sido para tanto. Tú me has abierto la frente y he tenido que coserme el corte.

Tony no dice nada; prefiere aparentar que no le importa y que aún está enfadado. A Mariah, ese comportamiento le parece infantil.

—En fin... El hombre que ha aparecido en las pantallas es un asesino. Le llaman el Hombre Lívido. Lo conoces, ¿verdad?

—No. Me ha parecido reconocer su cara; se parecía a alguien… pero no era él.

Mariah es consciente de que Tony le está mintiendo; lo nota en su mirada y en su voz. Desde muy joven, sabe distinguir con una precisión casi absoluta cuando alguien le miente. Puede que eso haya sido lo más útil que le enseñó su padre, un experto en la mente, el comportamiento humano y el lenguaje corporal.

—De acuerdo, voy a ser sincera contigo.

—Por fin —responde él, tajante y aún de morros.

Mariah suspira antes de revelar la verdad:

—Soy policía. Bueno, ex policía, en realidad. Me negué a trabajar para D.A.P. y ahora voy

por libre, intentando capturar a los dementes que huyeron de Maddom. Por eso tengo pinchadas las cámaras de seguridad.

—Vale, pero sigo sin entender por qué me tienes encerrado aquí. Yo no he estado en Maddom y nunca he matado a nadie, nunca.

—Le seguía el rastro a un fugado y me llevó hasta vuestro refugio. Escuché el tiroteo y esperé a que saliera de nuevo, pero entonces saliste tú y te desplomaste delante de mí. Te dejé agonizando; pensé que alguien saldría a buscarte. Te aseguro que no fue fácil para mí, aunque no te conociera de nada. El tiroteo cesó y luego se oyó un gran estruendo, como si el refugio se viniera abajo. El polvo se levantó y nadie salió; ni civiles, ni soldados, ni el hombre al que perseguía.

El corazón de Tony deja de latir por unos segundos; es doloroso para él pensar que no queda nadie de toda aquella gente buena e inocente. Se tortura pensando en que podría haber ayudado: recuerda a los soldados de D.A.P. asaltando en el refugio y disparando, mientras él sostenía un fusil que no llegó a usar. Cree que podría, al menos, haber llevado a algunos consigo, en lugar de huir solo. Es cierto que no los conocía a todos y que quizás alguno de ellos fuera, como decía Mariah, un terrorista. No obstante, sabe que la mayoría de esa gente era como él: no buscaban luchar, sino regresar a sus hogares y continuar con sus vidas, olvidando el horror.

—Ha...habían otras salidas —tartamudea por primera vez en su vida, buscando un posible final alternativo.

—Tal vez salieran por otra, no lo sé.

Los ojos de Tony se humedecen, consciente de que lo más probable es que nadie lograra salir. Justo cuando una lágrima comienza a caer, se frota los ojos con fuerza. Mariah comprende su dolor, pues también ha perdido amigos y compañeros en esta guerra. Además, poco a poco va descubriendo cómo es Tony, lo cual hace que comience a sentir algo de afecto por él. Verlo así de herido la entristece.

—No podías hacer más, Tony —le dice como si pudiera leer sus pensamientos.

—Siempre se puede hacer más.

—Hubieras renunciado a tu vida por nada.

Tony se queda callado, buscando una respuesta a la pregunta que surge en su cabeza:

—No entiendo cómo, después de dos meses, lograron encontrarnos.

Mariah baja la mirada antes de responder:

—Seguro que también iban tras el fugitivo. Estuvo en vuestro refugio unos días antes, puede que negociando con alguien.

—¿Quién era él?

—Donald Darby. Era un hombre peligroso con una condición extraña llamada síndrome pseudobulbar; siempre reía o lloraba, no podía controlarlo.

—Recuerdo haber visto a un hombre sonriente justo antes de marcharme. Se unió a nosotros contra los soldados de D.A.P.

—No te confundas, era un hombre listo. Puede que guiara a los soldados de la corporación para tener refuerzos, porque solo no hubiese tenido ninguna posibilidad. No le importaba nadie.

—«Los enemigos de mis enemigos son mis amigos», dijo.

—Lo que te decía.

—Pues fue por él que pude huir.

—Salvar una vida no compensa todas las que ha quitado.

Tony entiende lo que Mariah quiere decir; en el fondo, opina lo mismo. Sin embargo, sigue pensando que la culpa de todo la tiene D.A.P. Al fin y al cabo, según lo que le han contado,

fueron ellos quienes liberaron a los presos de Maddom para que la ciudad cayera.

—¿El hombre que vi en tus pantallas también es un fugado de Maddom? —le pregunta Tony.

—No, ese no sé quién es, pero me gustaría saberlo. Cada vez que se mueve, deja un cadáver a sus espaldas. Y tú te niegas a contarme lo que sabes de él. Sé que me has mentido.

A Tony se le escapa una fina sonrisa, porque a pesar de sus esfuerzos por ocultar lo que sabe, la detective lo ha atrapado. Aun así, prefiere seguir con su versión.

—De verdad que no.

—Lástima, cualquier información sobre él me sería de gran ayuda.

—Lo siento.

—Bueno, tenía que intentarlo. Quería comentarte que me marcho; voy a seguirle el rastro. Te dejo en manos de un amigo.

—¿Qué? No necesito una niñera, y tampoco pienso quedarme aquí. Déjame ir contigo.

—No puedes venir.

—Me da igual lo que digas.

—Ni lo sueñes.

Capítulo 25

Día 66, al atardecer

En la base de la corporación D.A.P.

Joseph se encuentra sentado en su silla revisando los informes de control, autorizando intervenciones y denegando otras, leyendo los mensajes que le llegan de cada departamento sin quitarse de la cabeza todo lo relacionado con Rebeca y el maldito Hombre Lívido. Mira de reojo su teléfono cada medio minuto, deseando que Maximilian lo llame y le diga que ya los tienen a ambos. De pronto, un hombre de pelo rubio platino alborotado, vestido con una bata blanca, aparece por la puerta del despacho.

—¿Doctor Boer? —se extraña.

—Hola, señor. Siento presentarme así, de golpe. Le escribo desde hace semanas. He intentado reunirme con usted muchas veces, pero Rebeca siempre me da largas.

—Tranquilo —le responde más serio al escuchar que se queja de Rebeca—. Dime, ¿qué querías?

—No podemos seguir usando el compuesto Shmag. Cada vez hay más casos de personas que sufren efectos secundarios, y cuanto más tiempo pasan «desviados», más complicada se vuelve su recuperación.

—Boer, no es un buen momento para hablar de esto.

—Nunca es un buen momento para usted, señor. Le digo que tengo personas en el hospital que se despiertan y han olvidado el habla, o que dejan de poder andar. Hay cientos de efectos secundarios distintos y cada día entran más civiles «desviados».

—Por favor, hablemos de esto en otra ocasión.

—Señor, le estoy pidiendo que detenga esto. Hay coincidencias en los recuerdos de los que despiertan; cosas que no logramos comprender. Esto se nos escapa de las manos.

—¡Le he dicho que este no es un buen momento! —grita y golpea la mesa, perdiendo los papeles.

Boer se queda sorprendido, pues nunca antes lo había visto así. Joseph se disculpa, pero Boer continúa sin ningún tipo de consideración:

—Todos aseguran haber estado en una tierra desolada, siendo perseguidos por unos monstruos terroríficos. Todos.

—¿Monstruos? ¿Qué me estás contando, Boer? ¿Sabes por qué no te ha atendido Rebeca hoy?

—No.

—Ha desaparecido. Un hombre, al que no podemos identificar, se coló en su apartamento; a él lo vimos salir, pero ella desapareció.

—Vaya… no lo sabía. Lo siento.

—Como comprenderás, que algunas personas irrelevantes tengan pesadillas es el menor de mis problemas.

—P… pero están perdiendo la cordura.

—Me da igual, doctor. ¡Márchate de mi despacho ahora mismo!

—Tenemos que detener esto, señor.

—¡Fuera! —le grita furioso.

Boer le obedece y abandona el despacho cabizbajo y conteniendo sus palabras. Joseph se sirve un vaso de whisky y, tras apenas besarlo, lo deja vacío de nuevo. Entonces, el teléfono comienza a sonar. Joseph no espera ni un segundo para contestar la llamada.

—¿Lo tenéis? —pregunta, nervioso.

—¿Hola? ¿Señor Naidoo? —pregunta una voz de mujer.

—Joseph —aclara—. Sí, soy yo.

—Le llamo de la oficina del gobernador. Era para comunicarle que el gobernador se reunirá con usted en dos días. ¿Le viene bien?

—¿En dos días? Sí, claro, no hay problema —en ese momento, Rebeca vuelve a surgir en su memoria, diciéndole que la reunión con el gobernador debería ser en el antiguo centro comercial, y él, tan solo, repite pasmado lo que ella le sugiere—. En el antiguo centro comercial a la hora de comer.

—Perfecto. Quedamos así, entonces. Gracias.

La llamada se corta y Joseph, agobiado por todo lo que tiene encima, apoya su frente en la mesa.

Capítulo 26
Día 66, al atardecer
En el Hospital General

Sara grita tan fuerte que sus cuerdas vocales parecen desgarrarse, cubre sus ojos con las palmas de sus manos y sacude todo su cuerpo como si estuviera intentando liberarse de las oscuras entrañas de la bestia que la ha devorado. De repente, vuelve a poder respirar, aunque no hay un solo centímetro de su cuerpo que no le duela. Al apartar las manos, se da cuenta de que está en un lugar amplio. Sin embargo, le cuesta enfocar la vista. Al palparse el torso, confirma que no tiene las perforaciones que la bestia deslizadora le hizo en el pecho. No hay sangre en su ropa ni en sus manos. Sobre ella hay algo fino y suave: una sábana que le cubre las piernas. Poco a poco su vista mejora; ahora puede ver la bata de hospital que lleva puesta y distinguir el blanco de ambas telas.

En la parte superior de sus manos tiene pegados unos parches, de los cuales salen cables que la conectan a unas máquinas. Una de ellas emite un molesto pitido a la velocidad de su acelerado corazón. Otra de las máquinas es parecida a un acordeón y bombea oxígeno a través de un tubo hasta la máscara que lleva puesta. Más allá de sus pies hay una ventana desde donde se puede ver un bonito cielo despejado. Durante unos segundos, se queda atrapada allí, contemplando esa belleza que ya había olvidado. No hay ni rastro de la niebla. Aquello que la hace salir de ese estado es una alarma que comienza a sonar muy cerca de ella. También escucha un manojo de llaves moverse, y el chirrido de una puerta. Sara se queda tumbada y con los ojos entrecerrados. Por el pasillo que hay entre su cama y la ventana, pasan dos mujeres en bata de médico, acompañadas de dos guardias. Justo en el momento en que una de las doctoras mira hacia donde está ella, Sara contiene la respiración. Afortunadamente para ella, ninguno de los cuatro se detiene frente a su cama; se detienen donde parece provenir la alarma. «¿Qué debe haber ahí?», se pregunta Sara.

—Buenos días —saluda una de las doctoras a otro paciente—. Tranquila, relájate, solo ha sido una pesadilla. Estás en el Hospital General. Vamos a hacerte unas pruebas y después llamaremos a tus padres, ¿de acuerdo?

Decenas de preguntas surgen en la mente de Sara: «Estoy en el Hospital General. ¿Qué hago aquí? ¿Fue una pesadilla o realmente estuve a punto de morir y me recuperé? ¿Qué día es hoy?».

De repente, suena otro chirrido: el de las ruedas de una camilla. Sara entrecierra los ojos de nuevo cuando la camilla pasa frente a ella. «¡Paula!», grita en su mente al reconocerla. Ese otro paciente al que se están llevando es Paula. «¿Era todo real, entonces? ¿Nos han salvado a las dos? ¿Cómo nos encontraron? ¿Cómo hemos podido sobrevivir?», sigue abrumándose de preguntas.

Las doctoras salen de la sala empujando la camilla, pero los guardias se quedan en la habitación, vigilando unos minutos más. Cuando se marchan, Sara levanta su brazo izquierdo;

parece algo simple, pero le cuesta como si pesara una tonelada, y con el otro brazo siente lo mismo. Con mucho esfuerzo y más tiempo del esperado, logra apartar la sábana de encima suyo. Después, despega todos los parches que tiene repartidos por su cuerpo y se quita la máscara de oxígeno. Por extraño que parezca, las máquinas se mantienen estables. Sara las observa con perplejidad y luego intenta ponerse de pie. Como era de esperar, sus piernas no responden y cae al suelo como un peso muerto. Sus músculos están aún dormidos. Mientras suplica, se frota las piernas de arriba abajo y en círculos. Cuando empieza a sentir la presión de sus dedos, intenta levantarse de nuevo, pero sus esfuerzos son en vano y vuelve a besar el suelo. Le duele ver que está tan débil y pesada.

—¡Vamos, Sara! —se anima a sí misma en un susurro.

Entonces, logra ponerse de rodillas, pero vuelve a caer. En ese momento, derrotada, comienza a llorar.

—¿Qué me han hecho? ¿Qué me han hecho estos cabrones? —sigue susurrando mientras llora.

Si hay algo en lo que destaca Sara es en el empeño y en sus esfuerzos por sobrevivir. Incontables veces cayó durante los meses que estuvo en la niebla y siempre se repuso. Esta vez no es distinto. Sara lo intenta de nuevo, se apoya en el hierro de las patas de la cama y logra ponerse de rodillas. Permanece allí unos segundos con un rostro de concentración extrema y una respiración controlada. Primero el pie izquierdo, luego el derecho; finalmente se queda unos segundos en cuclillas.

—Vale, un último impulso, Sara —se dice justo antes de ejecutarlo.

Durante unos segundos, se queda de pie apoyando todo su peso en las manos sobre la cama; luego intenta caminar. Avanza como puede, con dificultad, pero al menos está avanzando. La habitación es más larga de lo que parecía. Sin exagerar, podría haber cincuenta camas, una al lado de la otra, y todas ocupadas. El único espacio vacío es el que ha dejado la cama de Paula. Sara continúa avanzando mientras observa cada uno de los rostros de esas personas durmientes; son todos cadavéricos. A ella le parece un cementerio al descubierto, sin ataúdes ni lápidas ni tierra. Se escuchan sus respiraciones, pero son extrañamente pausadas. Hay una especie de tensión en el aire, como si en cualquier momento alguno de los cuerpos fuera a levantarse como un muerto viviente. Además, Sara camina lentamente y de manera torpe, y los guardias podrían volver a entrar. Ella intenta apresurarse, quiere ver las caras de todos los durmientes.

—¡Alferd! ¡Alfred! —susurra a gritos varias veces.

Sin embargo, Alfred no está allí. Sara llega al final de la larga sala sin encontrar a ningún conocido. Allí, se queda apoyada en la ventana mirando hacia fuera: el sol se marcha, y las luces de las farolas dibujan las calles de la ciudad; hay una parte que está a oscuras. Abajo, en la salida del hospital, hay furgones militares estacionados. En ese momento, Sara descubre que en el bolsillo de su bata hay una hoja de papel plegada. Al desplegarla, cae de su interior una tarjeta de plástico. Rápidamente se agacha para recogerla, pero ponerse otra vez firme no le resulta tan sencillo. Después de lograrlo, comienza a leer el contenido de la carta.

«Hola, Sara.

Si estás leyendo esto, es porque al fin has despertado; no sabes cuánto me alegro. Me gustaría contarte las aventuras que he vivido desde la última vez que estuvimos juntos. Recuerdo

que aquella vez comimos palomitas, bebimos cerveza y nos reímos un montón con la película que Michael nos puso. Desearía volver a estar en familia, viendo una de esas películas de comedia y terror que solo él conoce.

Quiero que sepas que estamos todos bien; estamos en su casa. Espero que puedas escapar de donde estás y te reúnas de nuevo con nosotros. He desactivado tu alarma, por eso no ha sonado cuando te has despertado. La tarjeta que te he envuelto en esta carta es de una trabajadora de la limpieza; utilízala para abrir las puertas. Bajo tu cama te he dejado ropa con la que pasarás desapercibida. Por último, recuerda que las calles siguen siendo peligrosas.

Nos vemos pronto.

Iván».

Sara intenta no llorar mientras la lee, pero no puede contenerse. Es un llanto de alegría por saber que volverá a reencontrarse con ellos y, a la vez, un llanto de alivio, pues aunque todavía le queda una última etapa, ya puede vislumbrar la meta.

Tras secar sus lágrimas con la tela de la bata, camina cojeando hacia la cama en la que se despertó en busca de la ropa que menciona Iván en la carta. Durante el trayecto, vuelve a mirar los rostros de los durmientes por si acaso algo se le hubiera pasado; no es así.

Como dice la carta, allí está la ropa. Sara la coge y se cambia lo más rápido que su adormilado, entumecido y flaco cuerpo le permite. El plan de Iván es que Sara se haga pasar por una trabajadora del personal de limpieza. No es una mala idea, salvo por el hecho de estar encerrada en esa habitación. Sara piensa que, al abrir la puerta, los guardias podrían estar justo detrás; de alguna forma, debe desviar su atención. Con su nueva vestimenta puesta, se acerca despacio a uno de los durmientes, se agacha y desenchufa el cable de corriente del electrocardiograma. La alarma suena casi al instante y, como ella suponía, los guardias y una de las doctoras entran segundos después. Sara se esconde detrás de la cama de otra durmiente cercana. Rodando por el suelo, pasando de debajo de una cama a otra, va acercándose a la puerta de salida.

—¿Qué ocurre? —pregunta uno de los guardias.

—No lo sé, sigue dormido —responde la doctora mientras comprueba las pupilas del chico con una linterna pupilar y luego posa dos de sus dedos sobre la parte interna de la muñeca para cerciorarse de que su corazón palpita correctamente.

Sara llega a la puerta de salida sin ninguna complicación. Sin embargo, al intentar levantarse de nuevo, sus piernas vuelven a flaquear. «No, por favor», reza para sí misma. Para evitar caer, apoya sus manos en una de las camas; al hacerlo, toca el pie de la mujer que duerme allí, lo que le provoca un escalofrío que recorre su espalda. Seguidamente, mira hacia atrás para asegurarse de que ni los guardias ni la doctora pueden verla. Piensa que este es su momento: «Ahora o nunca, Sara».

—Parece que está todo en orden —dice la doctora—. Creo que el electrocardiograma se ha averiado.

El guardia mira los pies de la máquina que la doctora ha señalado.

—Está desenchufado —informa sin aparentar preocupación alguna.

—¿Cómo?

—Sí, mira, el cable está suelto —le dice sin muchas luces.

Una brisa sopla en la habitación y la puerta se cierra de golpe. Tras el portazo, el guardia por fin se da cuenta de que un cable de corriente no puede desenchufarse solo.

—¡Mierda, Iker, corre! —ordena ese mismo guardia al otro.

Él no lo sigue; coge el *walkie-talkie* y se lo coloca sobre los labios, presionando el botón lateral:

—Ha escapado uno. Repito, ha escapado uno. Cerrad las puertas y estad atentos.

El otro guardia sale disparado de la habitación. En los pasillos, sigue corriendo a toda prisa, se cruza con una chica del personal de limpieza, pero la esquiva y sigue de largo. La chica camina tranquila, empujando un carro con una fregona, un cubo de fregar amarillo y una papelera alta de color roca. Aunque camina con la cabeza baja, se fija en el uniforme negro que llevan los guardias armados que pasan a su lado, así como las tres siglas bordadas en rojo en sus uniformes. La chica se detiene frente al ascensor y pulsa el botón de llamada. Las puertas se abren, entra y presiona el botón para la planta baja.

Los guardias van entrando de dos en dos en todas las habitaciones y también revisan los armarios, las salas de operaciones, urgencias, los baños y los despachos.

Mientras tanto, el ascensor llega a su destino y las puertas se abren. Cuatro guardias apuntan a la chica de limpieza. Ella se queda tan paralizada que ni siquiera puede levantar los brazos.

—Identificación —pronuncia uno de ellos.

La chica no abre la boca, saca la tarjeta de su bolsillo y se la entrega al guardia. Él pasa la tarjeta por una computadora de mano que le muestra la identidad de la chica: Maya Green, limpiadora.

—Venga, sal de aquí, hemos tenido una fuga —le dice al devolverle la tarjeta.

La chica asiente y se aleja empujando el carro hacia la salida.

Capítulo 27
Día 66, al atardecer
En la Estación Central

El último autobús del día está a punto de partir de la Estación Central. El conductor comunica en voz baja a un soldado que solo caben dos personas más. No obstante, por muy bajo que lo haya comentado, los civiles más cercanos al vehículo lo han escuchado.

—¡Ese hijo de puta se ha colado! —grita uno de los civiles que se queda a las puertas.

Tras él, todos los que están detrás comienzan a gritar, a empujarse y a golpearse entre sí. «Llevadme a mí», se escucha en el aire, como si fuera el eco repitiendo. Algunos dicen que no les importa viajar en el maletero o en las escaleras, aunque eso no está permitido. Otros aseguran que sus motivos para abandonar la ciudad son más importantes que los de otros. El autobús se tambalea. Hay muchos más civiles empujando que soldados intentando poner orden. Alguien ha tenido la osadía de coger los boles con los que los voluntarios reparten la comida, para lanzarlos contra las ventanas del vehículo y sobre la gente. Dos soldados saltan sobre él, lo tiran al suelo y lo esposan. Durante la revuelta, la puerta de entrada a la estación deja de estar custodiada. El joven misterioso permanece en su esquina, observándolo todo con los brazos cruzados. Hay personas que intentan escapar del mar de gente histérica. No hay quien se salve de recibir golpes y empujones. Algunos logran salir del centro de la batalla, pero con moratones y rasguños en la piel o con la nariz rota. Los voluntarios tratan de ayudar a los heridos. De repente, uno de los soldados dispara su arma al cielo, haciendo que la gente se detenga en seco.

—El autobús está completo y debe irse ya —dice ese mismo soldado con una voz potente y autoritaria—. No quiero más riñas. Ahora mismo, volveréis a formar la cola en la posición en la que os hayáis quedado y no quiero escuchar una sola palabra más. Quien no obedezca inmediatamente se quedará sin comida y retenido durante una semana.

Un quejido se alza en ese instante. No solo el soldado, sino todos en la estación giran la cabeza para ver quién lo ha producido. Como es uno de los heridos a los que están curando, el soldado no dice nada más y regresa a custodiar la puerta. La muchedumbre se coloca en fila haciendo el mínimo ruido posible, con algún que otro insulto susurrado y algún pequeño empujón que dejan pasar como accidental. Los más afectados son los heridos, que ahora deben esperar en la cola para ser atendidos por los voluntarios y luego colocarse al final de la nueva fila para la evacuación.

Cuando acaba el alboroto, el joven misterioso se tumba en el suelo, se cubre la cabeza con la capucha de una sudadera y cierra los ojos para dormir.

Capítulo 28
Al día siguiente: Día 67
En las calles de la ciudad

Mariah y Tony caminan en dirección al último lugar donde fue visto el Hombre Lívido. A pesar de haberse negado rotundamente a ser acompañada, tras la recia insistencia de Tony y su juramento de que no se interpondría entre ella y su misión, finalmente cedió. Hablar les ha ayudado a ganar un poco de confianza mutua. En alguno de los momentos en los que dejan de conversar, Tony la mira de reojo, aficionándose a su compañía. Mariah se da cuenta, y aunque en el fondo no le molesta, reacciona soltando lo primero que se le ocurre:

—Por aquí vivía una amiga de la infancia. Creo que se hizo veterinaria. Alguien me dijo que se mudó hace un par de años. Espero que lo hiciera lejos...

—Yo no sé nada de los que fueron al colegio conmigo. A veces pienso en ellos, me gustaría volver a verles y saber qué es de sus vidas.

—¿Y eso? ¿No tienes el teléfono de ninguno?

— No, a los quince años decidí que quería explorar el mundo, conocer costumbres y tradiciones distintas a las mías, y ver lo que me esperaba más allá de mi pueblo con mis propios ojos. Así que me marché sin decirle nada a nadie; desaparecí.

—¿A nadie? —pregunta Mariah sorprendida—. ¿No se lo dijiste ni a tu familia?

— No, era complicado, como suele ser con todas las familias.

—Te entiendo. ¿Volviste a verlos?

—¿A mi familia? Claro, volví a casa unos meses después y luego volví a irme. Iba y venía. La última vez que vi a mi madre fue antes de venir aquí. Tuve un sueño extraño con el desierto y la ciudad que había allí. Entonces regresé a casa para preguntarle a mi madre sobre mi abuelo, ya que algunas veces me contó que había luchado allí, en el desierto, durante la gran guerra. Leí las cartas que le escribió a mi abuela. Al principio eran cartas normales, contaba cómo le había ido y le decía que la echaba de menos, pero luego empezó a hablar de cosas imposibles, de criaturas gigantescas que se escondían bajo la arena y de objetos que se volvían arena, arena y más arena. Después de leer eso, decidí explorarlo.

—Y esto te trajo aquí.

—Exacto.

—Una vez leí en un libro que los sueños son las partes de nuestro guion que no podemos improvisar, son los puntos importantes que marcan el camino de cada uno. Aunque siempre los recordemos como extraños, son los que guían nuestras decisiones al despertar.

—El destino… interesante —se sorprende esta vez él.

—Bueno, otra teoría de muchas. Nadie entiende realmente los sueños.

—Opino lo mismo. Entonces, ¿tú sí has seguido en contacto con tus amigos de la infancia y con tu familia?

—Sí, aunque parezca sorprendente, nunca he salido de esta ciudad, ni para hacer un simple viaje. Mis padres eran… doctores y, además, unos adictos a su trabajo. Por eso nunca hicimos

nada en familia. Crecí, me hice policía y me convertí en lo mismo que ellos: una esclava de mi trabajo.

Tony se fija en una cerradura roja pintada en la pared de un bloque al que se están acercando, aunque no dice nada al respecto.

—Cuando esto acabe, deberías irte y ver todas las maravillas que no has visto.

—Me encantaría, pero no sé si será posible.

—¿Por qué no? Puedes ir a donde quieras.

Mariah se detiene y luego lo hace Tony.

—¿Qué ocurre? —pregunta él.

—Es aquí. Entremos a comprobar si queda alguien con vida.

—De acuerdo.

Mariah desenfunda y carga su arma justo antes de empujar la puerta entreabierta del bloque. Una de las cuatro puertas del entresuelo está abierta. Mariah se dirige hacia allí, avanzando detrás de su arma y enfocando con su linterna lo que tiene delante. Nada más entrar, se encuentra con un recibidor revuelto, lleno de cajas y de porquería.

—¡Policía! —grita al vacío—. ¿Hay alguien en casa?

El ambiente está cargado, su olor recuerda a un restaurante de comida rápida que lleva meses sin ventilar. Mariah avanza con firmeza al interior del apartamento y enseguida se topa con el cadáver degollado del veterano Elton sobre su hijo obeso, también muerto, y bañados en sangre. Tony, estremecido, se da la vuelta tapándose la nariz y la boca.

—Esto ha sido obra del Hombre Lívido que niegas conocer —le dice ella.

Sin esperar respuesta y asumiendo que Tony esperará cerca de la salida, Mariah pasa junto a las víctimas con la intención de revisar las habitaciones. Al abrir la primera puerta, ve algo moverse entre sus pies: unas sombras rápidas y silenciosas. Esto la asusta y la hace tensarse, pero al girarse en busca de una respuesta, se da cuenta de que son solo dos gatos peludos que han corrido hacia su dueño y que maúllan tratando de despertarlo mientras lamen la sangre seca de su piel. Mariah abre las tres puertas restantes sin encontrar nada relevante: solo botes vacíos, ropa sucia, cajas y trastos.

Capítulo 29

Día 67, al mediodía

En la base de la corporación D.A.P.

Joseph está tumbado en su dormitorio, reflexionando sobre un recuerdo que aún vive en él. Fue hace semanas, cuando Rebeca llevó a su despacho a escondidas una tarta de chocolate con cerillas clavadas. Al entrar por la puerta, Joseph sintió un atisbo de preocupación al pensar que había olvidado su propio cumpleaños. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que la celebración no era para él, sino para Maximilian. Rebeca se acercó con una sonrisa y le felicitó. En ese instante, Joseph quedó cautivado mirándola durante unos segundos que le parecieron mágicos. Luego, se dio la vuelta y felicitó a su leal guardaespaldas. Aquel acto reveló la dulzura y el carácter especial de Rebeca.

Joseph sonríe al recordar ese momento con los ojos cerrados, pero su expresión se vuelve seria al darse cuenta de que Rebeca ya no está. Nunca antes en su vida había sentido una obsesión tan profunda por alguien. Se pregunta si esa obsesión se debe a un amor real y profundo, o si es simplemente porque alguien le ha arrebatado algo que él consideraba suyo. Sacudiendo esos pensamientos de angustia e intranquilidad, Joseph se levanta de la cama y se dirige al baño. Se mira en el espejo y se toma dos pastillas más para la migraña.

Capítulo 30
Día 67, por la noche
En algún punto de la ciudad

El Hombre Lívido deambula de nuevo por las frías calles, envuelto bajo un manto de oscuridad. Desde que comenzó su matanza hasta hoy, el tiempo que el Hombre Lívido se ha tomado entre un crimen y otro ha ido disminuyendo; entre su segunda víctima y la tercera transcurrieron doce días. Frans Virtanen fue el segundo: un hombre cuyo mayor temor era ser encarcelado y vivir sus últimos días sin libertad. No había motivos para que la policía lo encerrara, pues no había cometido ningún delito. El Hombre Lívido se encontró con él en una casa medio en ruinas, apenas sostenida por paredes, sin puertas ni ventanas; desde aquel vacío salón tenía unas vistas envidiables, y por eso se sentía libre. Por desgracia para él, murió asfixiado y congelado en el interior de un arcón frigorífico.

Su tercera víctima fue Margarita Gil, una amable jovencita de 19 años que, por alguna casualidad, había trabajado como becaria de administración para la corporación D.A.P. Sin embargo, no le fue muy bien, ya que acabó de camarera en un restaurante de comida rápida. Cuando el Hombre Lívido le preguntó por su mayor temor, Margarita no tuvo reparo alguno en responder. Fue la única, hasta el día de hoy, que contestó a la primera. «A los cuchillos afilados», dijo, mirando el que el Hombre Lívido sostenía en sus manos, el mismo que, minutos después, cortó su piel y sus tripas, y acabó clavado en medio de su abdomen.

Pasaron aproximadamente doscientas ochenta y ocho horas entre la muerte de Frans Virtanen y la de Margarita Gil. Sin embargo, tras su último asesinato, el Hombre Lívido solo ha permanecido oculto veinticuatro horas y ya ha salido en busca de una nueva víctima, una que seguramente no tardará en encontrar. Esto significa que su ansia y necesidad van en aumento, de la misma manera que lo haría una droga. Otra de las similitudes con el mundo de las drogas es que él es simplemente el adicto que las consume, mientras que, en otro lugar de la ciudad, está el traficante; alguien desconocido para él que le proporciona esas víctimas. Si el Hombre Lívido ha podido encontrar tan rápidamente a tantos refugiados, ha sido gracias a las marcas que el traficante pinta en las fachadas de las casas: un dibujo de una cerradura roja. Lo único que el Hombre Lívido sabe es que la próxima marca la encontrará un poco más al sur, porque siempre es así y no necesita preguntarse por qué.

Ahora camina despacio por el centro de la calle, mirando a derecha e izquierda, arriba y abajo, en busca de esa cerradura escarlata. Al principio iba con más cuidado, pues no quería ser atrapado. Sin embargo, cree que tan al sur no es necesario, ya que las autoridades apenas circulan por esas calles; esa zona es tierra de nadie. También existe la posibilidad de que se tope con algún fugitivo; esa posibilidad siempre está presente, pero no le importa. Sea quien sea, tal vez pueda ayudarle a encontrar aquello que, tiempo atrás, perdió.

—¡Ahí está! —dice emocionado al hallar una nueva cerradura roja, como si hubiera encontrado el lugar que le corresponde a otra pieza de un rompecabezas.

La marca está en la blanca pared de una casa adosada que tiene una puerta rosa con el

número siete. «La casa parece estar en buenas condiciones. Veamos qué nos espera en el interior», piensa él. Como suele hacer siempre, antes de entrar, pasea por delante de la casa, examinando la calle y las casas vecinas. Para él, es importante encontrar una brecha para entrar con cautela y estudiar el comportamiento de su futura víctima, aunque sea solo durante una hora, y saber por dónde se marchará si las cosas se tuercen. Puede que esté un poco loco y, además, sea consciente de ello, pero sus actos no son impulsivos ni improvisados; están calculados y reflexionados.

Hay otra casa cerca, la cual posee el número trece, y está completamente desvalijada. Es idéntica al resto de las adosadas, salvo porque es la única en ese estado. No hay ningún ruido en esa calle aparte del producido por la brisa que corre; la única luz que la ilumina proviene de una farola que está enfrente de la casa número ocho, justo al lado de la diez, al otro lado de la acera. La calle es bastante ancha, de unos siete u ocho metros, y la luz no es muy potente. Aun así, algo de luz le llega a la casa objetivo. En cambio, la casa desvalijada situada a su derecha está completamente borrada por la negrura.

El Hombre Lívido camina hacia la casa desvalijada con mucha tranquilidad y atraviesa el agujero donde debería haber estado la puerta. Es imposible que pueda distinguir algo; sin embargo, lo hace: su vista se ha adaptado a la oscuridad como si no fuera humano, sino animal. A la izquierda hay un garaje y enfrente unas escaleras. Por ahora decide tomar el camino de la izquierda y revisar el garaje. No hay mucho que ver; una escalera de aluminio de pie, botes de pintura y una hormigonera, y en el suelo hay infinidad de fragmentos de ladrillos. «Tal vez no terminaron de construir estas casas», piensa él. Al fondo del garaje hay un cuartito diminuto que debía haber sido un baño, pero ni siquiera tiene retrete, solo cañerías. Al lado de esta habitación hay otro marco sin puerta que lleva al patio de la casa; sus muros miden alrededor de dos metros y medio.

El hombre se planta frente al muro y alza los brazos para comprobar si podría saltarlo. «Quizás no», piensa. Después se da media vuelta y observa la parte trasera de la casa y sus réplicas exactas. En el piso superior, todas las casas tienen un largo balcón con barandillas de rejas. «Eso podría ser útil», piensa al verlas. El Hombre Lívido baja la mirada y regresa al garaje para tomar, esta vez, las escaleras que llevan al piso superior. Al subir, esquiva los escombros que hay en cada escalón.

Cuando llega arriba, apenas revisa esa planta; echa una mirada rápida de lado a lado sin molestarse en entrar en ninguna habitación. Todo está en las mismas condiciones que el garaje. Enseguida se dirige hacia otro marco sin puerta: este es el que conecta con la supuesta cocina y con el largo balcón. Sus pensamientos están en blanco; tiene el foco puesto en su objetivo y en nada más: ninguna reflexión, nada que le haga replantearse lo que está haciendo. Un hombre normal, incluso se plantea levantarse de la cama por la mañana. Él no; si tiene que levantarse, lo hace de forma automática, como el timbre de un despertador. De la misma manera, al llegar al balcón, salta por encima de la barandilla hacia el balcón de la casa de al lado y repite esto dos veces más para llegar, finalmente, a la parte trasera de la casa número siete.

El Hombre Lívido se queda allí, firme, mirando hacia el interior de la casa desde detrás del cristal de la puerta corredera y la cortina. Parece que está habiendo una fiesta, pues desde ese balcón se puede escuchar la música que inunda el interior. Cualquier otra persona se hubiese sentido cautivada por la melodía principal de la canción que suena, pero el Hombre Lívido no muestra ninguna respuesta emocional. Las luces de la cocina están apagadas; la celebración no es ahí. Hay una débil neblina flotando en el lugar. El Hombre Lívido aprovecha el escándalo para empujar la puerta de cristal y justo cuando se dispone a cruzarla, aparece una chica que no

aparenta más de veinte años, con un vestido negro corto y de tirantes. La chica entra sin encender la luz y, a pesar de entrar de frente, no ve al intruso en el balcón. A la izquierda de la otra puerta está la nevera, también de frente al balcón; la chica la abre y se queda mirando el interior durante un buen rato. El Hombre Lívido observa el tatuaje que la chica lleva en su espalda: es un cráneo de tigre.

—¡Beth! —grita la voz de otra chica.

—¡Estoy en la cocina! —responde la chica del tatuaje, también en tono alto.

De pronto, la amiga entra en la cocina y se apoya sonriente en el marco de la puerta.

—¿Qué haces?

—Cogiendo las cervezas.

—¿Y por qué tardas tanto?

—Porque son las últimas seis.

—¿Y?

—Compramos quinientas antes del apocalipsis; no nos han durado ni tres meses.

—Si es el fin del mundo, habrá que disfrutar hasta el final, ¿no?

Beth fija la vista en su amiga con una mirada de desacuerdo.

—Venga, no seas aguafiestas, diviértete —intenta convencerla mientras baila de manera seductora al ritmo de aquella música tan agresiva.

Beth agarra dos cervezas, pero al instante su amiga, sin detener su baile, se las quita de las manos.

—¡Anya!

—Yo llevo estas dos —contesta sonriente mientras se aleja danzando de espaldas.

—Está fatal… —dice Beth en voz baja antes de coger las cuatro cervezas restantes y cerrar la nevera con un golpe de cadera.

Cuando está a punto de salir de la habitación, se detiene y gira la cabeza para comprobarla. Una brisa fría entra por la puerta corredera, que está abierta. No ve a nadie ni nada inusual. Las cortinas ondean. Beth se acerca, cierra la puerta y luego vuelve al comedor. Allí la esperan tres amigos y Anya: la reciben celebrando su llegada con aplausos y silbidos.

—¡Atención, queridos hermanos! —comienza a hablar uno sin levantarse del sofá, pero alzando los brazos—. Estas son las últimas cervezas que quedan sobre la faz de la tierra. Demos gracias por ser los elegidos y saboread hasta la última gota. ¡Bebed!

En respuesta, los cuatro alzan los botellines para brindar y beben. El Hombre Lívido contempla a los jóvenes escondido en la oscuridad. De nuevo, una ráfaga de aire fresco entra desde el exterior por alguna apertura, acariciando la piel de Beth y erizando su vello. La chica se frota el brazo para darse calor y mira hacia la negrura, donde cree ver un rostro blanco, inexpresivo y aterrador. No aparta la mirada de allí, se queda esperando algún tipo de movimiento para comenzar a chillar; por ahora, su única reacción es apretar con fuerza el botellín de cerveza.

—Beth —la llama Fred, uno de sus amigos, poniendo la mano sobre el hombro de la chica —. Beth, ¿ocurre algo?

—Me ha parecido... —responde, tragando saliva y visiblemente incómoda, mirando de reojo hacia aquel oscuro hueco un par de veces más.

Los demás se dan cuenta. Eddie se levanta y se acerca al lugar; es una pequeña habitación con una cama, una montaña de ropa, una lámpara y nada más.

—Todo en orden —informa Eddie.

—¿Has visto a Paul Stain? —pregunta Anya a Beth, moviendo todos los dedos como si

intentara infundir terror.

—No tiene gracia —responde ella, seria.

—¿Quién es ese? —interpela Ethan.

—¿En serio no conoces al Devorador de Almas?

—No me suena.

—Anya, por favor —corta Beth, pidiéndole que no siga con eso con un gesto de negación.

—Es mejor conocer su historia y estar preparados por si viene, ¿no crees? —continúa Anya con el mismo tono misterioso.

Eddie cambia la música que ha estado sonando y reproduce la banda sonora de alguna película de terror. Luego, apaga todas las lámparas excepto una.

Anya comienza a contar la historia de Paul Stain:

—Algunos aseguran que es real, otros lo niegan. En una choza abandonada, un hombre desarrapado, sin expresión alguna ni luz, esperaba tumbado en su cama el momento de salir, una vez más, en busca de esa parte que una bruja le arrebató años atrás. Su mente solo recordaba el instante en que su cuerpo perdió todo su resplandor y se volvió un recipiente vacío de carne y hueso. Eso fue lo último que Paul Stain sintió: el desvanecimiento de su alma. Cada mañana, al salir el sol y durante todas las horas de luz, Paul observaba desde cualquier esquina de nuestra ciudad el caminar de los transeúntes. Disfrutaba del aroma que desprendían sus almas; unas tan dulces como el azúcar y otras tan amargas como el jengibre. Un día como cualquier otro, el aroma más cautivador que jamás había olido pasó a unos pocos centímetros de él. Provenía del alma de una joven con ojos tristes. Dicen que el aroma del alma es una mezcla infinita de sentimientos, y aquella olía a un intenso amargor similar al del café. El hombre pensó que esa alma debía de haber vivido siglos de dolor. Se levantó deprisa, como una serpiente encantada, y comenzó a seguirla de cerca. El ruido que hacía al inhalar con tanta fuerza el aroma que la joven dejaba atrás la alertó de que alguien la perseguía. Asustada, apretó su bolso contra su pecho y apresuró el paso. Giró una esquina tras otra intentando despistar al hombre que la seguía. Pasaron largos minutos llenos de terror hasta que la joven creyó que había logrado escapar. Sin embargo, al doblar otra esquina ¡BAM! Un cuchillo atravesó su tripa, catapultando su alma hacia arriba. Paul Stain sujetó el cuerpo de su víctima y besó sus labios resecos y cortados, devorando así aquella alma que, por un breve instante, le devolvió el sentir. Pero, como ocurrió con todas sus demás víctimas, ese sentir se desvaneció fugazmente. Desde entonces, Paul va guardando todas las almas que se cruzan en su camino en un pequeño frasco de cristal, que custodia sin descanso con la viva esperanza de que quizás, cuando esté lleno, pueda recuperar su anhelado resplandor.

Todos se quedan en silencio.

—Dicen que lo atraparon y que lo encerraron en Maddom —aporta Eddie, imitando el tono misterioso de Anya—, pero ahora vaga por estas calles buscando almas con sabor a cerveza.

Ethan y Anya comienzan a reírse fuertemente y a aplaudir. Fred también, pero deja de hacerlo al ver a Beth levantarse y marcharse hacia su dormitorio.

—Vamos, Beth, que solo es una leyenda.

—No me gustan estas mierdas —dice, haciéndole una peineta de lejos.

Beth llega a su habitación, se tumba en la cama con los auriculares puestos y la música tan alta que se escucha desde fuera; el Hombre Lívido puede oírla claramente desde donde está. La música del salón también es audible, indicando que la fiesta ha sido retomada. El Hombre Lívido permanece inmóvil durante aproximadamente una hora, observando cómo Beth se queda dormida. Después la deja sola descansando y se va hacia el salón. Fred, Ethan y Eddie están allí

sentados plenamente drogados, pasmados y sonrientes.

—¡Ey! ¿Quién es el nuevo? —pregunta Eddie.

—No tengo ni idea.

—Disculpad —se pronuncia el hombre—, pasaba por aquí y me he apuntado a la fiesta.

—No habrás salido de Maddom, ¿no? —le pregunta Fred.

Ethan se sorprende y se ríe:

—Ya ves, tienes una pinta de haber salido de allí que lo flipas.

—No —contesta él con seriedad—, aunque imagino que si fuera un fugado tampoco os lo diría.

—Yo tampoco os diría nada, me acercaría por detrás y os rajaría la garganta —aporta Eddie con el mismo tono misterioso de antes.

Sus amigos se ríen escandalosamente durante un largo rato.

—En fin —vuelve a pronunciarse Ethan—, bienvenido seas a la fiesta sin fin del fin del mundo. ¿Quieres un caramelo?

De forma inesperada y con un movimiento veloz, el Hombre Lívido clava su cuchillo en el cuello de Ethan. Una cascada de sangre, burbujeante debido a su inútil intento de respirar, se desliza por su cuerpo. En pocos segundos, muere en esa misma posición.

Fred y Eddie se quedan mirando y se ríen, como si estuvieran viendo algo distinto a lo que en realidad ha sucedido.

—Asquerosos insensibles —dice el Hombre Lívido antes de rajarles las gargantas, tal como uno de ellos le había sugerido antes, con un gesto rápido y limpio, sin que opusieran ningún tipo de resistencia.

Anya está en el baño. El Hombre Lívido ve que la puerta no está cerrada e inclina la cabeza para echar un vistazo al interior. En el reflejo del espejo, ve a la chica empapándose el cabello, la cara, el cuello y la parte descubierta del pecho. Él empuja suavemente la puerta, que se abre con una delicadeza extrema; Anya no se da cuenta. El hombre avanza hasta quedarse detrás de ella y espera pacientemente a que abra los ojos y lo vea, aunque ella ni siquiera lo hace al coger la toalla. Después de envolver su cabello, Anya da un paso atrás y se choca con él, es entonces cuando abre esos ojos brillantes y perdidos.

—¿Eres Paul Stain? —pregunta con dificultad en el habla debido las drogas, al mismo tiempo que lucha por mantenerse en pie después de soltar un grito fino y corto parecido al hipo.

—No, no lo soy.

—Eres guapo. Te dejo que me beses si no devoras mi alma —bromea riéndose.

Él no responde, ni con palabras ni con ningún gesto; permanece estático.

—Espera, espera, ¿a qué huele mi alma? Dime que huele a pastel de calabaza. Me flipa el pastel de calabaza, me comería uno entero ahora mismo.

—Te he dicho que no soy Paul Stain.

Anya encoge los hombros:

—Vale, vale, tranquilo hombre. De hecho, mejor. Así no tengo que correr, porque la verdad es que no me apetece nada; me apetece bailar.

Anya levanta los brazos mientras menea su cintura, se quita la toalla de la cabeza y gira bruscamente su cara, salpicando al hombre con el agua que empapa su cabello. Mientras continúa bailando, se acerca a él intentando seducirlo. Él, indiferente, levanta la mano con la que sostiene su cuchillo ensangrentado y se lo clava a la chica entre los pechos. Anya, antes de caer, lo mira fijamente y espera aquel beso mortal que le arrebate el alma. Sin embargo, muere sin recibirlo.

Minutos después, Beth se levanta de la cama y, adormilada, deambula hasta la cocina, pasando por delante del baño y del salón, sin prestar atención a nada. Una vez allí, coge un vaso y lo llena de agua.

—Disculpa —pronuncia el Hombre Lívido antes de que ella pueda beber—, tal vez puedas ayudarme.

El vaso le resbala de la mano y estalla contra el suelo.

—No estoy sola —amenaza.

—Lo sé, lo sé —responde él con calma.

—Voy a gritar.

—No es necesario.

—¿Qué quieres?

—Verás, estoy buscando algo que perdí.

—¿Qué? —pregunta ella confusa y temerosa.

Él aguarda unos instantes sin decir nada, observando cómo los ojos de la chica se humedecen y cómo aprieta los dientes para que no se escuche el temblor.

—Estás rezando para que no diga «mi alma», ¿verdad?

Beth baja la mirada porque sabe que es cierto. Entonces, se fija en el cuchillo ensangrentado que el Hombre Lívido sostiene en su mano derecha. Piensa en pedir ayuda a gritos y salir corriendo, pero ha perdido el control de sus piernas, de sus brazos y de su lengua, así que tan solo emite un chillido fuerte y agudo.

—Te dije que eso no era necesario —dice él justo cuando ella concluye con el chillido—. ¿Puedes responderme una pregunta? Ese terror que veo en tu rostro, ¿es porque temes que devore tu alma o porque temes morir apuñalada?

—Es porque te temo a ti, me horroriza tu existencia.

—Pero no sabes quién soy.

—He leído lo suficiente como para saber quién eres.

—Adelante, sorpréndeme.

—Eres otra versión del hombre del saco, otro loco más que disfruta infundiendo terror.

—¿Me estás diciendo que te asusta más que esté loco y no que sea un asesino?

—Un asesino no tortura a sus víctimas.

—Ah, ya comprendo; desearías que acabara con esta pesadilla de manera rápida y sin dolor. Así es como han muerto tus amigos, estaban demasiado drogados para sentir nada.

Beth no puede evitar derrumbarse y llorar.

—Beth es tu nombre, ¿verdad? —pregunta él mientras se acerca un poco más.

Ella asiente con la cabeza.

—No puedo prometerte que vaya a ser rápido ni que no vaya a doler, solo que en algún momento terminará.

El Hombre Lívido deja caer el cuchillo y coloca sus manos sobre el cuello de la chica. Acerca su frío rostro a diez centímetros del de ella y comienza a apretar sus dedos con fuerza. Ella no se mueve, está rígida como un palo y sin poder respirar. Él continúa apretando cada vez más fuerte hasta llegar al límite del estrangulamiento y luego la suelta; no iba a ser tan simple. Beth vuelve a tomar aire y respira de forma irregular. Sigue estando aterrada y sin saber qué hacer. Mantiene sus ojos, ahora enrojecidos, abiertos y con los párpados bien tensos debido a la conmoción.

—He pensado en algo. Voy a darte una oportunidad para que escapes y salves tu vida.

Beth se niega a seguirle el juego.

—En diez segundos iré a por ti.

—No.

—Diez, nueve...

Beth continúa allí sin moverse un solo centímetro.

—Si no corres, te abriré en canal. Ocho. Y antes de que pierdas la conciencia, siete, dejaré que veas cómo te arranco las tripas hasta dejarte tan vacía como yo. Seis.

Entonces, Beth reacciona y arranca a correr hacia el salón, donde nada más entrar ve a sus tres amigos con las gargantas rajadas, sentados en el sofá. Beth emite un chillido con una voz herida al borde de la afonía; no obstante, lo hace sin detenerse. Corre hacia la puerta que conecta con las escaleras que podrían llevarla a la calle, pero está cerrada con llave, y la llave no está por ningún lado. Desde allí escucha cómo la cuenta atrás alcanza el número tres. Con rapidez decide dirigirse hacia las habitaciones. La cabeza de su mejor amiga, Anya, sobresale por la puerta del cuarto de baño. Beth no grita al verla; se derrumba aún más, llora, sorbe sus mocos y reza. Pasando junto a ella, avanza hasta su habitación, entra, cierra el pestillo de la puerta y se asoma por la ventana pensando en cómo escapar. Hay bastante distancia hasta el suelo, pero es la única opción. Antes de saltar, se pone unas zapatillas deportivas para no destrozarse los pies al caer. Al volver a asomar la cabeza, se fija en el cable telefónico que está pegado en la fachada a menos de dos metros de la ventana. Con medio cuerpo fuera, intenta alcanzarlo.

La cuenta atrás ha llegado a su fin y el Hombre Lívido se mueve por la casa repitiendo el nombre de su presa. Beth logra alcanzar el cable y, agarrándose a él como si fuera una liana, sin apenas pensárselo, salta hacia la calle. Los anclajes que sujetan el cable no soportan el peso de Beth, así que cae al suelo, tan fugaz como un meteorito, arañándose las dos piernas, el lado derecho del torso y la espalda; en menor medida, también los brazos. Lo más rápido que puede, se pone de pie de nuevo y cojea alejándose por el centro de la calle en dirección sur; no pierde tiempo mirando hacia atrás.

El Hombre Lívido logra abrir la puerta de la habitación de Beth rompiendo el pestillo de un empujón, y así descubre que la chica ha saltado por la ventana. Él no considera la opción de saltar, cambia de dirección y se dirige hacia la puerta principal de la casa, la misma que Beth intentó tomar y encontró cerrada con llave. Allí se detiene y piensa que podría salir por el mismo lugar por el que entró. Sin embargo, cree que tal esfuerzo es innecesario en ese momento. Tampoco podría romper la cerradura de un empujón, ya que aquella es una puerta gruesa. Lo primero que hace es abrir los cajones del mueble del recibidor: encuentra muchas cartas, pero ninguna llave. A continuación, camina hacia los cadáveres que yacen sobre el sofá y rebusca en sus bolsillos. Al no tener éxito, se da la vuelta para ir al baño y buscar en los bolsillos de Anya, pero allí tampoco encuentra nada. Ya que está ahí, aprovecha para limpiarse la sangre de las manos. Mientras el agua cae y emite su particular y relajante sonido, el hombre se fija en el reflejo de las cinco mochilas deportivas que hay en la parte baja de la estantería de pie, situada entre la bañera y el retrete. Con la mente en blanco, sonríe al verlas. Se agacha frente a ellas y abre la cremallera del compartimento frontal pequeño de cada una.

—Aquí están —dice todavía con esa sonrisa en su rostro.

Ahora que posee las llaves, no pierde ni un segundo más entre esas paredes: cruza la puerta gruesa, baja las escaleras y sale por la puerta rosa que da al exterior. «No será difícil seguirle el rastro a mi escurridiza presa herida», piensa al ver el rastro de sangre que ha dejado en el asfalto de la calzada. Una vez más, el Hombre Lívido camina en dirección sur envuelto en un manto de oscuridad.

Capítulo 31

Unos minutos después

En las calles de la ciudad

Tony y Mariah continúan caminando por las calles de la ciudad después de abandonar la casa del militar jubilado Elton y su hijo Louis, «el parásito». Tony no está tranquilo, pues desde que se han ido, algo le ronda la cabeza.

—Creo que no debimos dejar los cuerpos allí.

—¿Qué querías hacer, enterrarlos?

Tony se encoge de hombros.

—Cuando esta zona esté controlada por D.A.P., ya se encargarán.

Tony arruga la frente, disconforme.

—Olvidas que esto es un campo de batalla; no podemos detenernos a enterrar a todos los muertos que encontremos.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces?

—No sé, quizás los podríamos haber tapado con una manta para mostrar nuestro respeto.

—¿Respeto? A un muerto le da igual lo que hagas con su cuerpo.

A Tony le ha hecho gracia el comentario y, aunque no piensa igual que ella, se ríe dejando una sonrisa fija en su rostro. De pronto, antes incluso de que consiga relajar sus músculos faciales, vislumbra a lo lejos, en una fachada, una pintura que le resulta reconocible. Es el dibujo de una cerradura, del mismo color que la que estaba pintada en la fachada de la casa de Elton y su hijo.

—¿Has visto eso? —señala Tony.

—¿El qué? ¿La cerradura roja?

—Sí, la he visto antes, ¿crees que es posible que el Hombre Lívido deje una marca en cada casa en la que entra?

—Creo que es al contrario. Alguien podría estar indicándole las casas en las que aún queda gente a la que pueda atacar. He visto en las cámaras que las pinturas ya estaban ahí antes de que él entrara.

—¿Trabaja con alguien?

—Es posible.

—¿No puedes buscar en tus grabaciones quien las pintó?

—No, ya lo he intentado.

Con mil ojos, avanzan hacia la casa marcada, que tiene una puerta rosa entreabierta. Detrás de esta, hay una escalera que lleva a otra puerta abierta.

—No hagas ruido —le susurra Mariah a Tony—, todavía podría estar aquí.

Ella es la primera en subir, con su pistola en mano una vez más. Allí se encuentran tres jóvenes, degollados, sentados en el sofá como si se hubieran dormido viendo una película juntos, con las cabezas apoyadas unos sobre los hombros de otros. A la derecha, en el suelo del pasillo,

con la cabeza asomada desde el cuarto de baño, encuentran a otra chica muerta. Mariah y Tony proceden de la misma manera que en la casa anterior; ella inspecciona el lugar y él aguarda cerca de la puerta de salida.

Mariah analiza la cocina sin detenerse demasiado. Luego regresa al salón y toma el pasillo que conduce a los dormitorios. Mientras pasa junto a la chica muerta que sobresale del baño, se agacha y le toca la frente. Sin decir nada, se levanta y entra en la habitación donde el marco de la puerta está roto. Mira a su alrededor y luego se acerca a la ventana por la que entra la brisa. Desde allí se fija en el largo cable telefónico que cuelga desde lo alto de esa misma casa, y en el rastro de sangre que hay en el centro de la calle.

De repente, Mariah escucha un ruido procedente de otra de las habitaciones; el débil golpe de un pequeño objeto cayendo al suelo y rodando por él. Sin pensarlo, camina hacia allí. Tony asoma la cabeza y ella le indica, señalando con el dedo hacia su oreja, que acaba de escuchar algo. Tony asiente al mirarla y traga saliva, confirmando que él también lo ha escuchado y que es algo que le asusta. Mariah se dispone a entrar en la habitación que está frente a la que acaba de revisar. Sin embargo, Tony levanta la mano para detenerla y niega con la cabeza sin decir palabra. Luego señala la puerta que está justo en frente del baño. Mariah se acerca lentamente a esa puerta, gira el pomo con suavidad y la empuja con cuidado. Nada más entrar, pulsa el interruptor de la luz sin que funcione y luego se adentra en la oscuridad. Hay ropa en el suelo y sobre la cama; el ambiente está cargado y huele a orina. Mariah se fija en el tenedor que está en el suelo, cerca de la mesa. Después, vuelve a mirar por la ventana hacia el rastro de sangre en la calzada. Entonces escucha unos pasos corriendo a sus espaldas: son apenas cinco pasos y no van hacia ella, sino hacia la salida. Mariah se da la vuelta rápidamente y aprieta el gatillo de su arma. La bala atraviesa la puerta, dejándola igual de rota que la de la habitación vecina, y alcanza el hombro de quien huía. Tony se topa de frente con ese hombre sucio y andrajoso que intenta esconder su cara.

—Por aquí no te vas —le advierte, plantado en medio del pasillo, amenazándole con un cenicero en forma de cráneo.

El hombre carga contra él con una fuerza abrumadora. Tony le golpea en la espalda, pero aún así no puede evitar ser lanzado hasta caer sobre la mesita que está frente a los cadáveres de los tres chicos; la mesita estalla en miles de pedazos. Mariah sale del dormitorio y ve cómo el hombre mira a Tony, nervioso, y se marcha por la puerta principal.

—¡Quieto! —grita ella.

El hombre no le hace caso, así que la mujer arranca a correr tras él. En el exterior, viendo que todo está despejado, Mariah vuelve a apretar el gatillo y acierta de pleno en el muslo del hombre.

—No me mates, no me mates —suplica él al verla acercarse—. Yo no lo hice, fue otro, fue otro.

Bajo la única luz de esa calle, Mariah observa detenidamente al hombre que tiene a sus pies: está vestido con harapos que apenas cubren su cuerpo esquelético y sucio. Sus escasos dientes son negros y su espalda está curvada. Tiene la cabeza y la cara rapadas, y se pueden ver cicatrices en ellas. Aunque están en un lugar abierto y ventilado, el olor a orina persiste.

—¿Qué hacías allí?

—Buscaba comida, solo buscaba comida —continúa lloriqueando falsamente.

—¿Viste a quien lo hizo?

—Sí, claro que lo vi. Era un hombre blanco, muy blanco, vestido de negro. Sí, todo de negro.

—¿Por qué no te mató?

—Porque no me vio. Nunca me ve. Lo sigo porque nunca roba comida, solo mata y mata. Y cuando lo veo marchar, entro en la casa y me como todo lo que encuentro. ¿Quién es el astuto?

—Se ha ido hacia allí, ¿verdad? —le pregunta Mariah señalando el rastro de sangre.

—Hacia el sur, siempre hacia el sur. Pero esta vez se le ha complicado, sí. Una chica ha sido astuta también y se ha escapado de él.

—¿Cuánto hace de esto?

—No mucho, no hace mucho. Era la misma hora que ahora —dice mirando su reloj roto.

—Dime tu nombre.

—¿Mi nombre?

—Sí, tu nombre.

—Jim me llamaban… Jim Miller.

—Que no te vuelva a ver, Jim Miller.

Mariah se da la vuelta para regresar a la casa donde está Tony y deja a aquel hombre allí tendido, herido y desamparado, murmurando malhumorado sobre ella.

—Tony, nos vamos —dice al entrar en el salón de la casa, antes de verle inconsciente sobre la mesita destrozada—. ¿Tony?

Mariah se agacha a su lado y comprueba su pulso. Luego se levanta y corre hacia la cocina, coge una toalla de mano y la empapa de agua. Después regresa al salón, se arrodilla de nuevo junto a Tony y le moja la frente con la toalla. Debajo de él hay un charco de sangre bastante grande. Mariah le levanta la cabeza para comprobar si esa sangre sale de algún corte que se haya podido hacer; pasa la toalla por toda su cabeza sin encontrar herida alguna. Piensa que tal vez la herida no esté en la cabeza. De hecho, en su camiseta es donde hay más sangre, así que se la levanta dejando al descubierto su cuerpo delgado y atlético, y lo acaricia pasándole la toalla húmeda. El cuerpo de Tony le parece atractivo. Entonces cae en que quizás la herida de bala que tenía en el hombro podría haberse abierto, pues en tan poco tiempo y sin suficiente reposo no ha podido curarse.

—¿Mariah? —pronuncia él débilmente al abrir los ojos.

Ella no se aparta, se mantiene a su lado. En cambio, la mano que tenía sobre su torso, la retira en un movimiento veloz.

—Perdona, solo estaba intentando limpiar toda esta sangre.

—Tranquila, no es mía.

Mariah acerca su cara a la de él. Tony siente cómo los músculos de su abdomen se contraen; le pone nervioso verla tan cerca. Desde el primer momento que la vio le pareció hermosa. Después dejó de confiar en ella. No obstante, ahora, verla así de tierna y cercana hace que incluso le cueste respirar. Ella extrae un pequeño fragmento de cristal que Tony tiene clavado debajo de su pómulo izquierdo. Al hacerlo, una lágrima de sangre resbala por su mejilla.

—Creo que esta sangre sí que es tuya —le dice en un susurro, mirándole a los ojos sin apartarse ni un solo centímetro.

Tony se queda mirando esos enormes ojos verdes. Mariah pasa su pulgar con suavidad sobre la mejilla de Tony para limpiarle esa lágrima de sangre. Su mano se queda anclada en la piel de él; la desliza por su rostro hasta acariciar su cuello. A Tony le eriza el vello; lo aturde. Mariah se acerca tanto a él que Tony comienza a sentir la calidez de su aliento. Los cristales sobre los que están sentados crujen y se rompen, pero ninguno de los dos quiere estropear el momento; no quieren hablar. Ahora parece que lo único real es eso, ese momento; lo demás ha pasado a segundo plano. En un instante, los labios de ambos se rozan. Mariah aprieta los dientes

dejando que sus labios humedezcan los de él mientras se van cerrando lentamente. Después continúan besándose con la misma delicadeza y cuidado, permitiendo que sus lenguas se entrelacen.

Capítulo 32
Más tarde
Al sur de la ciudad

Beth detiene su huida al llegar a la casa enladrillada. La chica jadea por la carrera. Al frenar, siente que las heridas abiertas en sus rodillas, muslos, costillas, espalda y brazos palpitan y le escuecen. Pero si ha parado, ha sido por algo: hay una niña sola, sentada en la acera. Tiene la cabeza agachada, apoyada entre sus brazos. Beth la ve sollozar y busca con la mirada a algún adulto que se haya podido hacer cargo de esa niña durante los meses que llevan así. Sin embargo, no ve a nadie cerca. La niña parece no haberse enterado de que hay alguien más con ella. Beth se va acercando con cautela, sin descuidar sus espaldas.

—Hola, ¿estás bien? —pregunta Beth.

La niña deja de sollozar, pero mantiene la cabeza baja y no dice nada.

—Será mejor que te escondas, me persigue un hombre peligroso —vuelve a hablar Beth, a cuatro metros de distancia.

Ella misma, se fija en la muñeca de trapo que hay tirada en medio de la calle. Se agacha para recogerla, sin dejar de mirar cada cinco segundos a la niña y hacia atrás. Después se acerca un poco más a la pequeña.

—¿Es tuya? —le pregunta, ofreciéndole la muñeca.

La niña levanta la cabeza y la mira.

—Sí —afirma, limpiándose las lágrimas con el antebrazo—, es un poco revoltosa.

A Beth, ese comentario le ha hecho sonreír; le ha parecido adorable.

—Escucha, tienes que irte. Escóndete.

—Todos se han ido sin mí —dice la niña, arrancando a llorar de nuevo.

Beth ve entonces la puerta de la casa enladrillada abierta de par en par y la luz del interior escapando por ella.

—Vamos, no llores. ¿Puedes levantarte?

La niña se niega a hacerlo.

—Venga, por favor. Es peligroso estar aquí. Vuelve a entrar en casa —le ruega Beth, mientras sus nervios aumentan al no saber cómo convencerla—. ¿Conoces al hombre del saco, verdad? Es él quien me persigue. Si te ve, se te llevará. No quieres que se te lleve, ¿verdad? Pues métete en casa.

—¿El hombre del saco?

Beth observa cómo la expresión de la niña cambia de tal modo que parece que el mal haya infectado a ese pequeño ser; su cara de tristeza se relaja para quedar inexpresiva, y justo después, desata una mirada y una sonrisa maligna. Asustada, Beth retrocede despacio. Al instante, algo golpea su cabeza y pierde el conocimiento.

Capítulo 33

Nueve semanas antes

En el centro psiquiátrico Maddom

Como todas las mañanas, Nora Griffith, de once años de edad, se despertó con el molesto pitido que anunciaba el cambio de turno de los guardias que custodiaban la puerta de su celda, a las ocho en punto. No obstante, entre que decidía levantarse de la cama o no, podía pasarse varios minutos mirando las paredes de esa caja hermética, blanca y acolchada. Cuando lograba ponerse en pie, empezaba a caminar en círculos, siendo esta su rutina de ejercicio diario: de la cama al escritorio, del escritorio al retrete, del retrete al armario, del armario a la puerta y de la puerta a la cama. Nunca daba una cantidad concreta de vueltas; simplemente caminaba para estirar los músculos y para que su cerebro terminara de despertarse. Su mayor afición era la lectura; mientras caminaba, solía repasar internamente los capítulos que había leído el día anterior. Los libros que tenía permitido llevarse a su habitación siempre eran de tapa blanda y bastante antiguos. Los que más le gustaban eran los de fantasía, ya que describían detalladamente lugares preciosos; al imaginarlos con los ojos cerrados, podía verse a sí misma allí, corriendo libremente por esos lugares.

—Buenos días, Nora. Vamos de paseo —le dijo el guardia del nuevo turno desde detrás de la puerta, después de llamar golpeándola con los nudillos.

Los guardias siempre solían avisar cinco minutos antes de abrir para que el preso tuviera tiempo de prepararse; ella, ese día, no lo necesitaba.

—Estoy lista.

Después del zumbido, la puerta se abrió. Frente a otras celdas, a veces, había dos o cuatro guardias, con sus armas preparadas y camillas con correas de fijación. Frente a la de Nora siempre había un solo guardia, probablemente debido a su buen comportamiento; no había tenido ningún incidente desde su llegada. Aun así, el guardia que aquel día la esperaba tenía el dedo índice sobre el gatillo de su fusil, listo para apretarlo en caso de ser necesario. Nora pasó calmadamente delante de él. El interior del centro era digno de una libro de terror: un edificio cavernoso con paredes de piedra húmeda, adornado con vallas, alambres y escaleras metálicas, y un laberinto de puertas idénticas.

Nora avanzó por el pasillo en dirección a las escaleras que descendían hacia el patio interior; a su derecha quedaban las celdas de sus vecinos y a su izquierda la valla metálica desde donde se veían las escaleras, el patio y los pasillos del otro lado del centro. Frente a las escaleras había dos ascensores, pero solo los usaban para trasladar a los presos en camilla. A Nora no le gustaba tener que subir y bajar siempre a pie. La planta más alta del edificio conectaba con los edificios B y A. En el edificio B se encontraban los consultorios médicos, laboratorios, salas de terapia, farmacia, archivos y zonas técnicas. En el edificio A se recibían a los pacientes no internados y visitantes, por lo que estaba restringido para los presos. Siempre que Nora pasaba frente al cartel que decía «edificio A», recordaba el día en que sus padres la llevaron allí para hablar con el doctor Markus Carver, justo antes de su ingreso.

En el trayecto hacia el edificio B, Nora siempre pasaba por los mismos pasillos y frente a las mismas celdas, tanto que ya reconocía los sonidos que se producían en cada una de ellas: algunos eran llantos, otros risas, otros conversaciones y otros gritos. Todos esos sonidos reverberaban en el ambiente, a pesar de que las celdas estaban insonorizadas; realmente, nadie lo diría. Los fluorescentes de los pasillos nunca funcionaban bien; parpadeaban y se apagaban, y cuando eso ocurría, solo quedaba brillando una luz roja. Nora pensaba que hacían falta más empleados de mantenimiento y limpieza.

Una vez dentro del edificio B, el guardia ordenó a Nora detenerse frente a la puerta del despacho del doctor Moreno; el propio guardia llamó a la puerta.

—¡Buenas! Adelante —dijo el doctor al abrir.

Nora entró sola.

—Siéntate, por favor —la invitó él, señalando la silla que estaba frente a su mesa—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien.

—¿Ya has desayunado?

—No, todavía no.

—Bueno, es un poco pronto aún. Seguro que cuando vuelvas a tu habitación tienes algo rico esperándote. ¿Cómo llevas tus lecturas? ¿Qué estás leyendo ahora?

—Muy bien, estoy leyendo El Silmarillion. Es el último que me falta y me está gustando mucho.

—Me alegro, es un buen libro.

—¿Hay algo que quieras contarme de tu semana?

—No sé.

El doctor Moreno se colocó en una esquina de la consulta, levantó los brazos y, pulsando un botón, apagó la luz que parpadeaba en la cámara de seguridad.

—Verás, Nora, sé que es inusual, pero me gustaría pedirte algo. Llevamos siendo amigos más de un año y nunca me has dado problemas. Creo que puedo confiar en ti, ¿verdad que sí? —le preguntó el doctor mientras le acariciaba la mejilla.

Unos minutos después, Nora salió de la consulta más inexpresiva de lo habitual. El guardia la acompañó hasta su celda, la número 203. Allí le habían dejado un regalo para desayunar: una taza de chocolate caliente con nubes de azúcar. Nora lo tomó con alegría pero sin prisa, disfrutando de cada sorbo. Al terminar, llegó el momento de retomar su lectura, la cual fue interrumpida por el guardia de su puerta justo una hora después.

—¡Hora del baño! —anunció el guardia tras golpear la puerta.

La niña agarró otro vestido blanco igual al que llevaba puesto y una toalla. El guardia no notó la anomalía, ya que normalmente el día de baño solía ser el día anterior a la cita con el doctor, solo una vez por semana.

—Lista —gritó Nora.

Después del zumbido, la puerta se abrió. Nora salió de su celda y se dirigió hacia los baños, ubicados en el piso más bajo del mismo edificio. Una vez allí, el guardia se quedó en la puerta y Nora entró sola.

—Ruby… —susurró Nora, asustada.

—Hola, Nora, ¿me has echado de menos? —pronunció una voz que sonaba como la suya.

—¿Qué haces aquí?

—El doctor Moreno me ha dado esta caja y me ha dicho que ya sabes lo que hay que hacer con ella.

—Está el guardia ahí fuera.

—Eso no es un problema, déjamelo a mí.

—No.

—¿Cómo que no? No puedes fallarle al doctor, Nora.

—No voy a dejarte hacer nada.

—¿Acaso piensas pedirle al guardia, con tus ojos de corderito, que te deje dar una vuelta por los pasillos porque tienes que hacer un recado?

—No…

—Vamos, Nora, confía en mí. Las dos queremos esto.

De pronto, la niña comenzó a pedir ayuda a gritos y el guardia entró corriendo. Nada más cruzar la puerta, un bisturí le atravesó la sien. El hombre cayó al suelo y su sangre, mezclada con el agua tibia de la ducha, se fue por el desagüe. La niña cogió la caja y la muñeca que había sobre ella, y salió del vestuario tan tranquila. Avanzó rápidamente por los pasillos de ese ala hasta detenerse frente a la celda 008. Abrió el compartimento de la puerta y dejó la caja allí, llevándose consigo la muñeca. Luego regresó a su celda sin complicaciones. Como recompensa, le habían dejado un vestido a rayas negras y blancas, idéntico al de Ruby.

Al anochecer, el zumbido volvió a abrir la puerta de la celda de Nora, pero ningún guardia había llamado antes para anunciarlo. La puerta quedó entreabierta durante un rato.

—Vamos, echa un vistazo, Nora —la animó Ruby.

Nora decidió hacerle caso: con su muñeca en brazos, se acercó a la puerta y asomó la cabeza. El centro estaba vacío y en calma; no había ni un solo guardia en el pasillo. Nora, extrañada, se acercó a la valla metálica y miró todos los pasillos que pudo ver desde allí; todo estaba igual.

De repente, comenzaron a escucharse múltiples zumbidos procedentes de diferentes puntos. «Oh, no», pensó ella al darse cuenta de que se estaban abriendo todas las celdas. Entonces, comenzó a correr tan rápido como pudo, se dirigió hacia las escaleras y allí se detuvo para decidir si debía subir o bajar. Optó por ir hacia arriba con la intención de escapar por el edificio A. Sin embargo, a mitad de camino, se encontró con unas rejas que bloqueaban su paso.

—¡No! —gritó con cada golpe que le propinó a las duras rejas de hierro—. ¡No, no, no, no, no!

Cuatro fuertes explosiones sacudieron el edificio. Una nube de humo negro se elevaba desde el patio interior. Nora corrió hacia una ventana para echar un vistazo; el muro de enfrente, que separaba el patio su cárcel de la ciudad, se había fracturado y algunos de sus vecinos lo estaban escapando por la brecha.

—No podemos perder esta oportunidad, Nora —le dijo Ruby.

Una sirena fortísima comenzó a sonar y las luces de las torres se encendieron, iluminando a los presos que corrían en todas las direcciones por el exterior. Nora se tapó los oídos con las palmas de las manos y se acurrucó en posición fetal en una esquina. Decenas de guardias aparecieron de la nada, cruzando por el mismo pasillo en el que ella se encontraba. Gritos y disparos resonaron en todas las alas del centro. Nadie se percató de que Nora estaba esa esquina. Ella, por otro lado, vio cómo los guardias, al entrar, no cerraron la reja que bloqueaba su camino hacia la libertad. Paciente, esperó a que todos los guardias cruzaran y luego escapó hacia el edificio A. Una vez allí, descendió unas largas escaleras, llegó a recepción y salió al exterior por la puerta principal. Aunque muchos policías se acercaban al lugar, todos pasaron de largo, ya que toda la atención estaba concentrada en la parte trasera del edificio. Nora respiró profundamente el aire fresco, miró a ambos lados antes de cruzar la calle y se alejó.

Capítulo 34
Día 67, por la noche
Al sur de la ciudad

El rastro de sangre, las gotas y las pisadas que el Hombre Lívido ha estado siguiendo terminan en la última calle de la ciudad, justo frente a una casa enladrillada. Sin embargo, su presa huida, Beth, no está. En su lugar, la sangre en el asfalto forma una figura que recuerda a una cerradura más. «He estado tan centrado en buscar lo mío que no he parado a pensar hacia dónde me estaban llevando», reflexiona él. La zona está en calma, tan quieta que ni los árboles se mueven ni los grillos cantan. El Hombre Lívido observa que ninguna de las casas de esa calle tiene luz, excepto la casa enladrillada; esta, a diferencia del resto, parece estar bien conservada. Sin darle importancia, avanza hasta llegar a la puerta y llama golpeándola tres veces con el puño. El número de la casa, el cuatro, cae al suelo. Él ni se plantea agacharse a recogerlo; su mente sigue actuando de forma automática. La puerta se abre unos segundos después y, de detrás de ella, aparece la cabeza de Iván.

—No me lo creo. ¡Qué alegría verte, Sam, amigo mío! Bienvenido a casa —exclama Iván, mirándolo de arriba abajo, justo antes de darle un abrazo.

El Hombre Lívido se queda un poco aturdido, aunque en el fondo también se alegra de ver a su amigo. Por el momento, solo le ha dedicado una sonrisa forzada.

—¡Adelante, adelante! —le invita Iván a entrar.

El hombre observa la casa sin decir nada. El recibidor está tal como estaba antes, con sus plantas a la izquierda, bajo la escalera, y el espejo a la derecha. La luz es cálida, como siempre lo ha sido. Lo único diferente son las cortinas escarlata que ocultan lo que antes era la entrada al salón. Un delicioso aroma a comida inunda el ambiente.

—Vaya, qué sorpresa… —dice Iván, todavía incrédulo—. Justo hoy tenemos una cena muy especial. Si te apetece, sería más que perfecto que te apuntaras.

—Claro.

—Pero antes, sígueme.

Iván lo lleva al piso superior. El Hombre Lívido observa que las puertas de las habitaciones ahora tienen nombre: Michael, Iván, Sara, Raquel, José y Sam. Él se detiene frente a la puerta con su nombre. «Hacía meses que nadie me llamaba por mi nombre», reflexiona sin decir una palabra.

—Sabíamos que algún día volverías —le dice Iván, como si pudiera leerle la mente, dándole una palmada en la espalda—. Puedes ducharte; tenemos agua recogida de la lluvia. También tienes ropa limpia en tu armario. Baja cuando quieras; los demás estarán ansiosos por verte.

«¿Los demás?», se pregunta Sam. «¿Están todos aquí? ¿Han estado aquí todo este tiempo?». Para él, esa forma de vida, llena de lujos y compañía, se ha vuelto extraña. Desde que los muros cayeron, ha estado deambulando de un lado a otro, comiendo y bebiendo de lo que iba encontrando, y las únicas personas con las que ha conversado han sido aquellas a las que después ha matado. Iván lo ve un poco más serio y distante de lo normal, aunque recuerda que siempre se ponía así cuando escribía.

—¿Has seguido escribiendo? —le pregunta Iván, de repente.

Sam niega con la cabeza.

—Ya lo harás. Seguro que tienes mucho que contar…

Iván le deja solo al fin.

Sam hace lo que su amigo le ha sugerido: abre el armario y coge una toalla, ropa interior, una camisa negra y unos pantalones del mismo color, y se toma esa ducha purificante. El agua corre por su blanca piel, alzando una bruma cálida; su sonido le relaja. Las cicatrices de su espalda son recuerdos imborrables que vuelven a su mente en momentos como ese; ataques sufridos por parte de carroñeros por vivir a la intemperie o contragolpes de algunas de sus víctimas más peleonas. Cuando apaga el grifo, harto de aquello, su mente vuelve a quedar libre. Entonces, una campanada que nunca antes había escuchado en esa casa, retumba por todos lados. Iván golpea la puerta del baño para avisarle de que es la hora de cenar.

—Un momento, bajo contigo —le responde Sam mientras se viste deprisa.

Enseguida sale del baño, elegantemente vestido y perfumado. Iván es el primero en tomar las escaleras; Sam baja detrás de él. El misterioso telón escarlata sigue ocultando el lugar donde siempre celebraban las cenas.

—¿Listo para la sorpresa? —le pregunta Iván, creando expectación.

Al correr el telón, deja al descubierto un salón que brilla esplendoroso: el fuego arde en la chimenea; hay guirnaldas caseras hechas con hojas de papel pintadas de rojo y unidas por hilos que cuelgan del techo. La mesa está vestida con un mantel también rojo, platos níveos y frágiles copas de cristal, velas blancas y servilletas escarlatas, con un centro de mesa hecho de hojas caídas de los árboles y alguna que otra flor. Sentada en un extremo de la mesa está la niña que Sam recuerda haber acogido la misma noche en que el caos conquistó la ciudad. Sin embargo, la niña de sus recuerdos estaba triste, derrotada y era bastante tímida; en cambio, la niña que tiene frente a él transmite poder y seguridad en sí misma. Por el momento, el resto de las sillas no están ocupadas.

—¡Adelante, adelante! —le invita Iván a pasar—. Imagino que recuerdas a Ruby.

—Sí, claro —responde, pese a no recordar en absoluto el nombre de la niña.

Desde el tocadiscos ameniza la velada una conocida canción soul de la gran Paige Harrier. Cuando Iván ve que Sam se acerca a la mesa y toma uno de los asientos de la derecha, cierra el telón y se marcha, subiendo de nuevo las escaleras.

—¿Te ha contado de qué va esto? —le pregunta Ruby, emocionada.

Sam, serio, la mira de reojo y niega con la cabeza.

—Noche de cartas —le adelanta la pequeña en un susurro.

Así es como el grupo de amigos llamaba a la noche en la que se reunían para jugar a cartas, hablar de la vida, beber y cenar; al menos una vez cada dos semanas lo hacían en esa misma casa.

El telón ondea y de detrás de él aparece Raquel, con el rostro demacrado, consumido y lleno de heridas, empujando una silla de ruedas en la que está sentado el cadáver de Michael. A pesar de llevar dos meses muerto, está bastante bien conservado, con un corte cosido verticalmente en medio de la cara. «Interesante», piensa Sam. Raquel se queda petrificada al verlo sentado en la mesa; sus ojos piden ayuda desesperadamente, pero justo en ese momento Ruby carraspea. Entonces, Raquel dirige la mirada hacia ella y cambia su expresión y actitud; de repente, sonríe exageradamente.

—¡Qué bien estar aquí! Pensaba que este día no se acababa nunca. Hoy, toda la gente que entraba en la tienda parecía salida de Maddom; cucú —comienza a hablar Raquel en un tono

extrañamente alto, alegre y sobreactuado—. No te vas a creer, pero una señora se ha desnudado en medio de la tienda para ver si el color de diez pares de zapatos combinaba con su ropa interior. Mira, todavía estoy flipando.

Ruby estalla en carcajadas.

—¿Cómo ha ido tu día, Sam? —pregunta Raquel con seriedad, creando un ambiente tenso.

Sam se queda callado por un momento, mirándola algo desconcertado. Pero luego responde rápidamente:

—Un día como cualquier otro.

—Yo comencé a leer un libro que me prestó una compañera de clase —interrumpe Ruby—. Es de misterio, trata sobre una postal que aparece cada mañana en un banco de un parque.

—Suena interesante —responde Raquel.

El telón escarlata vuelve a moverse ligeramente, como si hubiera gente esperando su turno detrás de él. También se escucha el murmullo de esas personas.

—¡Muy buenas, hermanos! —saluda el siguiente al cruzar.

Es un hombre tan demacrado como Raquel, que Sam no recuerda haber visto jamás.

—Hola, José —le saluda Ruby.

Sam se sorprende, porque sabe perfectamente que ese no es José. En realidad, es un agente de policía desaparecido apellidado Tresgallo. Sin embargo, al parecer, esta noche se ha apuntado a la fiesta haciéndose pasar por José.

—Traigo flores, amigos —dice de una manera poco natural y mal actuada.

Sam recuerda que esa era una frase que el verdadero José, su amigo, solía utilizar habitualmente cuando llevaba marihuana encima.

—Te veo cambiado, José —le dice Sam.

—Y yo a ti, hermano.

Sam finge una sonrisa. Ruby lo mira con malicia, pero también sonríe. El falso José vuelve a hablar:

—Mientras llegan los que faltan, voy a liarme un «canutito», que llevo al menos cuatro horas sin mi dosis.

Raquel estalla en risas fingidas e informa:

—Pues Michael ya se ha dormido.

—No me sorprende, es época de hibernación —suelta el falso José sin ninguna gracia natural, como si estuviera leyendo un guion.

—Típico de Michael —comenta Sam.

Iván vuelve a aparecer en el salón cargando con Sara, ya que ella está bastante drogada. A Sam le llama la atención que todos, excepto Iván y la niña, lleven un collar de hierro alrededor del cuello, atado a una cadena que se extiende más allá del telón.

—¡Mirad a quién me encontré deambulando por las calles! —exclama Iván refiriéndose a Sara—. Estaba un poco alterada y se ha tomado una de sus pastillas.

Sara no deja de repetir el nombre de Alfred; lo llama y pregunta dónde está.

—Genial, ha comenzado la fiesta antes que nosotros —vuelve a bromear el falso José.

Iván suelta a Sara sobre una de las sillas y justo después de hacerlo, ella se queda tumbada con la cabeza sobre la mesa, mirando directamente a Raquel, que está a su lado. De su boca escapa saliva que cae sobre el mantel, mientras sigue repitiendo el nombre de Alfred. Raquel la mira con tristeza, pero no llora; ya se ha acostumbrado al dolor y al terror. De repente, Sara comienza a reírse y a balbucear mientras mueve la mano en el aire:

— ¡Alfred! ¡Mira, Alfred, son mariposas!

— Está alucinando — recalca Iván, contagiado por las risas—. Ahora que ya estamos todos, voy a ir a por la cena.

Cuando Iván se ausenta, todos se quedan esperando en silencio, mirándose unos a otros.

—Me muero de hambre —se queja Ruby, tocándose el estómago.

—Yo también —sigue Raquel—. Mi barriga ruge.

—No, no, no —comienza a llorar Sara, asustada—, más monstruos no, por favor.

Raquel trata de tranquilizarla acariciándole la frente.

—Debe ser difícil comer con esos collares —suelta Sam después.

Raquel y José lo miran sin saber qué decir. Ruby, en cambio, parece ofenderse:

—Está prohibido hablar de eso, ¿vale? Te lo perdono porque eres nuevo.

Iván aparece en el mejor momento para calmar los ánimos, llevando en cada mano un plato de la comida que ha estado preparando. «Esto antes también era así», piensa Sam. Siempre que alguno de ellos discutía por cualquier tontería, Iván aparecía para apaciguarlos. Era como el padre del grupo, no solo por ser el mayor, sino también por cómo se preocupaba por el resto, por cómo les cuidaba, les organizaba planes y les cocinaba.

A los comensales se les hace la boca agua cuando Iván coloca delante de ellos esos platos de carne estofada con salsa, patatas, guisantes y zanahorias. Una vez que todos están servidos, Iván golpea su copa de cristal con el tenedor para llamar la atención y pronunciar un discurso:

—Antes de empezar a comer, me gustaría deciros algo que quiero que sepáis. Cuando nos conocimos apenas nos saludábamos; yo trabajaba en el gimnasio y vosotros ibais a entrenar. Después de semanas de vernos, Raquel se me acercó mientras rellenaba fichas de nuevos clientes; ella vino tan amable como siempre y me invitó a salir con vosotros al acabar mi turno. En ese momento me sorprendí, aunque ahora que la conozco bien, estoy seguro de que me vio triste y su bondad no le permitió no intervenir. Era cierto, estaba destrozado por lo de mi divorcio y por cómo me habían arrebatado a mi hija. Pero acabé aceptando la invitación y me alegro, porque no dejasteis que estuviera serio ni un solo minuto; todo fueron risas y bromas. El lugar donde nos conocimos de verdad fue en la barra de ese bar que estaba a dos manzanas del gimnasio. Al final de cada jarra había una llave que abría un compartimento más de mi alma. Gracias a eso y a vosotros volví a flote. Sin embargo, esos señores trajeados tienen la maldita obsesión de volver a hundirme. Estoy seguro de que siempre que ven una cabeza asomándose, le ponen un pie encima para que vuelva a bajar. Y así volvieron a separar nuestros caminos; nos dejaron desamparados y rotos. No obstante, justo como la otra vez, cuando creía que no podría salir del agujero, me encontré con ella, con Ruby, con una nueva hija que nada a mi lado hacia la superficie. Ella ideó el plan para reunirnos, porque cree, al igual que yo, que solo con el apoyo y el amor de una familia podemos sobresalir. Así que gracias por estar aquí. Os quiero. ¡Que aproveche!

Ruby comienza a aplaudir enérgicamente y luego los demás la siguen, aunque con menos entusiasmo, incluso Sam, y también Sara. Inmediatamente después, comienza el banquete. El sabor del estofado es tan rico que apenas toca sus papilas gustativas, se les ponen los ojos en blanco y no pueden evitar emitir un débil gemido de placer. Todos devoran ese manjar como si llevaran semanas sin comer nada.

—Es lo mejor que he comido en mi puta vida —balbucea Sara.

—Sí, es increíble —dice Ruby.

—Pues es gracias a Sam —responde Iván quitándose mérito.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Bueno, has sido tú quien nos ha traído el ingrediente principal.

Sam mira el plato y sonríe, pues deduce rápidamente que la carne que están comiendo es la de su presa huida, Beth. Seguidamente, empieza a carcajearse, tapándose la boca con la servilleta, y continúa así durante unos segundos, mientras los otros lo miran desconcertados, preguntándose por qué se está riendo.

—Me ha hecho gracia comprobar que estás más loco de lo que pensaba —le dice Sam a Iván—. Aun así, me molesta mucho que te hayas tomado la libertad de divertirte con mi conejillo de indias. Que Beth escapara y que yo tuviera que perseguirla era parte de mi experimento.

Raquel y José, al comprender de qué está hablando Sam, dejan de comer. Sara, en cambio, no se detiene; Raquel le dice que pare, que ya ha comido suficiente, pero ella se resiste.

—Bueno, no te mosquees —le responde Iván—. Con todos los que te he conseguido, no vendrá de uno.

—Te agradezco haber decorado la ciudad con esas cerraduras y haberme facilitado las cosas, pero aún así esto sigue molestándome.

—De nada, hombre, para eso está la familia. En realidad, solo te marqué el camino de vuelta. Igualmente, espero que te haya servido para encontrarte a ti mismo.

—Ha sido de gran utilidad. Aunque vivir esto, ser la víctima, es algo que no se me había ocurrido. Sentir que no soy yo quien tiene el control, que hay alguien que marca las pautas y que es capaz de matarme de la manera más inesperada posible, si así lo requiere su guion, hace que las mariposas en mi estómago aleteen con fuerza.

Raquel lo mira con los ojos llorosos y le pregunta con la voz temblorosa:

—¿De verdad no estás aterrado?

—Oh, Raquel, hace demasiado que no nos vemos. El miedo es algo que perdí y lo que he estado buscando durante todo este tiempo.

—Todos desean lo que no tienen —balbucea Sara con dificultades—. ¿Sabéis que he vivido estos meses en un mundo ap-ap-ap-apocalíptico lleno de monstruos? Lo arrasaron todo y no dejaron a ningún humano ni a ningún animal con vida. No sé cómo escapé de allí, pero ahora estamos aquí, y ellos también. Y nos van a encontrar y nos van a comer, igual que hicieron con José y con Alfred.

—No me gustan los monstruos —dice Ruby frunciendo el ceño.

—¿Ese lugar existe? —pregunta Sam.

—Claro que existe —responde Sara.

—No creo —opina Iván—, ha estado en el hospital en coma durante todo este tiempo.

Sara continúa hablando con la cabeza pegada a la mesa:

—No tenéis ni idea. Los monstruos van a venir a por mí; ya lo han hecho antes, siempre me encuentran y siempre matan a los que están conmigo.

—¡Llévatela de aquí! —ordena Ruby con un grito, poniéndose de pie.

Iván tira de la correa que lleva Sara, haciéndola caer de espaldas al suelo. Luego la arrastra hasta llevarla detrás del telón mientras ella chilla descontroladamente. Ruby corre hacia el sofá sin decir nada, agarra su muñeca de trapo y la coloca en el lugar de Sara. Después de darse la vuelta para regresar a su sitio, Ruby se detiene, mira a su muñeca como si esta le hubiera hablado y le responde:

—¿Qué detenga el qué? Solo estamos haciendo una obra de teatro. No seas aguafiestas, Nora.

Capítulo 35
Mientras tanto
En las calles de la ciudad

Mariah y Tony van siguiendo el rastro de sangre que serpentea por la calzada de larga calle transversal que se extiende hacia el sur, donde la mayoría de los edificios parecen abandonados.

—Oye, no te ofendas, pero te desmayas con demasiada facilidad —le dice ella, bromeando.

—Te juro que nunca antes me había pasado, hasta que llegué aquí.

Mariah se ríe y le responde:

—Ya, claro, nunca en toda tu vida te habías desmayado.

—De verdad que no, nunca.

—Pues llevas unos cuantos desmayos estos días.

—Seguro que me echaste algo en la bebida cuando me tenías secuestrado.

Mariah se queda callada unos segundos antes de responder:

—Eso... lo siento. Era el modo más seguro.

—Lo sé. Te agradezco mucho que me salvaras.

Ambos se sonríen y no dicen nada más hasta detenerse unos metros más adelante, donde el rastro que han estado siguiendo termina, formando el dibujo de una cerradura.

—Espera, conozco esta casa… —susurra Tony, al fijarse en la que está justo al lado de la marca en el suelo.

—¿Cómo dices?

—En esta casa me acogieron cuando llegué a la ciudad, el día de la caída de los muros.

—Pues hay una marca como en las demás.

—Sí, pero no lo entiendo.

—¿El qué?

—¿Por qué querría matarlos a ellos?

—Sabía que lo conocías… —dice seria.

Tony se rasca la cabeza y toma aire; ya no puede seguir ocultándoselo.

—No lo conozco mucho, es uno de los que me acogieron; su nombre es Sam. Pero no entiendo por qué querría matar a sus amigos; parecían muy unidos.

—No intentes comprenderlo. Aquí la gente enloquece sin más, Tony.

Capítulo 36

Unos minutos después

En la casa enladrillada

Iván cruza de nuevo el telón para regresar al salón. Los invitados observan, a través de la ventana que da al jardín, una estatua bañada en pintura roja de dos ancianos abrazados. Nadie dice nada; incluso la muñeca de Ruby parece sorprendida al ver tal preciosidad.

—Estás muy callado, José —lo anima Iván al sentarse a su lado—. Vamos, suelta alguna de tus bromas.

—¡Y una mierda!

—¿Qué has dicho? —le pregunta Ruby con rostro de enfado.

—He dicho «una mierda». No voy a jugar más a esto.

—¿Acaso quieres que te mate?

José reacciona rápidamente, estirando el brazo y agarrando la muñeca. Se pone en pie y amenaza con arrancarle la cabeza:

—Te has despistado, mocosa. Si te acercas lo más mínimo, si alguno de los dos os acercáis a mí, partiré a tu amiguita en dos.

—¡No, Nora! —grita Ruby—. ¡Suéltala, suéltala!

Iván se lleva las manos a la cabeza. Sam observa encantado la escena y sigue comiendo. Raquel, asustada, también mira. Ruby se sube de pie a la mesa, empuñando un tenedor, y le exige a José, gritando histérica, que suelte su muñeca.

—Tranquila, Ruby —intenta calmarla Iván—. José, dame la muñeca si te importa lo más mínimo tu vida.

—¡No! —se mantiene firme—. Quítame la maldita correa y déjame ir.

—¿Acaso no te hemos cuidado bien? —trata de convencerlo Iván.

—¿Me estás vacilando? Deja que me vaya o partiré la muñeca, te lo juro.

Los gritos de Ruby no cesan, hasta que de pronto, salta sobre José y se aferra a él. El hombre ni siquiera puede reaccionar, pues la niña comienza a apuñalarlo con el tenedor una y otra vez: una infinidad de veces. José cae desplomado con los ojos, la boca y los brazos abiertos completamente. El cuerpo de la muñeca queda en su mano izquierda y la cabeza en la derecha. Ruby no detiene su ensañamiento ni sus gritos.

En mitad del alboroto, el telón se abre y aparece Mariah seguida por Tony. Ella sostiene su arma en alto, apuntando hacia adelante. Primero se fija en la niña perturbada que apuñala con salvajismo a un policía que conoce, un antiguo compañero suyo, pero el tono desvaído de la piel del Hombre Lívido la distrae. No obstante, vuelve de inmediato la mirada hacia la niña y aprieta el gatillo tres veces, alcanzándola en la cabeza. Los gritos de Iván resuenan después.

Sara ha aprovechado el alboroto para escapar de esa casa del terror. Mientras se aleja arrastrándose por el suelo enfrente de la casa, una cantidad exagerada de monstruos vuelve a emerger de las sombras. Estos son distintos a los que había visto hasta ahora, no mucho más

altos que ella y muy delgados. Caminan hacia la casa sin mover sus piernas; a Sara le da la sensación de que flotan como fantasmas. Sus cabezas son grandes y sus miradas brillan con luz verde. Sus brazos son largos y están acabados en punta en lugar de manos, como la cola de un escorpión. Sara está inmóvil, mirándolos. Llega a pensar que no pueden verla, ya que caminan con la vista al frente, ignorándola. Sin embargo, se equivoca, pues cuando ya decenas de ellos han pasado de largo, cuatro se detienen alrededor suyo, estiran esos larguísimos brazos y la abrazan como lo haría una serpiente, apretando con una fuerza que le corta la respiración. Los cuatro monstruos avanzan al mismo ritmo, como si fueran uno solo, arrastrando a Sara hasta llevarla al interior de una caja cuadrada profundamente negra.

En el interior de la casa enladrillada, aparecen varios soldados uniformados de negro con las siglas rojas de D.A.P. en el brazo.

—¡Quietos! —gritan al llegar— ¡Manos arriba! ¡Tú, suelta el arma!

Todos los presentes son conscientes de que oponer resistencia supondría la muerte, así que todos levantan las manos.

Capítulo 37

Más tarde

En la base de la corporación D.A.P.

Joseph duerme en su cama después de haberse tomado el resto de pastillas del bote para poder conciliar el sueño. Entonces, su teléfono vuelve a sonar, interrumpiendo y perturbando ese placentero descanso. Él, adormilado, estira el brazo y palpa la mesita que tiene al lado de la cabeza en busca del teléfono. Al encontrarlo y contestar, ni siquiera levanta la cabeza de la almohada:

—¿Diga?

—Señor, soy Maximilian. Disculpe que le moleste a estas horas. Es solo para informarle que lo tenemos.

Joseph sigue aturdido y no ha entendido ni una sola palabra:

—¿Qué?

—Digo que lo tenemos; tenemos al Hombre Lívido.

El corazón de Joseph recibe una descarga que reactiva todo su cuerpo, y sus ojos se abren al máximo. Esta noche ya no podrá dormir más.

Capítulo 38
Al día siguiente: Día 68
En el centro comercial

Joseph, revitalizado y con los nervios a flor de piel, espera impaciente detrás de la puerta de cristal del antiguo centro comercial situado al noroeste de la ciudad. Un vehículo militar se detiene justo enfrente, levantando polvo. Del interior salen un soldado y un guardaespaldas que comienzan a inspeccionar los alrededores para asegurarse de que no hay ningún peligro. Tras completar su chequeo, abren la puerta trasera del vehículo y el gobernador del estado emerge con una presencia imponente. Su atuendo refleja su posición de poder: lleva un esmoquin de corte impecable con pantalones negros y una chaqueta a cuadros en tonos azules y negros, una pajarita que adorna su cuello y un reloj de oro brillante en la muñeca. Los anillos que luce en sus dedos son también de oro, con rubíes incrustados.

Al ver el reflejo del sol proyectarse en una calva, Joseph sale disparado del centro comercial para recibirlo:

—Bienvenido a la ciudad, gobernador Rima.

—Es un placer conocerlo en persona, Joseph —responde el gobernador mientras se estrechan la mano.

—Perdón por citarlo aquí. Me hubiera gustado hablar en un buen restaurante mientras disfrutamos de un chuletón de Kobe, pero ya ha visto cómo está todo. Tal vez la próxima vez.

El gobernador se ríe, y Joseph siente que ha logrado romper el hielo con éxito. Se había imaginado al gobernador más serio y pensaba que sería difícil sacarle una sonrisa. «Mejor para mí», reflexiona Joseph mientras sujeta la puerta para que el gobernador entre.

—Como puede ver, hemos reformado este centro comercial para utilizarlo como punto de encuentro para soldados y área de descanso.

El gobernador asiente ligeramente, sin detenerse demasiado a observar los detalles. Ambos avanzan, seguidos por cuatro hombres armados que se desplazan en formación, sin intercambiar miradas. Se detienen al llegar a unas ruidosas escaleras mecánicas que se mueven a trompicones.

—Poco a poco iremos arreglándolo todo —dice Joseph con una sonrisa forzada en el rostro.

Esta vez, al gobernador no le hace gracia. Mientras suben, Joseph se frota las manos frías y sudorosas por los nervios. Tras tomar tres escaleras más, llegan a la quinta planta, donde Joseph pretende sentarse a comer. Al parecer, han mantenido los restaurantes que había antes en el centro comercial, aunque ninguno es muy elegante.

—¿Qué le parece este, gobernador?

—El que usted prefiera.

—Sin lugar a dudas, aquí tienen las mejores hamburguesas de la ciudad.

Joseph piensa que una hamburguesa bien hecha le gusta a cualquiera, sin importar su estatus. «No siempre comerá caviar y beberá champán», reflexiona. «Además, tiene hijos; seguro que a ellos les encantan las hamburguesas».

El gobernador es el primero en tomar asiento una vez entran. Joseph se sienta frente a él y

hace un gesto con la mano, invitando al responsable del local a acercarse.

—Haznos las dos mejores hamburguesas que tengas, con patatas. Y para beber… —Joseph se detiene, esperando la respuesta del gobernador.

—¿Tienen cerveza negra?

—Claro que sí —responde Joseph—. Que sean dos.

Una vez que el camarero se ha marchado, el gobernador continúa:

—Bien, vayamos al grano. Cuénteme en detalle su proyecto.

—De acuerdo, vamos allá; desde el principio. Todo comenzó cuando el doctor a cargo del centro psiquiátrico y penitenciario Maddom, Markus Carver, hizo públicas sus notas y archivos hablando de sus pacientes. Él intentaba explicar a la gente común que una persona con trastornos mentales no es alguien totalmente perdido, sino simplemente diferente. Él los veía como una variante en la evolución humana que hemos estado limitando, impidiendo así la diversidad y el crecimiento natural. El problema que hay con estas personas es que no encajan en la sociedad. De ahí surgió nuestro proyecto, al que llamamos «La reforma». Nuestro objetivo es crear una sociedad ficticia y controlada para ellos. En lugar de encerrarlos como si fueran bestias en jaulas, les proporcionamos un lugar adaptado a ellos donde puedan vivir en paz. Pero no se preocupe, no podrán salir fácilmente de sus casas; solo lo harán cuando deban trabajar y con la autorización de sus médicos. Le aseguro que estas personas pueden vivir y trabajar sin problemas, y no hablo de medicarles hasta dejarlos inútiles; en algunos casos, sus habilidades pueden ser excepcionales.

—Parece costoso —dice el gobernador, atónito mientras trata de comprender el proyecto.

El camarero trae las cervezas y ambos levantan sus copas para brindar. Un poco de espuma se les queda en los labios y se la limpian con sus servilletas de papel antes de que Joseph continúe:

—No estoy diciendo que no vaya a ser costoso. Sin embargo, a largo plazo dará beneficios, créame. Mantener de por vida a cientos de pacientes y presos es ya costoso para el estado, ¿no le parece?

El gobernador asiente sin decir nada.

—Con la reforma, una vez rehabilitados, los presos podrán desempeñar trabajos que nadie más quiere o puede hacer. Por ejemplo, contamos con un hombre que posee una capacidad auditiva sobrenatural, y se sospecha que incluso puede oír los pensamientos de los demás. Imagine los tipos de trabajos que podría llevar a cabo; quizás espionaje. Además, por su labor recibirán un pago en monedas virtuales que les permitirá adquirir accesorios para sus hogares o alimentos de mayor calidad. Por supuesto, el boletín de trabajos y los productos disponibles estarán adaptados a las necesidades individuales de cada paciente según sus trastornos, sin que representen ningún riesgo para su estabilidad.

—Entiendo que se trata de controlar el caos —bromea el gobernador, consciente de que Joseph ha considerado todos los aspectos—. Háblame sobre esas «casas-celda».

—Son casas lo suficientemente amplias para una persona sola, con sesenta y seis metros cuadrados distribuidos en dos plantas y un pequeño jardín trasero. Están separadas de las viviendas vecinas por altos muros de metacrilato gruesos y transparentes. Si lo desea, puedo llevarlo a visitarlas. Comenzamos construyendo trescientas unidades, coincidiendo con el número de pacientes que Maddom tenía bajo su cuidado. Están ubicadas en los nuevos distritos del norte. Sin embargo, tuvimos que suspender el proyecto debido a los repetidos ataques terroristas, como bien sabe. Los terroristas no iban a cesar en sus actos destructivos y homicidas hasta que canceláramos el proyecto, y fue el alcalde quien finalmente cedió.

El gobernador estalla en una carcajada descontrolada, tosiendo como si se hubiera

atragantado con la cerveza que estaba bebiendo.

—¿Se encuentra bien?

El gobernador asiente mientras bebe un par de tragos más:

—Perdón, me hizo mucha gracia. De verdad, hay gente que no está hecha para dirigir nada.

—Estoy de acuerdo —asiente Joseph, riendo más relajado.

El camarero vuelve a acercarse a la mesa para traer esas hamburguesas de las que Joseph está tan orgulloso.

—¡Por fin! —celebra el gobernador—. Vamos a ver si están tan ricas como dice.

Él mismo, con solo morderla, hace una mueca que refleja lo mucho que disfruta su sabor. El pan está caliente y crujiente, y que en el interior, junto a la jugosa carne, hay pimiento asado, cebolla caramelizada, lechuga y queso de cabra.

—¡Riquísima! —exclama con la boca llena.

Joseph asiente emocionado.

—¿Cómo retomó el proyecto entonces?

—Los ataques no acabaron.

—Por supuesto que no —vuelve a reír el gobernador, entre tosidos—. Eso es lo que siempre ocurre cuando no demuestras tu poder y le haces caso al pueblo: les das una manzana con toda tu buena fe porque se están muriendo de hambre, y se enfadan porque no les has dado el árbol entero.

—Eso parece. El siguiente ataque terrorista tuvo lugar meses después en el centro psiquiátrico y penitenciario Maddom. Suponemos que su intención era exterminar a los pacientes. Sin embargo, el tiro les salió por la culata, y en lugar de enterrarlos bajo los escombros, los liberaron.

El gobernador ha dejado de comer, está absorto escuchando la historia que Joseph le está contando. El jugo de la carne se desliza por su mano y ni siquiera lo siente.

—¿Fue entonces cuando volvisteis a actuar?

—Así es. La ciudad entera cayó en el caos. Los ataques terroristas continuaban y los pacientes fugados se unieron a la destrucción. Al final, no tuvimos otra opción que intervenir para capturar a esos dementes y evacuar a los civiles por su seguridad. Y así reactivamos el proyecto.

—Una decisión inteligente.

—Eso creo, pero no está siendo fácil.

—Por teléfono me comentaste que habíais logrado reducir a los terroristas, ¿no?

—Sí, sí, encontramos su escondrijo bajo tierra.

—Igual que las cucarachas —añade el gobernador, estallando en carcajadas una vez más.

La tensión se disipa y ambos saborean sus hamburguesas, se limpian las manos y los labios con las servilletas y beben más cerveza.

—Entonces, ¿qué necesitas de mí?

—Quiero que me ayude a construir más celdas. Cien mil celdas para encerrar a los dementes de todo el estado. También necesitaría ayuda para colocar a los evacuados en otras ciudades. Y, por supuesto, la aprobación y el apoyo de todo el gobierno.

—Veo que lo tiene bastante claro. Eso afectaría al menos a media ciudad, ¿qué pasaría con el resto?

—Será exclusivamente para los trabajadores. Unas instalaciones tan grandes requerirán muchos guardias, médicos, cocineros, personal de mantenimiento y más. Hay que aprovechar todos los recursos disponibles.

El gobernador termina su hamburguesa con satisfacción.

Momentos después, en las puertas del centro comercial, Joseph se despide del gobernador con otro firme apretón de manos.

—Dígale a su secretaria que me envíe todo el papeleo lo antes posible —dice el gobernador, ya con un pie dentro del vehículo—. Volveré pronto para que me enseñe esas bonitas celdas.

—Descuide —responde Joseph, esbozando una débil sonrisa mientras Rebeca ocupa sus pensamientos una vez más.

Capítulo 39
Día 68, por la tarde
En la Estación Central

El joven misterioso observa detenidamente a cada uno de los civiles que se mueven por el vasto edificio de hierro y cristal. Los transeúntes también lo miran al pasar frente a él, aunque desvían rápidamente la vista, como si su presencia les causara temor o repulsión. A él eso no le importa en absoluto; de hecho, lo prefiere, ya que así nadie se acerca a molestar. Solo hay una persona que parece no sentirse intimidada por su aspecto enfermizo y desaliñado: un hombre que trabaja con los voluntarios y que, día tras día, regresa a su rincón. Hoy, lleva en las manos dos tazones de arroz hervido.

—Hola, ¿puedo sentarme contigo?

El joven se mantiene tan callado como siempre, solo encoge los hombros. El voluntario se sienta, deja uno de los tazones al lado del joven y comienza a devorar el contenido del otro.

—¿Sabes que casi nunca comía arroz antes? —comenta el voluntario mientras mastica—. Nunca me ha gustado mucho. No sé si es por el hambre que tengo, pero este me sabe bastante bien.

El joven ni siquiera lo mira, sigue abrazando sus rodillas en silencio. No obstante, el voluntario continúa intentando conectar con él:

—Antes era monitor en el comedor de una escuela, ¿sabes? Ahora me ha venido a la mente una niña que nunca comía: Mónica Blanco. Como todos los demás, pasaba a llenar su plato, pero cuando se sentaba a la mesa, tiraba la comida en una caja de plástico que siempre llevaba. Al acabar la hora de comer, salía al patio y le daba su comida a un perro callejero. No me di cuenta de esto hasta semanas más tarde. Cuando informé a sus padres, la niña dejó de venir al comedor. Sin embargo, el perro volvía cada día. Cada vez que lo veía estaba más delgado y más débil. Eso me entristeció, así que tomé el relevo de la niña y lo alimenté. Un tiempo después, al finalizar el curso, me crucé con los padres de la niña: iban de la mano de su hija y paseando al perro.

Ni con esa historia el joven pronuncia una palabra.

—Te prometo que es una historia verídica, aunque parezca hecha a medida para la ocasión. Cuando decidas marcharte, no te preocupes, yo tomaré el relevo y esperaré por ti a quien estés esperando. Estoy seguro de que más adelante os reencontraréis.

El joven lo mira y con un gesto le pide algo para escribir.

«Espero a mi amiga Sara», escribe.

El voluntario sonríe enternecido y responde:

—Yo la esperaré por ti.

«Si me voy, no sabrás quién es», escribe esta vez.

—Puedo preguntarle a cada una de las personas que crucen esas puertas.

«¿Por qué ibas a hacer eso?».

—No necesito un motivo. Escribe una carta indicándole dónde puede encontrarte, y se la entregaré. Escribe su nombre bien grande, para que se vea bien. Si te das prisa, puedes subir al

próximo autobús.

El joven vuelve a negar con la cabeza y deja la libreta en el suelo.

—Llevas demasiado tiempo aquí; necesitas ir a un lugar seguro y recuperar fuerzas —insiste el voluntario—. No querrás que, cuando venga Sara, te vea así. Si estás débil, tampoco podrás ayudarla.

El voluntario coge la libreta y vuelve a entregársela al joven.

—Vamos, confía en mí.

Tras pensarlo unos segundos, el joven la acepta y comienza a escribir en una nueva página: no solo le escribe una dirección y una simple frase; está llenando la hoja con letras y tinta. Al acabar, la dobla dos veces y escribe encima tanto su nombre como el de ella. El voluntario coge la carta y lee los nombres en silencio.

—Te prometo que la guardaré bien. Te deseo mucha suerte, José.

José se levanta y avanza hacia el autobús, pasando delante de todos los que están en la cola. Todos lo miran, pero ninguno se atreve a decirle nada. El primero en la fila se aparta para dejarlo pasar. José sube al autobús y se sienta en el primer asiento. Desde allí, saluda al voluntario, agradecido.

Capítulo 40
Mientras tanto
En la base de la corporación D.A.P.

Los prisioneros han pasado la noche y parte del día encerrados en los furgones. Los soldados de D.A.P. abren las puertas traseras de un furgón y sacan a empujones a Iván, esposado de pies y manos. Él observa las máscaras de gas que llevan puestas los soldados. Apuntándole con los fusiles, empujones lo guían hasta una habitación vacía, de aspecto deteriorado e iluminada por la luz amarillenta y tenue de una sola bombilla. Allí, le hacen sentarse en una mohosa silla de madera con reposabrazos y grilletes de hierro atornillados a estos y a las dos patas delanteras. La silla está situada justo debajo de donde cuelga la bombilla. Un soldado, vestido con un uniforme distinto al del resto, apunta a Iván de muy cerca con un aerosol y le rocía la cara con el líquido transparente que contiene. Iván no sabe qué es, ni le importa; continúa llorando por la muerte repentina de su pequeña, Ruby. Sus lágrimas se mezclan con el compuesto que empapa su cara sin que ocurra nada.

—Han vuelto a hundirme… —murmura Iván una y otra vez—. Han vuelto a dejarme solo.

Los soldados lo observan desde las sombras, rodeándolo a dos metros de distancia. Tras pasar así los siguientes cinco minutos, el mismo soldado que lo roció con el líquido asiente con la cabeza. Otros dos soldados se acercan al prisionero, le quitan los grilletes y se lo llevan a punta de pistola. Él no opone resistencia alguna; camina delante de los soldados con la vista al suelo.

La siguiente en entrar a la sala es Raquel, que avanza con miedo y con la cabeza agachada, mirando cohibida y de reojo a los soldados que la rodean. Espera las instrucciones y las sigue al pie de la letra: «Camina. Para. Siéntate». Al sentarse en la silla, un soldado le cierra los grilletes. Entonces, el soldado con el uniforme distinto, adornado con franjas lavanda a lo largo de las mangas y unos guantes de látex del mismo tono, se acerca a ella con el aerosol en alto y le rocía la cara con su contenido. Los demás soldados permanecen en la zona menos iluminada de la habitación, observando.

Raquel empieza a sentirse extraña; la oscuridad de la sala parece cerrarse sobre ella. De repente, suelta un chillido de horror con una fuerza que no creía conservar. Ve cómo su cuerpo se encoge mientras todo a su alrededor se agranda. Sus brazos y piernas se convierten en trapo, su cabello en algodón. En el reflejo de la máscara del soldado, que ahora se ve gigantesca, casi tan grande como ella misma, nota que sus ojos se han transformado en botones cosidos a su rostro. Segundos después, cae dormida de repente.

—Esta va a la estación —dice el soldado de guantes lavanda con una voz enmascarada y aireada por el filtro de aire—. Siguiente.

Sara ve cómo un rayo de luz se abre paso entre la profunda oscuridad en la que está atrapada, abrazando sus rodillas. Sin embargo, la luz no es una vía de escape, ya que sin ella no podrían emerger los monstruos sombríos de largos brazos. Sara grita mientras intenta resistirse a los tentáculos que la buscan, tratando de agarrarla y sacarla de aquel agujero negro. Emiten unos

sonidos distorsionados e ininteligibles, similares a los que provienen de una radio con muchas interferencias. Finalmente, las criaturas logran agarrarla por los pies y la arrastran por el suelo hasta esa sala. Sara aparece hiperventilando. Los monstruos ni siquiera la llevan hasta la silla; la dejan tendida en el suelo, sujetándola cada uno por una de sus extremidades. El único monstruo con pinceladas moradas en su viscosa piel negra se acerca a ella, pone uno de esos pegajosos tentáculos sobre la ceja y el párpado derecho de la chica, y tira hacia arriba para evitar que cierre el ojo. Sara comprende que el monstruo quiere mostrarle algo, pero ella no quiere verlo y llora; solo desea que la dejen en paz. Aun así, no puede evitar mirar. Otra luz se clava directamente en su retina. Entonces aparta la mirada y vislumbra en una esquina una camisa de cuadros.

—¡Alfred! —comienza a gritar mientras hace movimientos bruscos con todo su cuerpo para intentar liberarse—. ¡¿Qué te han hecho, Alfred?!

Después de que el monstruo morado diera una orden incomprensible para Sara, los demás la sacan de la sala de nuevo a rastras.

—¡Alfred, estoy aquí, estoy contigo! —continúa gritando mientras se aleja.

El Hombre Lívido sale del furgón más calmado que nadie, pues no es la primera vez que se somete a la prueba del aerosol. Al ver el laboratorio sobre la mesa, lleno de probetas, matraces, escalpelos, microscopios y pantallas de ordenador, los recuerdos de cuando estuvo retenido por esos soldados regresan. Hay acontecimientos en la vida de cada persona que marcan su destino; esa reclusión fue necesaria para que Sam abriera su mente.

Dos soldados lo sientan bruscamente en la silla y uno de ellos le cierra los grilletes.

—Puedes ahorrártelo —le dice Sam al soldado de guantes lavanda cuando este se da la vuelta con intención de disparar el aerosol—. Ya me lo hicieron una vez y no surtió efecto.

El soldado se queda quieto; por unos segundos solo se escucha el sonido de su respiración entrando y saliendo de la máscara de gas, hasta que pregunta:

—¿Sabes lo que significa eso?

—Que estoy loco, ¿verdad? Eso me dijo uno de tus compañeros antes de morir.

El soldado termina disparando ese líquido en la cara de Sam, pero no hay ningún cambio.

—Te lo he dicho— dice Sam.

—Perfecto, entonces tú irás directo a una de las nuevas celdas de Maddom.

—Espera, ¿puedo pedirte algo? —le pregunta de repente, haciendo que los soldados se detengan justo cuando iban a llevárselo—. ¿Podrías dejarme ver cómo le afecta el aerosol a alguien cuerdo?

El soldado se lo piensa, llenando el ambiente con el molesto sonido de su respiración.

—Podría hacerlo… pero no voy a darte el placer de ver sufrir a otra persona.

Los soldados llevan a Sam de vuelta al furgón; él camina con serenidad.

El falso José, por mucho que insiste en tratar de convencer a los soldados de que su verdadera identidad es la de un policía desaparecido apellidado Tresgallo, acaba con el rostro empapado, gritando a horrores y perdiendo el conocimiento después.

Tony sufre el mismo destino: gritos y más gritos en un plano oscuro de figuras sombrías distorsionadas. Sin embargo, su sueño es frágil, ya que la voz de un hombre que le resulta familiar no deja de hablarle en su cabeza, preguntándole si ya ha encontrado la razón por la cual luchar. «Mariah», responde él. Ahora puede verla sentada en el sillón de la habitación verde, con un libro abierto sobre sus manos. La voz del hombre en su cabeza le recuerda que nada lo absolverá de la culpa de abandonar a un ser querido, mientras Tony, observa impotente cómo Mariah es fusilada por los soldados. «No, esto no puede ocurrir», dice él. La voz incesante le advierte sobre el tormento que caerá sobre él si deserta de nuevo.

Luchando con todas sus fuerzas, Tony logra abrir los ojos. Un ser flotante de naturaleza desconocida, con largos y finos tentáculos en lugar de brazos, lo está arrastrando por el suelo hacia un agujero oscuro, absorbente de luz. A causa de esa locura, Tony tiembla e hiperventila. Sin embargo, esa imagen imposible cobra nitidez en unos segundos: el agujero oscuro toma forma hasta convertirse en el furgón negro de la corporación D.A.P., y el ser que lo arrastra, resulta ser un simple soldado de carne y hueso. Tony apoya sus dos pies en el suelo y agarra con fuerza el antebrazo del soldado. Luego, tira de él haciéndole perder el equilibrio. El fusil del soldado cae al suelo y ambos comienzan a golpearse y a forcejear. En un momento, el soldado consigue derribar a Tony y, colocándose encima de él, empieza a estrangularlo. Tony realiza un último ataque desesperado: golpea el oído del soldado con la palma izquierda y, con el lateral de la mano derecha, le golpea el cuello, torciéndole la cabeza y dejándolo inconsciente al instante. Solo entonces se alegra de haber sufrido ese mismo golpe infalible por parte de Mariah.

Tony se levanta de inmediato, se pasa la manga por la boca para limpiarse la sangre, agarra el fusil del suelo y avanza cojeando hacia el laboratorio clandestino.

—Oh, Tony —pronuncia Sam desde el interior de otro furgón—. ¿A dónde crees que vas?

—Voy a salvarla, Sam.

—Sabes que vas a morir, ¿verdad?

—No me importa.

—Oh, claro. Eso es enloquecer de amor: darlo todo por ella, olvidando cualquier temor. Yo tampoco siento ningún miedo… ¿crees que lo que me ocurre es que estoy enamorado? Tal vez, de la esencia del terror en sí.

—No lo creo, amigo. Lo siento, pero tengo que irme —dice Tony mientras se aleja poco a poco—. Gracias por salvarme y acogerme cuando llegué a la ciudad.

—No hay ningún héroe en esta obra, Tony. No lo hay.

Cuando Tony llega a la puerta del laboratorio, se esconde detrás de ella y escucha lo que ocurre en el interior.

—¿Me estás escuchando? Te digo que me llamo Mariah Carver, soy la hija de Markus Carver.

—¿Y a mí qué? —contesta el soldado de guantes lavanda mientras rellena el frasco con más compuesto Shamg.

—¿No sabes quién es mi padre, capullo? Tu corporación se creó por él.

—Felicidades —dice él al cerrar el frasco.

Cuando Mariah ve que sus esfuerzos están siendo inútiles, prueba una última vez suplicando:

—¡No lo hagas, por favor! ¡Llama a Joseph, él me conoce! ¡Llama a Joseph!

El soldado, indiferente, la ignora por completo mientras levanta el aerosol y presiona el disparador dos veces. El compuesto flota frente al rostro de Mariah. A pesar de sus esfuerzos por contener la respiración, termina por inhalar aire y con él, el compuesto Shmag se introduce en sus vías respiratorias. En cuestión de segundos, cae desmayada como un saco de piedras; su cuerpo se retuerce en convulsiones breves y sus pupilas dejan de reaccionar a la luz. Este efecto secundario se conoce como «Desvío».

—Mierda, ha sufrido un «desvío» —informa el soldado a los demás—. Llevadla al hospital.

Tony aparece en el hueco de la puerta y, desde allí, actúa como el demente de sus pesadillas: dispara a todo lo que ve sin darles oportunidad a los soldados de defenderse. Algunos reciben los balazos por la espalda y otros de frente, pero todos terminan tan agujereados como el velo de la noche, como un cielo estrellado.

Cuando todos los soldados han caído, Tony corre hacia Mariah, la recoge en brazos y se marcha del lugar.

El soldado de guantes lavanda no ha muerto todavía, pero sabe que no le queda mucho tiempo. Así que aprovecha sus últimos minutos llamando a su superior como un buen perro fiel.

—Señor, la situación se ha complicado un poco. Nos han atacado. Todos los soldados han sido abatidos. Le llamo con mis últimas fuerzas. Dos de los prisioneros han escapado. La chica aseguraba conocerle; decía que era la hija de Markus Carver.

Joseph cuelga la llamada de repente.

—¿Señor?

El soldado permanece tumbado, respirando cada vez con más dificultad, y muriendo poco a poco.

Capítulo 41
Por la noche
En las calles de la ciudad

Tony ha logrado llegar a la calle donde está la casa de Mariah. Sin embargo, antes de alcanzar la puerta, cuatro focos cegadores se encienden delante de él, frenándolo. Un gran número de soldados aparece apuntándole desde todas partes. Al verse atrapado, Tony se deja caer de rodillas al suelo, pero no suelta a Mariah. Unos zapatos elegantes se acercan a él de frente. Tony no levanta la cabeza.

—¿Qué le ocurre? —pregunta el hombre de zapatos elegantes, refiriéndose a Mariah.

—Han dicho que ha sufrido un «desvío».

—Mariah, Mariah, te dije que jugar a detectives era peligroso —dice ese hombre, acariciándole la mejilla.

Tony observa la cara del hombre frente a él; es Joseph Naidoo, el diligente de la corporación D.A.P. Aunque lo intuye, Tony no lo sabe con certeza.

Joseph se levanta, se da la vuelta y con un gesto llama a su guardaespaldas. Maximilian se acerca y toma a Mariah de los brazos de Tony sin que este se resista.

—¿Has sido tú quien ha matado a mis hombres? —le pregunta Joseph a Tony justo cuando parecía que se marchaba.

Tony no responde, baja la mirada, entristecido. Joseph desenfunda su pistola y le vuela la cabeza sin contemplaciones. Un río de sangre corre sobre el asfalto. En un instante, todos los hombres de la corporación desaparecen y el cuerpo de Tony queda en la más absoluta soledad. El viento aúlla lamentando la pérdida; en cambio, los carroñeros que se esconden en las casas cercanas se relamen.

—No era astuto, no. No debió regresar. No debió —murmura uno de esos carroñeros con la columna torcida y la cabeza rapada, mientras se acerca al cuerpo de Tony, cojeando.

Epílogo 1

Tres días después

Distrito seis de Nuevo Maddom

Joseph pasea solo y en calma por un distrito que ya ha sido convertido en cárcel. El lugar tiene el aspecto de un barrio de clase alta; las casas son pequeñas, cuadradas y están pintadas de blanco. Para llegar a la puerta de cada vivienda hay una pasarela de piedra con césped y arbustos a los lados, y justo antes del muro que las separa de sus vecinas idénticas, hay pequeños y delgados árboles. Aquella amplia calle está tan limpia que parece un falso decorado, y solo hay dos personas paseando por la acera, ambas con batas de doctor. Cualquier persona podría perderse en ese laberinto de espejos, pues no hay un solo objeto diferente. Lo único que podría ser útil es el número que está pegado entre la puerta de cada casa y su ventana baja. Joseph lleva un dispositivo que lo guía. Su paseo termina frente a la casa NM-000.287. Cuando sus pies se detienen, se queda unos segundos mirando la casa desde lejos. «Vamos allá», se anima tras una profunda respiración. A continuación, cruza la pasarela y se planta delante de la ventana, la cual tiene las persianas bajadas. Una vez allí, dirige la mirada hacia la cámara de seguridad que está encima del número. Levanta el pulgar y, de inmediato, la persiana comienza a subir. En el interior, tan blanco como la fachada, sin ninguna decoración visible, se puede ver un sofá frente a un televisor, una mesita de recibidor con una radio encima y una mesa redonda repleta de papeles doblados, donde el recluso se encuentra escribiendo. Joseph, nada más verlo, comienza a sentir un calor extendiéndose por su cuerpo; aun así, intenta mantener a raya la rabia que guarda y que siempre lo acompaña últimamente. El recluso no lo ve; levanta la cabeza al escuchar que alguien golpea el vidrio de la ventana. Cuando el Hombre Lívido ve a Joseph, se levanta y camina hacia él, quedándose justo en frente, al otro lado del grueso cristal. Después de unos segundos en los que ambos solamente se miran a los ojos, Joseph es el primero en hablar:

—¿Te gusta tu nuevo hogar?

—Me fascina —responde el Hombre Lívido con una sutil sonrisa.

—Está un poco vacío, ¿no crees?

—Está bien, me gusta así. Me siento… como conmigo mismo.

Ambos continúan batallando con la mirada; ninguno la aparta.

—¿Sabes quién soy? —le pregunta Joseph, rascándose la mejilla.

—¿Otro de mis doctores?

Joseph niega con la cabeza.

—Por cómo va vestido, diría que es el alcaide.

—Algo así.

—Oh, qué gran orgullo tenerle de visita —se sorprende el Hombre Lívido—. ¿Y a qué se debe tal honor?

—He observado por las cámaras que te pasas los días escribiendo.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Nada, solo me pregunto para quién son las cartas.

—Para mí —responde, haciendo una pequeña pausa para pensar—, o para quien quiera leerlas. Son mis reflexiones.

—¿Reflexiones? ¿Sobre tus crímenes?

—Sí, bueno, mis experimentos.

—¿Recuerdas a todas tus víctimas?

—Por supuesto, nunca podría olvidarlas. ¿Recuerda usted cuando aprendió a ir en bicicleta? ¿Recuerda ese primer viaje que hizo con sus amigos? ¿Recuerda a cada persona que robo un pedacito de su corazón? Ya le respondo yo: claro que sí, porque esas cosas no se olvidan nunca.

—¿Recuerdas a Rebeca?

—Ya me olía que venía a buscar algo. Claro, cómo olvidarla.

—Dime, ¿qué hiciste con ella? ¿Dónde la dejaste?

El Hombre Lívido suelta un par de carcajadas.

—¿Dónde está Rebeca Florea? Déjame pensar —dice mientras acaricia su barbilla y mira el techo de su celda con cara de pensador. Segundos después, vuelve a conectar su mirada con la de Joseph—. ¿Son chispas de temor lo que veo en sus ojos, alcaide? ¿Acaso tiene miedo de que le dé una respuesta que no sea de su agrado? ¿Una respuesta que puede que ya intuya?

—¡Responde!

—Tengo entendido que los trabajos aquí se cobran.

—Te hemos dado una casa, ¿qué más quieres? Podría haberte hecho cantar a golpes y volarte la cabeza luego. Puedes estar más que agradecido.

—Gracias, pero la verdad es que me gustaría pedirte algo a cambio. Tengo mucha curiosidad por saber qué ven las personas normales cuando les rocíais la cara con el aerosol.

—Respóndeme y te diré lo que sé del compuesto Shmag.

—Trato hecho. Rebeca Florea tenía miedo de que la gente creyera que ella era la villana de esta historia, así que hice confesara sus crímenes antes de degollarla —explica el Hombre Lívido mientras siente placer al ver el terror y el dolor aumentar en Joseph—. Rebeca corrió hasta la azotea subiendo por las escaleras de emergencia que hay detrás de su edificio. Allí encontrarás su cuerpo, si los carroñeros no se lo han llevado, y también la grabación de su confesión.

Joseph se da media vuelta y se aleja. El Hombre Lívido lo mira con el ceño fruncido porque el alcaide no ha cumplido su parte del trato, aunque entiende que quizás en ese momento necesite verificar por sí mismo el paradero de Rebeca. A él no le importa esperar; después de todo, sabe que tarde o temprano volverán a encontrarse.

Epílogo 2

Dos horas después

Apartamento de Rebeca

Joseph y Maximilian entran por la puerta, caminan deprisa hacia el balcón y suben por las escaleras de emergencia hasta la azotea. Allí encuentran a la mujer que han estado buscando, tirada en una esquina, sin brillo ni color, llena de gusanos y rodeada de moscas. Joseph aparta la mirada y siente el impulso de vomitar. Furioso, comienza a llorar.

Maximilian, evitando respirar, se acerca al cadáver y le quita el teléfono móvil que todavía sujetaba entre sus frías manos. Al desbloquearlo, ve que hay un mensaje de audio que ha sido enviado a todos sus contactos. El fiel guardaespaldas mira a su jefe, esperando que este le dé permiso para reproducir el archivo. Joseph asiente.

La grabación comienza con el sollozo aislado de Rebeca: «Confieso haber ordenado fusilar a personas que se oponían al proyecto. Confieso haber ordenado usar armas químicas contra la población. Confieso haber contribuido a la liberación del caos para hundir esta ciudad y así poder dominarla después. Confieso que soy una de las malas. Lo siento, lo siento de verdad». Justo antes de que la grabación finalice, se escucha el cuchillo cortando su carne, el sonido de la sangre cayendo como una cascada y sus últimos estertores.

—Todo eso no fue decisión suya —dice Joseph, herido—. Ella obedecía mis órdenes.

—Lo sé, señor.

Epílogo 3
Una semana después
Base de la corporación D.A.P.

Unos pies con zapatos deportivos avanzan por los pasillos dentro de las instalaciones de la corporación, suben unas escaleras y continúan adelante. Se acercan al despacho de Joseph. La persona se detiene frente a la puerta, llama dando tres golpes y abre sin esperar permiso.

— Perdone, señor. Aquí tiene una carta de la celda NM-000.287.

Joseph se levanta de su asiento y se acerca para recogerla. En la parte superior de la carta, que no es más que una hoja de papel doblada, lee: «Para el alcaide, si quiere leerla». Joseph duda entre leerla o lanzarla a la basura, pero siente curiosidad.

«Caótica es la vida y hay belleza en ello.
Cada vivencia es una gota más de este río caudaloso.
Nada tendría sentido si no existiera la posibilidad de caer.
Nada tendría sentido si todo fuera paz.
El orden que nos otorga esa anhelada calma solo se alcanza al morir.
Y si uno ya ha muerto en vida, ¿por qué se empeña en sobrevivir?

La espantosa sombra que posa su pesada mano sobre el hombro
de aquel que carga con sus penas no se marchará,
pues su poder reside en la memoria,
y el olvido no se acerca al dolor, ni nunca lo hará.
Cualquier lugar al que ese hombre vaya atraído por flores y frutos,
será un mero espejismo colocado frente al pantano más pestilente y oscuro.
No hay reparo para el error de quien, como muchos otros,
cayó en el encanto y renunció a su corazón
para guardarlo en un frasco tan mortal como él mismo.
Los labios se sellan, los músculos se tornan piedra y los ojos permanecen vigilantes,
y si no hay salida alguna de esa celda llamada mente,
¿por qué se empeña en sobrevivir?

De tenerlo todo, a no tener nada.
De estar lleno a rebosar, a quedarse seco.
Yo sigo teniendo un motivo, sigo buscando aquello que perdí,
y le pregunto a usted, alcaide: ¿por qué se empeña en sobrevivir?

No olvido nuestro trato. Ya sabe dónde estoy.
De su amigo».

Agradecimientos

En esta historia, he querido centrarme en la evolución de los personajes, y al concluirla, me siento satisfecho al ver que ninguno acaba como empezó. Porque así es la vida. Desde aquel «Bienvenidos a Maddom» con el que empecé a crear esta ciudad, su psiquiátrico y sus habitantes, hasta este punto, han pasado tantas cosas en mi vida que ya no soy el mismo. Sé de dónde vengo, pero no sé dónde estoy ni hacia dónde voy. Sin embargo, hay algo que sí sé: quiero contaros más historias sobre esta ciudad y la corrupción que la pudrió, sobre los pacientes que hubo en Maddom y, quizás, también sobre el futuro, con D.A.P. al mando. Digo contaros y no escribir porque, pese a disfrutar mucho estando en mi mundo y creando sin parar, compartir mis historias y hablar de ellas me llena por completo.

Por eso, quiero dar las gracias a todos los que me escribís diciéndome lo mucho que habéis disfrutado leyendo mis historias, cuánto os habéis enganchado, emocionado, sorprendido o escandalizado. No ha sido fácil terminar esta novela; como os decía, hay momentos y momentos en la vida. Quiero agradecer a las personas que me han animado a acabarla y a lanzarla al mundo: a mis lectores beta y a mi gente más cercana, os debo mucho.

A todos mis lectores, gracias por sumergiros sin miedo en mi mente y abrazar mis locuras. A mis amigos y familiares, gracias por soportar mis ausencias mientras vagaba por esta ciudad de locos.

Gracias a ti por creer en mí. Te debo un abrazo con camisa de fuerza,

S.A.M.